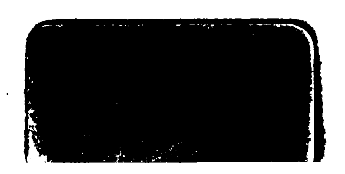


Mariano Aramburo y Machado

IMPRESIONES

Y JUICIOS

PROLOGO

DE

D. RAFAEL MONTORO

La Propaganda Literaria

Habana, 1901.

MARIANO ARAMBURO Y MACHADO.

Impresiones y Juicios

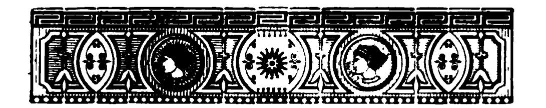
CON UN PROLOGO

DE

D. Rafael Montoro.



HABANA.
La Propaganda Literaria.
ZULUETA, 28.
1901.



PROLOGO

L señor don Mariano Aramburo y Machado, sea como fuere el punto de vista político desde el cual se le juzgue, es ya, reconocidamente, para las personas que observan con algún interés la actividad intelectual en nuestro país, uno de los hombres más distinguidos de la nueva generación, un pensador y publicista en quien pueden cifrarse las mejores y más lisongeras esperanzas. Su modestia habrá de permitirme que así lo diga, porque no escribo este prólogo para él, sino para sus lectores.

Era ya el señor Aramburo ventajosamente conocido años hace, por su notable

disertación sobre las *Causas que determinan, modifican y extinguen la capacidad civil,* según la Filosofía del Derecho, la Historia de la Legislación y el Derecho vigente en España, premiada con medalla de oro en el Certamen celebrado el año de 1893 por el Círculo de Abogados de esta ciudad, hallándose el autor en Zaragoza.

Recuerdo la sorpresa con que se supo aquí esta circunstancia cuando fué dada á conocer públicamente, al romperse el pliego que contenía, conforme á las reglas del certamen, el secreto del monbre del escritor. Su juventud, el entrañable amor á la patria lejana que se revelaba en el docto jurisconsulto camagüeyano, la noble ambición de señalarse al aprecio de sus compañeros de esta Isla, dedicándoles el primer fruto de sus áridas tareas, ganáronle desde luego todas las simpatías del público, porque daban excepcional interés, y hasta cierta poesía, á la ceremoniosa rutina de las justas académicas. El señor Aramburo no se envaneció con este primer triunfo, y lejos de tener su obra por acabada, el galardón le sirvió de estímulo para perfeccionarla; un año

después la publicó con alteraciones y ampliaciones tan considerables que hacían necesaria la advertencia preliminar de que "si idéntica en el fondo á la premiada por el Círculo de Abogados de la Habana, difería bastante de esta, pues el autor había corregido algunos defectos hijos de la premura y había ampliado considerablemente ciertas materias que aparecían tratadas con relativa concisión, aumentándola al propio tiempo con los capítulos referentes al *parentesco* y á *la persona social*". El libro consta de 14 capítulos y 472 páginas, constituyendo por su claridad y extensión una de las más importantes obras originales sobre Derecho Civil dadas á luz en España, por entonces.

Favorablemente acogida por la crítica, así en la Corte como en el extranjero, válió muy pronto al señor Aramburo honrosa reputación entre las personas estudiosas. Un ilustre orador, abogado y ex-ministro, el señor Canalejas, se refirió á ella en solemne acto con manifiesta estimación. El señor Aramburo le visitó, poco después, para darle las gracias. Asombro causó, según autorizada referencia, al señor Canalejas, la

juventud del autor á quien había imaginado hombre de edad madura y de gran experiencia profesional. Y es que en su *Estudio*, que así se titula el libro, no se limita el señor Aramburo á recopilar fastidiosamente las disposiciones legales, con sus antecedentes y concordancias, seguidas de la jurisprudencia del Tribunal Supremo, bien ó mal comentada, y acompañadas á lo sumo de indigestas referencias históricas y de pesadísimos alardes de erudición bibliográfica, que es como suele remedarse ahora, en *ambos mundos*, la formidable y abrumadora armazón de las antiguas glosas y disertaciones, sin su mucha sustancia. El libro del señor Aramburo está compuesto á la moderna, aunque pensado con la madurez y seriedad propias, á lo menos entre nosotros, de mejores días. La exposición es clara, fluida, transparente; el estilo fácil y elegante; las cuestiones están presentadas sin pedantería, y resueltas sin esfuerzo ni embarazo.

No es, lo repito, uno de esos comentaristas fatigados y fatigosos que acumulan indigestas digresiones, buenas para reconciliar el sueño á sus mismos autores, re-

liquias venerandas pero enfadosas de los lejanos tiempos en que las disputas y digresiones ántes obscurecían que aclaraban y depuraban las leyes. Sobre el mismo tema de la obra del señor Aramburo se han escrito recientemente en español otros tratados: el lector imparcial decidirá si no corresponde, por más de un concepto, la palma á nuestro joven compatriota.

En el Instituto de Francia y en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid, informaron sobre el libro en favorables y honrosos términos los reputados jurisconsultos Mr. Glasson y el señor Concha Castañeda. Y en no pocas publicaciones posteriores de reconocida importancia cítase aquel trabajo con estimación y aplauso.

Sobre la *personalidad literaria de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda* pronunció algún tiempo después, ó sea en el invierno de 1897, el señor Aramburo, cuatro eruditas y elegantísimas conferencias en el Ateneo de Madrid, institución libre de universal renombre, donde la cultura moderna en todas sus formas ha tenido su más importante órgano durante muchos años en la Madre Patria, habiendo influido más po-

derosamente en su movimiento intelectual que las Universidades—algo retrasadas según sus ilustres profesores á cada momento lo declaran para instar su perfeccionamiento—y en el curso de las ideas y aún de ciertos hechos fundamentales, tanto ó más que el Parlamento; centro de actividad científica y literaria cuya biblioteca ha sido rico y generoso caudal de ideas puesto al servicio de la animosa juventud, y cuya tribuna, ilustrada por todos los grandes oradores españoles, levántase como grandioso y perenne monumento en que las doctrinas tienen tanta parte como los primores de la dicción, mal que pese á los que quisieran vincular en sus sectas ó personas el exclusivo monopolio de la ciencia ó la elocuencia, y de ciertos maldicientes en quienes la malevolencia y la torcida emulación á todo se atreven.

Para todas las escuelas, desde las más reaccionarias hasta las más radicales, tuvo siempre albergue seguro y consideraciones iguales ese noble Instituto, creación original de la España contemporánea, obra de las especialísimas circunstancias que concurrieron en su despertar político y literario

durante la regencia de Doña María Cristina de Borbón.

En aquellas cuatro notabilísimas conferencias, muy aplaudidas y celebradas por tan docto concurso, el señor Aramburo trató en primer término de la biografía de la insigne poetisa y de sus composiciones líricas; en la segunda, de sus tragedias; de sus dramas y comedias en la tercera, y en la cuarta y última de las novelas y leyendas. Completan la obra 29 eruditas notas que esclarecen con propiedad y concisión los puntos más interesantes para la crítica y la historia literaria. Si en nuestro infortunado país se disputase ahora ménos y se estudiase más; si el lamentable apasionamiento de que se hace pernicioso alarde permitiese juzgar con equidad y apreciar con exactitud trabajos de la índole del que me ocupa, este habría ya adquirido entre nosotros esa boga cariñosa, ese aprecio general y entusiástico, que en no lejanos tiempos, y con méritos no tan relevantes, adquirieron muy pronto otros de índole semejante. Verdad es que ni el señor Aramburo hizo jamás sacrificios en aras de la vocinglera exaltación política que todo lo

perturba, ni fué nunca la Avellaneda muy popular entre los sicofantas que no pueden perdonarle su exquisita distinción, su acendrada religiosidad, su hidalgo amor á España, que no supo ni quiso nunca inculpar por los yerros de sus gobernantes, aunque acaso mejor que nadie los conocía, si bien amó intensa y entrañablemente á Cuba, la tierra natal.... Los críticos de club ó de café que se extasían ante el infortunado Plácido, cuyas obras no han leído quizás, y de cuya leyenda revolucionaria siguen muchos persuadidos, ó que declaman frenéticos las arengas rimadas de Luaces, más propagandista que inspirado, ¿pueden acaso comprender ni sentir de igual manera la clásica belleza de los cantos de la sin par poetisa camagüeyana? En cambio don Juan Valera afirma que ella no admite comparación ni halla competencia, en España ni en otros países; que como poetisa lírica no tiene ni tuvo nunca rival en España, y que sería menester, fuera de España, "retroceder hasta la edad más gloriosa de Grecia para hallarle rivales en Safo y en Corina, si no brillase en Italia, en la primera mitad del siglo XVI, la bella y enamorada Victoria Colonna,

Marquesa de Pescara." El señor Aramburo corrobora este magnífico elogio con el siguiente juicio, no ménos laudatorio, de don Marcelino Menendez Pelayo; "aún sus composiciones ménos espontáneas é inspiradas suelen ser dechado de limpia y castiza locución poética tan entonada y robusta como la de Quintana, y poco distante de la intachable corrección de Gallego, que eran los poetas á quienes principalmente había tomado por modelo en sus composiciones de aparato, pues en las personales é íntimas, ya de amor, ya de venganza, ya de devoción, no puede decirse que imitara á nadie y es tan grande como cualquiera."

El señor Aramburo no realizó este trabajo solamente como literato, y movido por la admiración al genio, á la inspiración y á la legendaria hermosura de Tula.

Camagüeyano de nacimiento y de corazón, quiso dedicar este homenaje á su ciudad natal y dando gallardo testimonio de esta intención patriótica, dedicó la obra al "muy ilustre Ayuntamiento, de la muy noble y muy leal ciudad de Santa María de Puerto Príncipe." De esta hermosa dedi-

catoria conviene á mi propósito reproducir los siguientes párrafos:

"En la ya larga y agitada ausencia con que al destino plugo separarme de mis nativos lares, ansié mil veces, lleno de patrio amor hácia nuestra hidalga tierra, dar público y fehaciente testimonio de ese levantado sentimiento que dentro de mi alma regía y gobernaba, cual rey absoluto y señor supremo, cuantos impulsos y quereres tenían cabida en lo más íntimo de mi ser, como fío en Dios que seguirá rigiendo y gobernando, en los venideros tiempos á que mi vida alcance, los designios de la voluntad y los nobles ardores de mi facultad sensible.

"Y lo ansiaba con tanta más vehemencia cuanto más profundo era el duelo que me causaba el ingrato olvido de algunos de mis paisanos, expatriados en todo, hasta en los sentimientos, pensando, horrorizado, en que acaso algún día fuera yo confundido entre los renegados hijos del país cubano. Torturaba entonces mi amante fantasía, con el poder de la decidida voluntad, buscando el modo de satisfacer el encendido deseo y librarme de la terrible censura;

pero en la lucha entre la poquedad de mis dotes y la excelsitud del propósito, el triunfo se declaró siempre por aquella; recelaba de la fortuna la negativa de sus favores, y me atormentaba la idea de que el testimonio fuera pobre, y mezquino y ruín el tributo de mi filial amor al solar camagüeyano... Por ventura muy grande—de esas que expanden el ánimo y truecan en reposo la fatiga del trabajado entendimiento—tengo el poder escribir hoy estos mal perjeñados renglones á la cabeza del presente volúmen, que á Vos me honro en dedicar.

"Cuando el año pasado me propuse despertar aquí en Madrid—testigo complacido de la mayor parte de los triunfos de nuestra esclarecida poetisa—el recuerdo de sus creaciones portentosas, guiábame sólo la esperanza de promover, por este medio, la afición de los noveles literatos que no vivieron en aquella época de simpática obsesión romántica en que salieron á luz, y resucitar en los viejos hijos de las letras, que de cerca las admiraron, la predilección que por ellas sintieron de contínuo. ¡Cuánto distaba entonces de mí la idea de que aquellas conferencias del Ate-

neo habían de proporcionarme, al cabo de no largo transcurso, el medio de satisfacer con hartura ese mi deseo, tan profundo como pertinaz!

"Amigos míos, muy queridos y valiosos, de cuya benevolencia no puede dudar la gratitud, aunque sí de su imparcialidad la justicia, extremando el aplauso, juzgáronlas dignas de merecer los honores de la imprenta, y aún hubo alguno que públicamente incitaba al diablillo de la vanidad con encomiásticas instancias, para que me pusiera en la obligación de ceder á sus provocativas tentaciones. Y no porque en el escaso valor literario de mis discursos fiara yo, presuntuoso, el éxito de la empresa, sino porque se me antoja que en ellos brillan, envueltos en acabado simbolismo, los sentimientos que á mi personal empeño interesaba expresar solemnemente, me decidí muy presto á poner en obra el antiguo proyecto mío y la nueva idea que aquestas halagüeñas recomendaciones me sugirieran.

"Fué entonces, en efecto, cuando se me ocurrió asociar á la viva admiración por la inmortal compatriota el férvido cariño que

arde en mi pecho hácia nuestro preclaro Camagüey, de cuyo Municipio sois Vos, Muy Ilustre Señor, legítimo representante. Parecióme que así, no pudiendo ser desdeñado por indigno el testimonio, pues que colocado bajo tan altos auspicios serían absueltas las deficiencias de mi ingenio, le aceptaríais paternalmente, dejando cumplido mi deseo. El cual vése hoy al fin colmado, al ofreceros el derecho de reimprimir las adjuntas páginas cuantas veces lo creáis oportuno, empleando los productos de la venta de sus ejemplares en aumentar los fondos que algún día destineis á la erección de un monumento digno, por su majestad y valor artístico, de la mujer á cuya glorificación se consagre."

Quien así sentía y así se expresaba, á tanta distancia de esta Isla y cuando no eran muchos los que se atrevían á blasonar de cubanos, aún entre los mismos que más suelen alardear ahora del intransigente exclusivismo que tan socorrido suele ser para medros y grangerías, bien puede enorgullecerse de su filial amor á la tierra en que se meció su cuna y desdeñar á los que osen disputarlo.

Volvió el señor Aramburo á su país y volvió en ocasión harto singular, y en momentos muy azarosos.

La Soberanía cuatro veces secular que la Nación descubridora había ejercido sobre esta Isla y á cuya sombra se había constituido la sociedad hispano-cubana y se habían sucedido las generaciones, cesaba súbitamente á consecuencia del protocolo de 12 de agosto de 1898. No es este el lugar de examinar el suceso, su orígen, sus caracteres y mucho ménos sus resultados. Lo que importa á mi objeto es consignar que, al volver el señor Aramburo, coronado de lauros académicos, las condiciones de esta Isla habían cambiado radical é irrevocablemente.

No eran ya esos lauros los que daban preferente acceso á las carreras públicas y ménos que á otras cualesquiera, á la política, á la enseñanza y á la magistratura, si no las ratificaba, á su manera, la muchedumbre alborotada. Los moldes sociales estaban rotos; la indisciplina, la anarquía contenida en el orden material por la mano militar del invasor se extendían incontrastables por todas las esferas del pensamiento.

Ni leyes, ni tradiciones, ni respetos históricos conservaban la fuerza necesaria para dominarlas. Vientos de tempestad desencadenada soplaban sobre nuestra sociedad abatida, desorganizada por las dos guerras, la civil y la extranjera; y como siempre sucede en tales casos, la pasión exacerbada no reconocía otros méritos que los sellados por la fortuna de las armas ó por el poder de la Intervención.

El señor Aramburo ofreció á su país, con noble entusiasmo, el concurso de sus facultades, amaestradas en largos años de meditación y de estudio. En la tribuna política su voz elocuente se alzó alguna vez con el aplauso debido á la elevación de sus ideas y á la gallardía de su lenguaje; pero su moderación, templanza y amor á esas ideas de orden, justicia y verdadera libertad que en tiempos de pasión arrebatada tienen que llamarse conservadoras porque al cabo y al fin ellas tienden ante todo á la "conservación" de los fundamentos eternos del orden social y de la civilización, apartáronle muy pronto del foro popular invadido por el fanatismo y la demagogia.

El señor Aramburo ha escrito, en cam-

bio, con asiduidad, para defensa de sus ideas, conquistándose un lugar honroso entre los mejores periodistas de la época, al mismo tiempo que enriquecía nuestras letras con excelentes artículos de crítica, de erudición y de filosofía profundamente católica, pero penetrada también de muchas de las mejores aspiraciones del pensamiento moderno.

Coleccionados con algunos opúsculos inéditos de otro tiempo, el lector podrá juzgarlos ahora definitivamente. Yo no hago mas que recomendarlos á todos los amantes de la verdadera cultura, de la sólida y amena erudición, del lenguaje castizo y correcto, del estilo sobrio, elegante y genuinamente artístico.

RAFAEL MONTORO.

IMPRESIONES Y JUICIOS.



LA EPICA CONTEMPORANEA

Nunca como ahora puede decirse con más razón que el arte literario es el termómetro que gradúa la cultura y el espejo que retrata el alma de las sociedades.

El fraccionamiento y el atomismo, esos dos grandes caracteres de la edad actual, se reflejan con vigorosos tonos en la literatura, informando todas ó casi todas sus manifestaciones. Muy pocos escritores son los que pueden sustraerse al influjo de las corrientes de su época. La mayor parte de ellos vive y alienta con los ideales erigidos por el gusto moderno, y ninguno, aún el más divorciado del espíritu reinante, deja de sentirse animado por él, en mayor ó menor grado, según su temperamento, su educación y su escuela. En cuanto á las ideas, estas fuerzas personales podrán mantener robusta la individualidad y

emanciparla del yugo de la moda; pero en cuanto á la forma, en cuanto á los moldes, la sumisión es incondicional, y nadie la quebranta impunemente.

Los que hoy contienen la producción literaria son brillantes, pero mínimos y estrechos, porque así los necesita el gusto y así los requiere el sentido de nuestra civilización experimental y eminentemente inductiva. No tendremos Homeros, Dantes ni Ariostos; pero en cambio nacerán á docenas los Goncourt, Maupassant y Daudet, porque genios como estos son los que pueden construir el mosáico primoroso de nuestra literatura, compuesto de multicoloras y diminutas piedrecillas.

Y es que nuestra sociedad y nuestro tiempo no aman las grandes concepciones, ni buscan las síntesís supremas de las ideas. Se vive del detalle, de la emoción fugaz, del relato sensacional, de la variedad y de la multiplicidad. Porque el adelanto pasmoso de las ciencias, el progreso admirable de las artes y la práctica del principio de división del trabajo, llevado á sus últimas consecuencias, estorban la unidad de las concepciones, especifican en infinitas concreciones de magnitud insignificante las luminosas videncias de los humanos artífices, descomponen en innumerables efectos los deslumbrantes rayos de la belleza, que, al sufrir, al través del

prisma de esa ley histórica, la mágica desmembración, iluminan con múltiples irisaciones y variados matices los dispersos elementos estéticos, sin encontrar jamás en su fulgente carrera la energía de una fuerza que los concentre, de un poder que los vuelva á fundir, restaurando la primitiva tonalidad y el color normal y entero de la luz solar.

Y por lo mismo que en religión se ha perdido la fé y se piden pruebas racionales de lo que está por encima de nuestra limitada é imperfecta inteligencia, y en filosofía se ha condenado el rigorismo del método y se exigen demostraciones experimentales, y en la ciencia se abomina de los enciclopedistas y se proclama el dogma de las especialidades, y en política se desechan los sistemas absolutos y se erigen en norma de conducta los motivos ocasionales y los convencionalismos artificiosos, y en sociología casi se subordinan los fines comunes á los objetivos parciales de los factores colectivos, en el arte no se aprecia la importancia caleológica de lo genérico, en literatura se persigue la simplicidad de lo poético, y, dentro de la poesía épica, nada satisface y halaga como la pintura del pormenor, el bosquejo de la *historia*, la lindeza del pensamiento.....No lo sublime universal, sino la singularidad de lo sublime; no la patética grandeza del con-

junto, sino la pasionalidad de los elementos integrales; no la harmonía de la creación, sino las bellezas aisladas de la descompuesta unidad, es lo que conmueve, interesa y recrea. División en todo: en el pensar igual que en el sentir, en el sentir igual que en el querer, en el querer igual que en el obrar; y así, lo complejo originando lo diverso, lo diverso engendrando lo específico, y lo específico sobreponiéndose á lo genérico, han venido á determinar un estado literario completamente exclusivo de nuestra edad, dentro del cual los elementos sintéticos alcanzan bien escaso valor, siendo sus triunfos momentáneos como ráfagas brevísimas de claridad bienhechora, que lucen un instante para morir muy luego apagadas por el soplo asfixiante del insaciable espíritu de división.

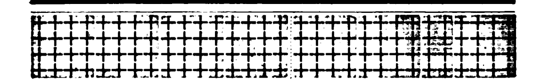
En cuanto á los elementos psicológicos que dentro de la técnica literaria pudiéramos llamar de *fondo*, goza de marcada preferencia el pensamiento; pero no en cuanto tal, ó en cuanto posee propia substantividad, sino en cuanto es el resultado de la observación, ó se inspiró en la contemplación de lo real, ó nació por la virtud generativa de un sentimiento que, al comunicar al alma con sus besos de fuego toda la energía de la potencia creadora que en su ser contenía, fabricó en las misteriosas circunvoluciones del cerebro la

brillante idea, el rasgo sugestivo, el pasional discurso....El hecho en sí, no como parte, sino como todo; el acto palpitante, vívido, recién salido de los talleres de la industria de la voluntad; el fenómeno social, político ó meramente individual, con su obligado cortejo de influencias—nocivas ó benéficas, que eso es lo de menos, pero trascendentales siempre y á veces decisivas,—de circunstancias determinantes, de modalidades en la producción, de artificios ó naturalidad en su génesis, de verdad *positiva* (realista) en su descripción; el hecho *actual*, visible, palpable y lleno de vida, irradiando todavía el calor de la energía creadora, he aquí el apetito general de nuestro tiempo y la necesidad más apremiante de nuestro espíritu social.

Que este excesivo fervor en el culto de la realidad, ideal del buen gusto en la época presente, ídolo de nuestros amores literarios, cifra, compendio y síntesis de los anhelos del escritor y de las aspiraciones del público, puede ser causa de considerables y funestos extravíos impresionando ilícitamente la siempre despierta sensibilidad de los que vivimos en este impuro ambiente en que flotan, confundidas en revuelto tropel, las sépticas emanaciones de mil teorías descabelladas y mil absurdas doctrinas, ocasionando lamentables torcimientos en la caprichosa voluntad y

excitando fuertemente ciertos humanos apetitos, de suyo vigorosos, en vez de aletargarlos con la prudente omisión, ó domeñarlos con la racional crítica de sus desastrosos efectos?....No importa: vengan los hechos; ante todo la realidad; pero la realidad en diseño, la realidad en pequeñas dósis. Que no nos abrume su filosofía, ni nos harten sus bellezas, ni nos causen invencible horror sus monstruosidades asquerosas. También lo horrendo y anormal tiene sus encantos, como el dolor sus fruiciones y la dicha sus dolores; pero los queremos saborear en sucesivas impresiones. Queremos sentirlo todo, amarlo todo, desdeñarlo y aborrecerlo todo: el reposo de la inercia, la actividad del movimiento, la agitación del vértigo, la laxitud del desmayo, las dulzuras del deleite, los aguijones del pesar, la placidez del amor, las torturas de los celos, las sanguinarias satisfacciones de la venganza, las inefables y venturosas alegrías del perdón, el odio y la caridad, la duda y la fé, los divinos transportes del extásis y los ciegos arrebatos de la pasión....todo, todo lo que la vista puede alcanzar, la inteligencia concebir, la imaginación soñar, la sensibilidad contener y la voluntad desear: lo máximo y lo mínimo, lo ideológico y lo positivo, lo bueno y lo malo, y todo presentado con la viveza penetrante de la da-

ga punzadora, con la brillantez irresistible de la luz ecuatorial que deslumbra y la rapidez inmensurable del relámpago que no deja huellas de su paso por la èlectrizada atmósfera. Porque en este afán que nos devora, en esta fiebre que nos abrasa, en estos nervosismos que nos consumen, parece como si temiéramos que el foco de nuestra impresionabilidad se apague para siempre, y nuestra facultad de sentir caiga rendida al peso insoportable de tantas emociones y se postre desfallecida y exánime; y entónces sentimos miedo de que se ciegue esta fuente de nuestros placeres, y al igual que el avaro, luchamos como fieras por conservar el precioso tesoro, más apreciable para nosotros que lo puedan ser las riquezas para los pobres, y para conservarlo lo dividimos; no sometemos nuestra sensibilidad por entero á ningún objeto, á ningún ideal, á ninguna belleza: la distribuimos entre todas, y procediendo siempre como el avaro que, presa de cobarde incertidumbre, se pasa la vida contando las monedas que constituyen su fortuna, gastamos nosotros la existencia en contar las propias emociones, para asegurarnos en todo momento de que todavía se conserva en su pristina potencia el inexhausto manantial de nuestra vida sensitiva.



UN NOVELISTA

Muchas veces he pensado al leer los cínicos engendros literarios, palpitantes de grosera sensualidad, con que el naturalismo modernista agita impudentemente las voluptuosas fibras de nuestros más bajos instintos, rindiendo así tributo de adoración á la endiosada materia, si los gustos de la presente edad sufrirían tan universal corrupción que fueran incapaces de sentir otras bellezas que las de la carne, ni de emocionarse con otros estímulos que los de la brutalidad despreciable.

Buscaba entónces en los escondrijos de mi mente, como para ahuyentar aquel temeroso pensamiento, obras, poemas y autores opuestos á estas disolventes prácticas de anarquismo moral y literario, y que hubiesen conquistado las simpatías y el favor del público, y entre respetados nombres de preclaros escritores, sonaba

en los oidos de mi alma el nombre de A., y como evocados por el conjuro de la imaginación excitada por santos anhelos de idealismo, venían á la memoria las hermosas candideces de sus cuentos pintorescos y amenos como las verdes márgenes del Saona, en cuyas ondas mansas y tranquilas jugueteó traviesa y alegre la infancia del novelista, las luminosas claridades de sus magistrales paisajes, teñidos de expresivos y delicados colores; la encantadora *bonhomie* de sus héroes caseros, tanto ó más reales que las bestias de la grandiosa pero espantable colección de Zola; aquella limpidísima transparencia de su estilo pulcro y elevado, á través del cual parece que se contempla magnífica, serena, radiante de bondad, el alma del poeta; su gentil manera de expresión, depurada de esos tropos temerarios de Flaubert que zumban con ruido que ensordece, como el chirrido monótono de la cigarra en la llanura calcinada por los ardores estivales....

Si yo hubiera de expresar gráficamente lo que debió significar ese novelista en el movimiento literario de la época, le pintaría recorriendo airoso y feliz en nacarada carroza, orlada de finísimas gasas y bañada por una atmósfera reverberante, el laberinto enmarañado de las actuales pasiones; envuelto entre cendales vaporosos de nítida blancura, esparciendo lirios, hor-

tensias y azucenas, llenando el espacio de dulce calor vivificante con el hálito perfumado de sus virtudes, mientras con destreza de consumado *sportman*, y empuñadas las plateadas riendas con que guía su triunfal vehículo, sortea hábil y primorosamente los obstáculos de la penosa carrera, y vuela, más que corre, sin choques ni tropiezos, saltando por cima de la impudicia descocada y derrumbando de sus pedestales usurpados las soberanas desvergüenzas divinizadas por el culto infamante de la asquerosa liviandad....

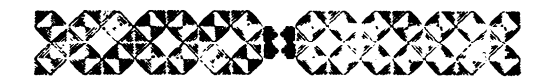
A la insaciable sed de fuertes emociones en que se abrasa el gusto contemporáneo, satisfizo él con suaves refrigerios, no con acres bebidas; á la fragorosa catarata de hirvientes pasiones, opuso la pasión moderada y noble de las náyades amorosas que hienden los aires con las suaves notas de sus espirituales canciones; á los lascivos rugidos de la carne en celo, las tiernas endechas de incorpóreos silfos en que dulcemente se recrea y á cuyo impulso reparador nace á nueva vida el alma flagelada por el látigo del procaz naturalismo.... Nada de casos fisiológicos, ni fenómenos morbosos, ni patología psico-física.... la normalidad de la vida con sus luchas y contrastes, sin desfigurarla rebajándola, sin trágicas exageraciones ni bufos desdenes, tal como se ofrece en la realidad á la

contemplación y estudio de ingenios equilibrados, fotografiando el mal sí, porque es necesario como elemento de contraste, pero no ofreciéndole la mirra de la adoración, los homenajes de un culto execrable.... esa fué la base de sus creaciones, la clara fuente de sus poemas inspirados, el troquel de sus figuras, la paleta en que mojó sus honestos pinceles.

Renegó del escalpelo, que es instrumenmento de calculado y reflexivo empleo, y amó la péñola, libre y espontánea como los ensueños de su fantasía privilegiada. Enamorado del bién, nunca creyó que la fuerza debiera pisotear á la justicia, y en este siglo de ambiciones mal domeñadas por inestable equilibrio de potencias equivalentes, en que se ha necesitado armar hasta la misma paz, él pudo condenar el afán de conquistas y exclamar, sintiéndolo de veras, por boca de aquel simpático coracero Jouve, prototipo del pundonor francés, tan sobriamente retratado en *El sitio de Berlin*: "¿Es posible, por ventura, ensanchar nuestra patria con territorios germanos? ¿Serían nunca franceses?...." Y esto lo dice un galo, á pesar de las rapiñas de Alemania! No puede pedirse más justiciero espíritu....

Tal pudo ser el hombre que á las letras acaba de arrebatar en Francia la implacable muerte: tal debió ser Alfonso Daudet,

á quien Dios había dado todas las condiciones necesarias para serlo. Pero le envenenó la atmósfera en que vivía, y, por desgracia, el gusano roedor del naturalismo á la moda ha hecho su nido en la corola de muchas de sus flores más brillantes y perfumadas.



EL MISERERE EN LA SEO

(RECUERDOS DE ZARAGOZA)

LA católica ciudad de la Pilarica celebra con esplendor difícil de igualar los misterios que en la Semana Mayor conmemora la Iglesia, y bien puede decirse sin hipérbole que no hay uno de sus moradores, por indiferente y poco aficionado que sea al culto externo, que sienta valor para rebelarse contra el espíritu religioso, que en estos días sagrados invade, con mayor empuje que nunca, los nobles pechos zaragozanos.

Para el que por vez primera viva entre ellos, habrá sin duda de constituir sorpresa la soberana devoción á que todo el mundo se entrega, relegando á término secundario, y olvidando en absoluto no pocos, los negocios y los asuntos profanos, como para saturarse en imperturbable aspiración de la piedad que aromatiza aquel ambien-

te saneado por los colosales alientos del nevado Moncayo, y en el cual parece que flota todavía en luminosos corpúsculos el polvo venerando de los héroes. Pero si el observador, bajando la vista, recuerda que el calizo suelo que pisa, regado fué también con pródiga abundancia por la sangre fecundante de miriadas de mártires, que por ser tantos hay que mencionarlos, como dice con inmejorable elocuencia un escritor contemporáneo, "con una palabra que está ya en las fronteras de lo infinito—*innumerables;*—" si piensa que á la fé cristiana, tanto como al valor, debió ese pueblo su grandeza y sus glorias, verá en las nutridas muchedumbres que acuden en respetuoso silencio á los templos cesaraugustanos los legítimos herederos de sus antepasados, y en el fervor que las mueve una manifestación tradicional del genuino carácter aragonés, inconcebible y absurdo si se le despoja de esa sincera religiosidad que le distingue notablemente.

Á esta condicion del pueblo zaragozano hay que juntar su depurado gusto artístico para explicarse cumplidamente la severa suntuosidad del culto que se practica en sus dos catedrales, y, en general, en todas sus iglesias, y el cuidadoso esmero con que se cultiva allí la música sagrada, destinada á interpretar majestuosamente, no á desnaturalizar con intempestivos alardes de profa-

nos resabios, el sentimiento religioso, que es parte muy principal del alma de aquellas gentes esforzadas. Nota de severidad y grandeza que la heróica Zaragoza hace brillar en todas las manifestaciones y detalles del culto, en la arquitectura y en la pintura, en la ornamentación y en el decorado, poniendo incondicionalmente al servicio del ideal religioso, las facultades creadoras de sus mejores músicos y la inspirada destreza de sus más hábiles instrumentistas, concertadas una y otras con rica esplendidez en numerosas orquestas, que, en diversos templos y en las principales festividades del año cristiano, cantan, en el lenguaje del divino arte y con toda la dignidad que cabe en la humana imperfección, las alabanzas del Eterno.

El creyente y el artista, el que está iluminado por la fe, lo mismo que el que sabe sentir las bellezas de la música, encuentra allí, en estos días sobre todo, frecuentes ocasiones de satisfacer las nobles necesidades de su espíritu; porque así como en las artes del espacio, lo característico de la Semana Santa en Zaragoza son los *monumentos*, algunos grandiosos, ninguno chabacano, todos serios y obedientes á la sagrada liturgia, que en algunas poblaciones, Madrid por ejemplo, suele tomarse por cosa de poca monta, en las artes del sonido la especialidad consiste en los *misereres*, que

desde el Viernes de Dolores, en que los inauguran San Pablo y San Miguel, hasta el Jueves Santo, en que cierran brillantemente la serie la basílica del Pilar, la catedral de la Seo y el Sagrado Corazón, casi á diario pueden escucharse en los templos más importantes.

Este último y el que se ejecuta en la Seo el miércoles son los más solemnes y los que atraen mayor concurrencia. Ambos son obra de Olleta, aquel gran maestro y ejemplar sacerdote, tan genial en su inspiración mística, como santo en su vida inmaculada, á quien la descomunal fuerza de su espiritual sensibilidad, trastornando con profundo desequilibrio su delicada complexión orgánica, esclavizada en todo por la beatitud de su alma, le condenó, todavía en edad temprana, á las tristes impotencias de incurable hemiplegia, que si pudo nublar los destellos creadores de la fantasía, hubo de contener sus estragos, al ser vencida por la edificante resignación de una virtud siempre incólume, como fué humillada su enervante obra por la indomable voluntad, á la que por fortuna obedeció siempre sumiso el brazo izquierdo, en cuya mano empuñada la batuta, la figura del venerable varón, rígida, casi inmóvil, tan sutil que á sombra más que á cuerpo asemejábase, envuelta en los negros tonos de la vestidura talar y rodeada cómo de una

aureola de celestes fulgores, parecía la silueta impalpable de un ser semi-divino, irradiando su expresión el candor angelical de un querube, rebosando su continente la plácida majestad de los bienaventurados.

Digo, pues, que á ese genio de la harmonía se deben las dos obras de que he hablado, llamadas respectivamente en el *argot* musical *miserere grande* y *miserere pequeño*. El primero es menos oido, no sólo porque su ejecución es costosísima y suele por ello sustituirse en varios años seguidos por otro de menos exigencias, sino porque la noche de Jueves Santo es menos tranquila en las iglesias, donde el no interrumpido visiteo de fieles que van á orar ante el Monumento perturba el silencio del recinto y estorba la apreciación de la obra. El *pequeño*, que no lo es sino en las dimensiones, y aun en este sentido por modo muy relativo, se ejecuta indefectiblemente en la Seo, desde hace muchos años, la tarde del Miércoles Santo, y ya por la mayor capacidad de la iglesia, que permite disfrutar holgadamente de la audición, como por la arquitectónica suntuosidad de la gótica catedral y su importancia histórica, que prestan abundante pasto á la meditación, ofrece más atractivos encantos á los aficionados al arte de la virginal Cecilia.

No pocas emociones y placeres debo yo á esta hermosa página de la lírica religio-

sa. De ello quisiera dar aquí idea aproximada, ya que para darla exacta fuera precisa otra más experta pluma que la mía.



Es uno de esos días de la agonía del invierno. La estación de los hielos arroja ya sobre la tierra sus últimos vahos do nieve, con la mentirosa fuerza con que el moribundo despide los últimos rayos de sus vidriosos ojos. Hora, la del atardecer, esa hora solemne impregnada de tibia dulzura, cuando las pálidas tintas del crepúsculo que precede á la luna empapan en su melancolía á toda la naturaleza, infundiendo en el alma no sé qué vaga y simpática tristura, en la cual bañado el sentimiento, remóntase triunfante hasta los cielos para departir allí con Dios y recibir de su amor los consuelos inefables que su bondad nunca niega al corazón purificado por el dolor.

Á hablar con Dios de amores en los tonos del arrepentimiento, á pedirle con humilde contrición los dones de su misericordia, van á la Seo los devotos zaragozanos, por entre las empolvadas ventoleras que arremolina en sus calles el inquieto Marzo. El mudo dialogar comienza en el momento mismo en que se trasponen los umbrales del santuario. ¡Y qué bien se siente allí á Dios, bajo aquellas bóvedas gigantes y entre aquellos grupos de finos

pilares coronados por floridos capiteles!..

Por los elevados ventanales de la octógona cúpula en que remata el crucero, se filtra en violáceos chorros la mortecina luz del sol de la tarde. La debilidad de sus resplandores colora con delicadísimos matices las estátuas que llenan las hornacinas y los esbeltos haces de góticas columnas que sostienen las airosas ojivas, borrando en fantástico desórden las líneas de los contornos. Los arcos y los muros ostentando la clásica desnudez de la piedra con sus tonos grises, nunca bien avenidos con las chillonas colgaduras y la pasamanería de salón. El marmóreo retablo, labor de algunas generaciones y no pocos lustros, totalmente cubierto con el morado lienzo de ritual, símbolo de penitencia y de duelo. Sobre la mesa del altar, las seis velas de rúbrica, y, entre ellas, presidiendo el santuario, el argentino Crucifijo, envuelto también en morada tela; todo en el mismo plano del ara, sin graderías, ni tabernáculo, ni adorno ninguno que descomponga la imponente sencillez de la santa escena. En el lado derecho, junto al presbiterio, el magnífico tenebrario, marcando con sus cirios lucientes la duración del oficio y la proximidad de las *tinieblas*. Por las anchurosas naves el ténue ruído de las pisadas sobre el enlosado pavimento, el ligero rumor de conversaciones intermitentes y el

grave salmodiar de los canónigos resonando con monótona y acompasada severidad en todos los ámbitos... Los labios cerrados y quieta la lengua; pero el alma sigue hablando con Dios.

Entretanto se han ido apagando las luces. La noche envuelve á la tierra en la opacidad de sus negros alientos. El coro canta ya con fatigadas voces el último versículo del *Benedictus*, cuyos acentos se confunden con un murmullo prolongado que sale de la multitud espectante. Terminada la antífona, y cuando el acólito sube al tenebrario y arranca de su centro el cirio que en él quedaba ardiendo, y que seguirá luciente, oculto detrás del altar como recuerdo de la fidelidad maternal de aquella vírgen bendita que alumbró la "luz de los hombres", repítese aún más intenso el murmullo, como si la masa viviente que lo produce quisiera nutrirse de una vez, en simultánea bocanada de aire, del oxígeno vivificante y recogerse después en neumático reposo para no perder ni una sola nota, ni un solo acento de la sublime partitura... Llegó el momento... El silencio es tan absoluto como el de las romanas opertáneas, y no es menester estar muy cerca del coro para oir, al chocar de la batuta en el atril del maestro, esos tres ó cuatro golpecitos de prevención, que tan gratamente repercuten en el corazón del verdadero *amateur*,

y que anticipadamente le hacen saborear todo el goce que se prepara á gustar, como dedada de miel en labios de goloso chicuelo....

Obedece la orquesta como si fuera una sola voluntad al movimiento inicial de la batuta, agitada por la convulsa tensión de aquel rígido brazo que sube y baja sin torcerse, señalando el compás con la invariable exactitud de un metrónomo. La música es verdaderamente religiosa, y Olleta un virtuoso sacerdote que entiende y cumple á maravilla su misión: no hay que buscar, pues, florituras ni mundanas elegancias en la dirección. El maestro no las quiere, porque están reñidas con la santidad del género y la seriedad de su obra. Bien está que los operistas y zarzueleros traten de conquistar el aplauso con ondulaciones más ó menos graciosas de la batuta y aún muchas veces del cuerpo; pero en un maestro de capilla no cuadra otra cosa que la severidad de la sencillez, en todos respetable y en él más necesaria que en ninguno.

No se crea por eso que la música de Olleta es una simple glosa del canto llano, ó una salmodia arreglada con más ó menos arte para orquesta. Al contrario; hay en ella toda la delicadeza y frescura de un Verdi, unidas á la virilidad y robustez de un Beethoven. Nada tiene de falsa ni de pobre; toda es hija de la verdadera inspiración.

De la varilla mágica con que el maestro golpea el espacio, más bien que lo llena de curvas, parece que brotan torrentes de harmonía. Los sonidos arrancados al dorado metal y al bruñido leño de los instrumentos atraviesan veloces la atmósfera, empujándose unos á otros en melodioso tropel, acariciándose con reproducciones de dual simpatía, juntándose en suave choque, para separarse al instante y desenvolver en extensos espirales la modulación del tema, ó marchando en paralelos ecos que luego se resuelven en la vibración resonante de un acorde prolongado. A veces el conjunto orquestal semeja gruesa cascada de perlas que se precipitan sobre un lecho de oro; en ocasiones parécese al ligero rumor de la fuente que mana entre herbosas peñas y discurre en amorosos murmurios por la pradera matizada de brillantes colores. A ratos es el fragoroso concierto de las mil vidas que se agitan en la selva; á ratos el suspiro de queja con que llena los aires el triste sauce azotado por el vendabal... ¡Cuánta grandeza! ¡Cuánta hermosura! Aquellas notas caen en lo más profundo del alma como gotas de matinal frescura en vegetación agostada por los ardores de estival sequía, y descubriéndole un pedacito de cielo la aniegan de indescriptible delicia.

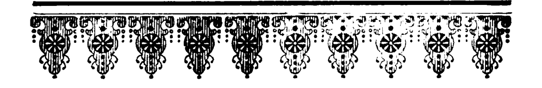
¡Y cuántas ideas, cuántos recuerdos,

cuántos pensamientos germinan al influjo de aquella poesía! ¡Cómo recorre la imaginación, de un solo vuelo, el presente y el pasado, la eternidad y el tiempo, el cielo y la tierra!

Desde el solitario rincón de una de las capillas del trascoro, en cuya obscuridad me he refugiado para hartarme á mis anchas del pío fervor diluido en aquella música que sólo Dios pudo inspirar, sin que nadie me distraiga con su compañía de ese placer sublimemente egoista que ama la soledad, porque el barullo le ofende, le disipa y le mata; desde mi oculto retiro, en cuyos muros me hallo como empotrado, olvidadas la noción de tiempo, la idea del espacio y hasta la mísera condición de hombre á que pertenezco ¡cuántas nuevas emociones se enseñorean de mi exaltada fantasía! ¡qué suavísima fruición recorre mi anhelante sentimiento, y cómo el espíritu sobreexcitado por tan dulces emociones adivina en medio de su arrobamiento y en indefinibles ilusiones, que sólo lo parecen cuando con los postreros sones de aquella harmonía ultraterrena vuelve á la mente el sentido de la mezquina realidad humana, magestades nunca entrevistas por la inteligencia más poderosa y bienes con que nunca soñó la más rica imaginación.

¡Ah! sí; no es visión quimérica. Como realidad que el alma toca veo desfilar por

delante de mis febriles ojos las generaciones del pasado, la humanidad pretérita que subió en anteriores tiempos, como nosotros subimos ahora, la penosa cuesta de la vida, dejándonos entre las breñas y zarzales del empinado camino girones del corazón desgarrado por las espinas del dolor... Confusas muchedumbres de crugientes esqueletos escapados de la tumba fría, cuya losa se levantó compadecida de los angustias que tapaba, acuden en fervorosa peregrinación á la casa del Señor, para demandar en invisible comunidad con los vivos la misericordia que no supieron merecer antes de la muerte, y mezclando sus lamentos con los que salen de los conturbados pechos todavía revestidos de músculo, lloran en el seco idioma de sus huesos fosforescentes los pecados que les manchan, y todos á una claman con interminable plañido que rueda por los aires de onda en onda, como eco de compungida súplica: *¡miserere!.. ¡miserere!... ¡miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam!..*



OROPEL

VIVIMOS de convencionalismos, de mentiras acordadas, que por esta sola cualidad nos imponen respeto, veneración y acatamiento.

Convencionalismo en religión, convencionalismo en política, en literatura, en moral, en artes.... en todo cuanto se produce en nuestra sociedad y vive en nuestro tiempo. Convencionalismo que todo lo invade y lo satura de hipocresía farisáica, manchando con su soplo nuestra vida, falsa y artificiosa como la mentira que la rige.

Egoismos nauseabundos, capaces de asquear el sentido moral menos despierto, pasarán por sublimes abnegaciones, sin más que aprovechar los moldes del convencionalismo; cobardías infamantes, aptas solo

para teñir de vergüenza el rostro, por heróicas hazañas se aplaudirán, si el convencionalismo cuidó de trocar la realidad en leyenda; insulsas doctrinas, elaboradas por la ignorancia, alcanzarán la categoría de sabios dictámenes, si fueron trasmitidas por el vehículo del convencionalismo; vilezas homicidas y ruines acciones, que el criterio de justicia más benigno condenaría sin piedad, por rectos y laudables proceceres se tendrán si el convencionalismo sazonó sus ingratos frutos.

Todo es cuestión de forma. El conocido apotegma de arte política "en los negocios de Estado la buena forma es el todo" ha adquirido ya universal extensión, y hoy se aplica con celosa fidelidad á cuantas esferas comprende la vida de relación. No están la ilicitud y la maldad en el fondo de los conceptos, en la esencia de las cosas, sino en el modo de expresar y trasmitir aquellos y en la manera de aprovecharnos de éstas. Expresad lo que se os antoje, obrad como os venga en ganas, y no os cuideis poco ni mucho de la verdad de vuestros pensamientos, de la bondad de vuestras acciones. Pero no olvideis que palabras, ideas y conducta solo serán admisibles en cuanto reciban las inspiraciones del convencionalismo, verdadera *alma mater* de nuestra sociedad.

Quizá lo haya sido en todos los tiempos;

quizá la condición humana, de suyo tan relativa é imperfecta, no se explique sin el convencionalismo, y así, nuestra naturaleza pueda servirle de justificación. Pero convengamos—porque yo tengo tanto derecho como cualquiera á proponer algún convencionalismo—en que pocas edades como la nuestra le habrán rendido tan íntimo y solemne culto.

¿Pruebas? ¿demostraciones?.... A centenares podría ofrecerlas, si humor tuviera yo para empresa de tan dudoso provecho, y á tu voluntad, lector amable, no cuadrara, como supongo, dar á la atención mejor empleo. Ahi van, sin embargo, algunas para refrescar tu memoria.

"El rey reina y no gobierna", principio de Derecho constitucional, que por ser la clave del equilibrio político y la nota esencial del mal llamado *poder harmónico*, es igualmente aplicable á los Estados republicanos, con referencia á la primera magistratura, al presidente. Implica esta fórmula distinción entre las dos funciones, *reinar* y *gobernar;* pero si la Constitución prohibe al Jefe del Estado gobernar, los ministros se encargan de no dejarle reinar, de tal modo que las funciones políticas del rey de España ó del presidente de la República francesa bien podrían ser desempeñadas por un mecanismo automático.

"El rey es irresponsable; los ministros

responden por él." He aquí una responsabilidad que se traspasa maravillosamente; pero por luminosos que sean los sistemas del Derecho público moderno, no podrán jamás explicar el absurdo de un poder irresponsable. No creo que pueda concebirse mayor endiosamiento.

La justicia declarada poder *independiente*, pero subordinada á un miembro del poder ejecutivo; el Jurado constituído sobre la base de la diversa competencia entre el *hecho* y el *derecho*, fantásticamente planteada; los poderes electivos brotando de la voluntad popular, al lado de los poderes gubernamentales erigidos por el arbitrio del jefe del Estado; la declaración legal de la facultad del poder harmónico para nombrar y separar *libremente* sus ministros, conviviendo junto al poder efectivo de los jefes de los partidos para *hacerlos* y *dimitirlos*.... y otras mil contradicciones, absurdos, incongruencias y ataques al sentido común, preconizados y aceptados como sabios y liberales principios de la gobernación de los pueblos. Y todo por la eficacia de la *fórmula*.

¡Oh! sí; la fórmula no es sólo un modo de expresión; hoy se toma en realidad como *substancia* y como la esencia misma de lo que por ella se expresa. Su poder alcanza tan absoluta sumisión, que todo puede conquistar el asentimiento de lo que

se llama *opinión pública*, sin más que estar bien formulado.

Conflictos políticos, discrepancias científicas, cuestiones de honor, dificultades de procedimiento, todo se vence y se resuelve, todo se conjura y soluciona con una buena fórmula. Como la llegueis á encontrar, estad seguros del éxito en cualquier trance, aún el más penoso. Nuestra pretendida democracia y otras muchas cosas, que por prudencia callo, no son más que ventregadas de fórmulas.

Se fabrica la belleza á la medida del gusto y según el capricho del consumidor. El público, la gran parroquia, es quien promulga las leyes estéticas y ¡ay del artista que las desacate! Como nada tenemos por permanente y fijo, la esencia misma de las cosas se muda y transforma en la corriente interminable de la *evolución*. La producción artística va tomando, por eso, todos los caracteres de un fenómeno económico; y el instinto creador, las facultades personales del artista, el asunto y la ejecución de la obra bella, precisa que sean también *convencionales* para ser *positivos*, paradoja viviente de nuestro tiempo, cuya universal y absoluta realidad se palpa por doquiera.

El gusto mismo es convencional, porque no se genera en serena neutralidad, sino que nace de la fácil victoria de la moda, y

la moda se forma sin lucha, sin conciencia y sin oposición apreciable; el mundo la aclama con delirio unánime, y como el imbécil pueblo que vitoreó á Fernando VII, lanza frenético el "¡vivan sus *caenas!*"

En literatura no hay ningún tonto que se aparte de la doctrina del fecundo Lope, y se habla al público "en necio, para darle gusto", razón por la que reimos muchos chistes, que no lo serían si no hubiésemos convenido en aplaudirlos como tales. Y entiéndase que eso de la necedad es uno de tantos convencionalismos, porque de la clase de *primos* sólo van quedando los.... *hermanos.*

En la moral, en la justicia, en las costumbres, el convencionalismo es omnímodo. Se absuelve el asesinato y se condena la rapiña: aquel es casi siempre *pasional*, y la pasión merece de nosotros las más vivas simpatías; ésta no suele tener belleza. Evitamos el contacto del *golfo*, y repelemos su presencia; pero si *tima* con gracia, nos recrea su ingenio, y no son chistes los que nos inspira la candidez de la víctima! Se recibe una injuria, y generalmente el ofendido se da por satisfecho conque el ofensor *retire* sus palabras (yo te aconsejo, lector, que cuando en este caso te encuentres, procures tener ocasión de corresponder á la generosidad del ofen-

sor, retirando también algo, por ejemplo, un sonoro bofetón). Hay quien negaría hasta la palabra á un licenciado de presidio, y no sólo no desdeña el trato de un.... *irregular*, sino que encuentra muy lícito compartir con él los frutos de la *irregularidad*, delicado eufemismo del robo.

¿Y qué diremos de los tan renombrados lances de honor?.... Eso de que uno que le llama á otro.... lo que es, tenga que ir al *terreno* á exponerse á una estocada, cuando ya su amor propio está satisfecho con el *azjetivo*, ó que tenga que lavar con sangre de sus propios pulmones, pongo por caso, la *mancha* con que la ira enrojeció sus mejillas al escuchar villano insulto, que es como si dijéramos, sobre.... *apaleado*, eso será todo lo correcto que se quiera, pero no es natural. Convengo en que será propio de *caballeros*, pero es impropio de hombres.

La ciencia no dá más fama á quien mejor la posee, sino al que más alardea de ella; no la mayor suma de conocimientos, el mayor acopio de *índices* es lo que forma las reputaciones. Esto sin perjuicio de renegar de la enciclopedia.

¡Cuántos genios de segundo orden, héroes de camama, sabios de relumbrón, artistas de pega, literatos sin gramática, profesores de estulticia, críticos sin meollo, oradores sin palabra, políticos de compro-

miso, artistas de brocha gorda y apóstoles de ocasión han conquistado nombre, fama y provecho por haber sabido manejar el indispensable convencionalismo! Sus aureolas son de *doublé*, pero al fin aureolas, y esto basta para pasar la vida cómodamente, que es el gran problema de la humanidad, el *quod erat demostrandum* de nuestra ciencia.

Los tópicos de la prensa, la estereotipia periodística, arsenal de todas las fórmulas de prestigio y gloria, son para mí el más nocivo de los convencionalismos. Muchos que pasan por *grandes*, no deben á otra cosa su grandeza. Las guirnaldas que les adornan son de laurel cultivado en su propio huerto....

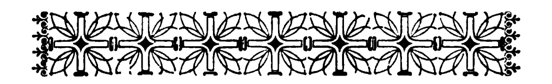
¿Y todavía se podrá dudar, después de meditar sobre estas grandes verdades—aquí sí que no hay convencionalismo—que vivimos en pleno reinado del oropel?

De oropel son las magestades que nos asombran, los poderes que nos gobiernan, los talentos que nos pasman, las glorias que nos deslumbran, las bellezas que nos sugestionan, los progresos que despiertan nuestro orgullo; de oropel los cetros, las coronas y las varas; de oropel nuestras virtudes, nuestras libertades y nuestra decantada solidaridad fraterna; de oropel, y no más que de oropel, cuanto el convencionalismo justifica y la fórmula

concreta. Todo muy brillante; pero todo muy falso: como la delgada lámina de latón, de reluciente superficie, pero sin espesor ni cabida.

Decididamente, de nuestras matemáticas debemos borrar una dimensión: la profundidad.

"El mundo marcha"—¡qué gran descubrimiento! Yo, sin ser Pelletan, me atrevo á añadir—ya lo creo que me atrevo!—que marcha entre reflejos de oropel!



AMOR ES LEY.

EL Eterno se contemplaba magnífico en su augusta grandeza, pero solitario en medio de la infinitud de su esencia, sin vasallos que acatasen su poder y obedeciesen á su voz soberana, sin corte que cantase sus perfecciones inmensas, sin hijos que adorasen su paternidad, sin criaturas que bendijesen su gloria.

Un día en que las corrientes de amor que bullen en su seno circularon con más empuje, de su pecho se escapó un suspiro, sus labios pronunciaron una palabra cuyos ecos repercutieron en la nada estremecida, y huyeron las tinieblas que envolvían los abismos del no ser, y el caos se encendió, describiendo elipses de fuego en su vertiginoso giro, y la luz inauguró la obra del mundo, generando el día en medio de las sombras de aquella noche infinita.

A su mandato despliégase el vaporoso fir-

mamento en la inmensidad de los espacios, las aguas se juntan y congregan, se forman los mares, en la tierra germina la hierba floreciente y la semilla productora, y de los leños pomíferos brotan los frutos que engalanan su ramaje y contienen los gérmenes de interminable y variada reproducción. En el éter suspende los grandes y pequeños luminares que presiden con sus revoluciones la carrera del tiempo y señalan los días, los meses y los años. Las aguas se agitan con el bullicio de mil especies vivientes que á la voz creadora llenan su líquida masa, y de la tierra surgen bestias y animales de todos los géneros, y millones de volátiles de irisados plumajes y melodiosas gargantas cruzan los aires, alegrando con sus colores y sus trinos las diáfanas mansiones.

Pero esto no basta: la luz, los astros, los mares, las montañas, las plantas, las aves y las bestias no pueden devolver los ecos del amor divino. Dios quiere verse reflejado en el mundo, y que en la tierra viva y aliente un ser que proclame sus bondades y corresponda á su amor. Quiere dejar en la creación una imágen de su inteligencia y un representante de su poder, á quien encomiende la jurisdicción de su magno feudo.

La tierra está ya preparada para recibir al hombre, su señor y dueño. Ya su cor-

teza está fría. En su atmósfera no cabalgan las nubes henchidas de perpétua electricidad, que atronaban con sus descargas en los días de la edad azóica. La luz solar baña las colinas y los valles, rasgando periódicamente el velo de las sombras. No hierven ya los cráteres ni de las ígneas entrañas de los volcanes salen las humeantes trombas que se dilatan en bituminosas curvas por el espacio tormentoso y siniestro. Seco está el suelo, de cuya antigua humedad surgían helechos como rocas, lianas espesas como mallas, seibas como castillos, árboles como montañas, insectos como cuadrúpedos y ornitorincos como águilas. La tierra no se resquebraja con la pisada del megaterio, ni se hunde bajo el peso de marsupiales enormes, ni de los cielos caen diluvios. Las aguas de los ríos se esclarecen y purifican, y las algas acumuladas por la desecación repentina ya no paralizan sus corrientes. La época de las erupciones ha terminado. El palacio está ya construido; la casa es habitable.

La obra de la creación va á quedar también rematada. Dios se mira á sí mismo, y el espejo que recoge su mirada es un nuevo ser, á quien infunde vida, razón y libertad, le constituye en dueño del mundo, y le asienta en el trono de su reino terrenal.

Pero le contempla en medio de aquella

multitud de seres creados para su servicio, y.... *no es bueno*—dice—*que el hombre permanezca solo; hagámosle una compañera,* carne de su carne y hueso de sus propios huesos, y otra vez ejercita Dios su amor creando á la mujer, para que el amor reine en la humanidad, perpetuándose por la conjunción fecunda de los sexos.

Y cuando la primer pareja se postra reverente á los piés de la Majestad creadora, Dios la mira complacido, la bendice y le dá el señorío del mundo, diciéndoles:—Creced, multiplicaos, llenad la tierra, subyugadla, dominad los peces, las aves y las bestias, sujetad á vuestro imperio todas las criaturas y presidid la creación entera. Os doy para vuestro regalo los prados y los montes con su vegetación, sus perfumes y sus frutos; los lagos, los mares y los ríos para vuestro recreo y utilidad; los peces y los animales terrestres para vuestro alimento y servicio; cuanto se mueve y tiene vida en la tierra para vuestra comodidad y provecho. Reinad en paz y sed dichosos.

Desde entonces el amor fué una necesidad y una ley para el mundo. El amor late en las vibraciones de la materia, en los movimientos de los átomos y en la afinidad que congrega las moléculas en los misterios de la cohesión química. Por el amor responde el éter á los llamamientos de los

núcleos que sirven de centro á su condensación y construyen las esferas lumínicas que cuelgan de los espacios siderales. El amor sostiene á esas esferas en el vacío, mantenidas en su órbita por corrientes de mútua atracción que formulan las leyes de la gravedad mecánica. Amor palpita en la alianza de la opaca tierra con el sol rutilante, y como emisarios de amor llegan á visitar nuestras noches los prestados rayos de la luna. De amor se estremece el pistilo de las corolas cuando en su ovario reciben la lluvia de pólen que cae de las anteras del estambre. El amor preside la cúpula de todas las especies animales, y hasta las fieras del desierto esconden sus garras y sofocan sus rugidos para acariciarse tiernamente en la hora del ayuntamiento generador.

Amor piden las flores cuando abren sus capullos á la luz de la aurora en sus aromas empapada, y la mañana les contesta amorosa rozando los tallos con los soplos de su brisa y depositando en los cálices los besos cristalinos de su vital rocío. En amor arde la creación entera, y la naturaleza es un himno de amor perenne, que todos los seres cantan y repiten en la sucesión indefinida de sus generaciones incontables.

El amor es, pues, el principio de la vida. Sin amor no puede haber fecundidad, y sin fecundidad no habría reproducción, ley piadosa grabada por la clemencia divina en

cada una de las páginas de la naturaleza, para que se conserve y prospere. Es, además, el amor como el oráculo que revela incesantemente nuestro destino: amando se procrea, y procreando se perpetúa la fábrica del universo.

Todo nos incita al cumplimiento de esa grande y soberana ley. Los astros con su sinfonía sidérea, los bosques con sus rumores, los mares con los arrullos de sus ondas, las aguas fluviales con los murmurios de sus corrientes, las florestas con sus esencias embriagadoras, los pájaros con sus gorjeos, las laderas de las montañas alfombradas de verdura y las eminencias de las cordilleras coronadas por el follage de corpulentos árboles; todo parece hecho para recordarnos nuestro supremo deber, nuestro goce primordial; todo parece repetir en variadísimas modulaciones la palabra divina que alegró los días genesiacos, deletreándola en mil acentos, pronunciándola sin descanso en mil tonos, cantándola en múltiples estrofas é innumerables rimas que nos dicen de contínuo: *¡amad!*

Hasta la misma voz rugiente del huracán y el bramar furioso de los mares azotados por la tempestad y los tonantes estallidos del trueno y la chispa abrasadora del rayo, nos advierten la necesidad de asociarnos para resistir á nuestros enemigos, de unirnos para defendernos, recor-

dándonos también los beneficios del amor, pues que sin él no puede haber unión verdadera, alianza íntima ni consorcio durable.

Es por eso el amor la más elocuente fórmula del instinto de conservación, fuerza que corre por la cadena de la generación, soldando sus anillos en la típica unidad de la especie, del grupo, de la familia y de la raza.

"Esto hizo que en los tiempos primitivos,—escribe un genial poeta francés,—en que todo era innato y nada había escrito en las sociedades nacientes, en que las leyes no eran más que las inspiraciones de nuestros instintos, el soberano no fuera más que el padre, la tribu no fuera más que la familia y la nación no fuera más que la fraternidad de la sangre en una colección de tribus. Se ha podido destronar al patriarca, se ha podido reducir más allá de lo justo la autoridad paterna, y se ha podido destruir la tribu y absorberla en el Estado, pero no se podrá jamás destruir la familia, que subsistirá eternamente como la dichosa protesta de la naturaleza contra la absorción del Estado, como subsistirá con la propiedad hereditaria, su base divina, contra el comunismo, esa rebelión impotente de la utopia contra el instinto."

Pero ¡ay! que el hombre, obligado más que ninguna otra criatura á responder pre-

suroso á los llamamientos del amor, por lo mismo que su naturaleza ha sido adornada con mayores perfecciones, y en cuyo corazón debe lucir sin eclipses la llama radiante del sentimiento, atrayendo con el calor de su simpatía los afectos y los cariños de sus semejantes para ligarlos en una solidaridad esplendorosa; el hombre, señor de este patrimonio de amor donde posa su planta regia, ensoberbecido por su poder, se rebela á menudo contra la dulce ley á que debe su preeminencia y su misma vida, desacata sus tiernos preceptos y viola sacrílego sus reglas, empeñado en la tarea de dominar por el miedo donde sólo debe reinar por el amor.

Cuando cierra los oídos á esa voz que le habla de paz, de harmonía, de bienandanza y tranquilidad, abre su pecho á la ambición y al odio, y con su calor da vida á esas venenosas alimañas que, como la víbora de la fábula, pagarán con la muerte la protección recibida.

Hasta en el crímen es el hombre inimitable. Su orgullo le lleva á sobrepujar á las bestias hasta en la monstruosidad de la fiereza. Por ser en todo superior, el hombre ha inventado un delito que no saben cometer los tigres: el parricidio. Es un hombre, Cain, quien da muerte á su hermano. Cuando la tragedia comienza á emanciparse de los dioses, y descendiendo

del Olimpo se humaniza para hablar el lenguaje de nuestras pasiones y miserias, el genio griego no encuentra representación más acabada de la ferocidad de los descendientes de Adam que la figura horripilante de Orestes, sordo á los gritos de la sangre que le recuerdan las entrañas que le concibieron y los pechos que le lactaron, matando á Clitemnestra en el mismo tálamo que élla manchara con el amor de Egisto y en el palacio en que Agamenón perece á su vuelta de Troya y en que los Atridas ofrecieran un día, en lujoso banquete y como manjar exquisito, á un padre sin ventura, la carne de su propio hijo.

Y no contenta la poesía con haber perpetuado el recuerdo de este doble parricidio, busca en el destino la fuerza que descuelga á un infante de la garganta del Citerón, le hace huir después del hogar adoptivo y del alcázar de Polibio y Mérope y arma su brazo en el desfiladero de la Focia para que hiera de muerte á Layo, su padre, se ciña la corona de Tebas, se cubra con la real púrpura, y con su madre y esposa, Yocasta, se siente en el trono prostituido por el parricidio y el incesto.

La leyenda de la ciudad que corona el Palatino se enorgullece de que sus fundadores, los hijos de Marte y de la sacerdotisa de Vesta, arrojados por Númitor á la corriente del Tíber, mamasen su ferocidad

en los pechos de una loba, y el buitre carnicero es el horóscopo que anuncia á uno y otro hermano la duración y la grandeza de Roma.

El hombre es quien ha inventado la anarquía, la pólvora, la dinamita y las máquinas de destrucción. Hobbes quiere que los hombres vivamos como los chacales de la Nubia, y para formar su sistema filosófico ha pedido inspiraciones á los aullidos del lobo.

Un día es Ciro quien, llevando el hierro y el fuego á las orillas del Halis, destroza los ejércitos de Creso, toma á Sardes, se apodera de la Lidia, unce á su carro triunfal toda el Asia Menor, somete el Paropaniso y la Ariana, se enseñorea de Babilonia y extiende su imperio hasta el Mediterráneo y el Egeo. Otro día es Alejandro quien, desmintiendo su filantrópico nombre, vuela á Persia en alas de la guerra, derrota á los generales de Darío en las riberas del Gránico y al mismo rey Codomano en Iso y en Arbella, haciendo caer á Siria, Fenicia, Palestina y Egipto bajo la pesadumbre de su cetro. Otro día es César pasando el Rubicón para someter las Galias, y otro los bárbaros despedazando el coloso romano, y otro las kabilas africanas invadiendo á Europa, y otro Europa trayendo á América su espada, y otro Enrique IV y Luis XIV imponiendo religiones con el sable, y el

Terror poblando de cadáveres el suelo de Francia, y Napoleón derribando tronos y esclavizando pueblos, quienes siembran la semilla de la muerte para que de ella nazca el árbol nefando de la conquista, y extienda su follage sombrío sobre los pueblos oprimidos.

En nombre del amor mismo los hombres se arrebatarán la vida, y Antar volará por el desierto á inmolar los esclavos de Cathan, y luego, montado sobre su fogoso Abjer, veloz como el rayo y ardiente como la arena que sus cascos remueven en la rápida marcha, caerá sobre los ganados de Moundir para robar las mil camellas, precio de su felicidad y dote de su Abla idolatrada.

Razones de Estado, vindicaciones del honor nacional, necesidad de desahogar la plétora de una sociedad que ya no cabe dentro de sus límites naturales, sacando, á modo de sangría en un organismo congestionado, del estrecho territorio una masa considerable de población, que sobra y estorba; la libertad y, sobre todo, el deber, el supremo deber de esparcir ¡generosos! la civilización de que los pueblos inferiores han menester y los superiores no quieren monopolizar egoistas, todo esto se ha invocado desde el principio del mundo como causa y justificación de la guerra, siempre que la fiera colectiva ha extendido sus lacerantes

garras para hacer presa en los inermes y en los débiles.

Civilizad en buen hora, pero no déis motivo á la tremenda acusación de Bordier, y no olvideis que, como dice Valtour, las sociedades más bárbaras han tenido su grandeza, las más civilizadas su barbárie. Civilizar no es conquistar, no es oprimir. La civilización no necesita ir acompañada de arcabuces ni de cañones. Llevad la Cruz que es fuente de cultura, pero no ofendais la pureza de su doctrina aliándola con el hierro homicida. Llevad la religión que enseña á amar á Dios, el derecho que instaura y mantiene el orden, el arte que conmueve y la ciencia que ilustra. Pero sabed que la religión se ha de confesar con el alma, no sólo con la lengua, y que no penetra nunca en los corazones cuando va envuelta en metralla; que el derecho empieza á reinar en las costumbres antes de ser escrito en las leyes; que el arte no se aviene con la fuerza, y que la ciencia no llega al entendimiento sino por obra del discurso y ejercicio voluntario de la razón.

¿No es posible civilizar sin conquistar? Es triste cosa que la civilización, obra de paz, de amor, de fraternidad y progreso no pueda extenderse y transmitirse sino sobre pilas de cadáveres y entre montones de ruinas!

Se lucha también por la libertad. Pero

cuando este sol se levanta en el horizonte de un pueblo, es también para alumbrar escenas de desolación y exterminio; sus primeros rayos se quiebran en las ondas rojizas y humeantes de la sangre encharcada, y las primeras estancias que iluminan son hogares visitados por la muerte.

¡Oh, la guerra! ¿Hay nada más espantosamente salvaje que la guerra? Cuando sus gritos llenan el espacio de rugientes imprecaciones, el mundo tiembla estremecido de pavura, hierve en los corazones el odio, el horizonte de la vida se entenebrece, y sobre los pueblos flagelados por el azote de Breno flotan presagios de dolor y augurios de infelicidad. Símbolos de desventura son sus banderas, nuncios de muerte sus apóstoles, sentencias inhumanas sus arengas, implacables victimarios sus jefes y caudillos, legiones de fieras sus mesnadas, pecheros del crímen sus soldados y empresa de aniquilamiento su obra nefanda y homicida.

Un país en guerra es la imágen más fiel que en lo humano puede darse de la anarquía y los tormentos del infierno. No hay piedad para el vencido, ni clemencia para el enemigo, ni perdón para el que se rinde, ni indulto para el que desierta, ni respeto para el neutral. Pueblos enteros emigran horrorizados, sucumben familias completas, quedan vacíos miles de hogares, los santua-

rios se convierten en baluartes, en castillos los templos, y bajo las bóvedas que antaño recogían los ecos de la plegaria, los cánticos de los sacerdotes y las palabras de amor vertidas por lenguas sagradas, resuena ogaño el estrépito de las armas, al caer sobre el pavimento enlosado cuando sus dueños las desciñen de sus cuerpos para entregarse al breve descanso de los hijos de Marte, y la algarabía de la soldadesca, rebosante de blasfemias y juramentos de venganza.

No hay vida tranquila, ni propiedad segura, ni honor garantido, porque honor. propiedad y vida con frecuencia pasan á ser trofeos ignominiosos de la victoria.

En donde un cuerpo militar ha puesto siquiera una vez sus plantas milenarias, el verde jugoso y grato de la vegetación truécase en seco y amarillo tono, de la exuberancia primitiva no quedan sino briznas ajadas y mustias, se ciegan las fuentes y en arenales se convierten los valles agostados.

Donde quiera que veais una campiña talada, un bosque vomitando el fuego del incendio que lo abrasa y tiñendo el cielo con sus rojizas llamaradas, una casa desierta y una chimenea sin su gracioso penacho de humo brindando hospitalidad, decid sin temor de equivocaros:—por aquí ha pasado la guerra!

Solicitadas por el recíproco odio que las mueve, las armas contrarias chocan y se entrelazan con fragor siniestro, se buscan y se esquivan, impulsadas ó contenidas por los consejos de la táctica matanza, esperando la ocasión propicia para descargar el tajo definitivo y suprimir "un número" en las filas enemigas. Los labios arrojando ofensas las más insultantes, el pecho inflamado por el odio, los ojos brillando feroces como las miradas de los leones del desierto, los combatientes se olvidan de que son hombres y se mutilan y despedazan, como si pidieran inspiraciones á la negra musa de Cladel para que su fatídica magia multiplicara las fuerzas de destrucción y ruina que impelen al activo brazo.

Y luego aquellos regueros de sangre todavía caliente, aquellos cuerpos trucidados, aquellas escenas macabras, aquellos gritos de dolor desesperado, aquel refinamiento en los suplicios, aquella saña que se ceba hasta en los cadáveres, aquel acre olor de carnicería en que se impregna el campo!.... los clamores de los moribundos, las quejas de los heridos, los lamentos del prisionero, los himnos selváticos del vencedor, el crugir de los huesos que se quiebran, la fuga de la vida que se ama, y que se va, se va sin remedio, dejando solitarias y abandonadas á tantas viudas sin consuelo, á tantas madres sin amparo, á tantos huér-

fanos sin protección, á tantos hogares sin calor!.... El hambre agitando todas las bocas, la miseria sombreando todas las casas, la peste ulcerando todos los organismos, los cementerios llenando de prisa sus fúnebres moradas, el rencor anidando en los corazones de los supervivientes; semblantes luctuosos, rostros macilentos, la enfermedad, la venganza, la muerte, el robo, el incendio y el pillaje reinando por doquier!

"La reina de las palabras es la palabra sangre"—ha dicho Edgardo Poe. Y en efecto; cuando el hombre, contrariando su naturaleza, sofoca el instinto del amor para encender el del odio, esa palabra será el resorte maravilloso de todas sus acciones y sentimientos, porque ella simboliza la única aspiración y la sed más ardiente de su alma: ¡sangre!....

Todas las guerras se han hecho, ó en nombre de la civilización, ó en nombre de la libertad. No hay ninguna que no haya propuesto como lema de su triunfo la felicidad y la ventura de los pueblos. Y sin embargo, ¡cuántas guerras infructuosas no registra la historia! ¡cuántas veces la libertad predicada en los dias del combate se ha convertido en despotismo al dia siguiente del triunfo, la civilización en barbarie y la felicidad en desgracia!

Responded vosotros, los apóstoles de la

guerra, que con tan halagueño programa agitais las naciones y los pueblos, responded á estas preguntas: ¿Y si os equivocais? ¿Con qué pagaréis entónces vuestro error? Esta sola duda os debía hacer temblar.

Pero supongamos que no estais equivocados, que vuestros juicios son exactos, que el cambio es necesario. ¿Y si por malos azares de la fortuna, la guerra no trae las mejoras ofrecidas? ¿y si sois vencidos? ¿y si después de vencer resulta que el pueblo á que quisisteis obsequiar con los beneficios de un rápido progreso, retrocede y atrasa en el camino de la cultura? ¿Con qué indemnizaréis á vuestras víctimas?

Más todavía. Supongamos que habeis ganado la victoria y habeis tenido la fortuna de que vuestras esperanzas se vean realizadas; que el pueblo adelanta, es libre y es feliz. Pero ¿y los muertos? ¿Teneis vosotros poder para abrir las tumbas y animar los cadáveres? ¿Vais á devolver la vida á los que perecieron por haceros felices.

Si salis derrotados, remachais con la guerra la cadena de la esclavitud. Si triunfais no podeis asegurar que los bienes prometidos ennoblezcan la victoria. Y en el caso más afortunado sois impotentes para hacer partícipes de la felicidad conquistada á los que más la merecen, á los que más trabajaron por ella!

¡Tristes resultados de la guerra!....

La humanidad se envanece cada dia más de su cultura. Por todas partes no se oyen más que himnos al progreso, á la civilización y á la solidaridad de la gran familia humana. La crónica científica registra todos los dias nuevos descubrimientos, la industria nos asombra con sus pasmosos adelantos, las artes con sus prodigios, las costumbres con sus refinamientos, que tienden á hacer más placentera y amable la vida, y las naciones todas rivalizan en celo por difundir y elevar la cultura. Pero ¡extraño fenómeno, coincidencia singular! las guerras se multiplican, la paz es inestable y precaria en todas partes, no hay nación que no esté amenazada por una revolución interior ó por una guerra de conquista, la ciencia y la industria consagran sus mejores energias al servicio de la guerra, y químicos, ingenieros y marinos se afanan cada vez más por inventar substancias incendiarias, aparatos de destrucción y máquinas de muerte, como si todo el secreto de la felicidad humana consistiera en dominar matando!

¡Y osamos todavía llamarnos civilizados! Si tal fuera la verdadera civilización, motivo habria para renegar de un progreso que necesita aliarse con la muerte. La guerra más justa no vale la vida de un hombre honrado.

No; no es eso la civilización. Es la paz reinando en el mundo, el bienestar alegrando los pueblos, la verdad alumbrando las inteligencias, la justicia manteniendo los derechos y haciendo efectivos los deberes, el orden conservando el equilibrio, el amor señoreando los corazones y la fraternidad uniendo con sus dulces lazos á todos los hombres en íntima y estrecha comunidad, bendecida por Dios, y por Dios protegida en la sucesión de los tiempos....

El hombre no será verdaderamente feliz, mientras con sus actos no demuestre que está convencido de que el amor es su primera necesidad y su primera ley.



EL IDEAL ARTÍSTICO

Amar la verdad, bañarse en sus resplandores y cantarla: eso es el arte.

VALENTIN GÓMEZ.

I

La evolución, que es la idea y la palabreja de moda, transforma y combina en el pensamiento humano los principios, las nociones y los gustos, así en los dominios de la ciencia, como en el señorío del arte, elaborando escuelas y sistemas condenados, como todo lo arbitrario, á la efímera temporalidad de lo convencional.

Gustos, principios, ideales, postulados y reglas pasan y se mudan en la corriente bulliciosa de la vida, y aún su mismo brevísimo reinado se desliza turbulento, conmovido por la protesta del pasado, que no se resigna á la muerte violenta decretada

por la reforma, y los empujones del porvenir, que reclama presuroso su asiento en el banquete de la historia. En todos los tiempos, pero más que en ningún otro en el nuestro, en que la *democracia* ha venido á sustituir la razón con el número y el pensamiento con el voto, expediente el más halagüeño para justificar la pereza intelectual, las mayorías sirven de corte al poder, y ciegas aplauden é imitan las barrabasadas de los que sobre pedestales de oro ó de barro, que la materia es lo de menos, dictan leyes y promulgan cánones á la multitud espectante. La cual, como si quisiera probar que nunca deja de estar necesitada de autoridad, ni aun cuando reniega de ella, sumisa obedece y cumple las prescripciones sancionadas por el génio. Este á su vez, si aspira á ceñirse corona de popularidad, suele curar mucho del efecto y poco del mérito, convencido de que es más cómodo y provechoso vivir *su tiempo* con gloria y con pesetas, que no es mala añadidura, que respirar pobre y obscurecido en el ambiente de la verdadera belleza.

Por mis tragaderas no pasa la sinceridad artística del pontífice del naturalismo francés, para quien el cultivo de la novela es una de tantas profesiones industriales. Si *Nana* llega á fracasar y queda enterrada en la polilla de algún *Rastro* literario, de seguro que *Lourdes* no fuera hoy un

tratado de misticismo patológico. A los *francos*, no á los ideales, hay que achacar la consecuencia.

Móviles internos y apetitos metálicos á un lado, el hecho de la transformación es contínuo, y el mudar toma su razón de ser en la mudanza misma, sometidos los ideales y los gustos á una labor de perpetua descomposición, hija del exceso y de la intensidad con que actúan en el ciclo de su vida. La historia es una constante prueba de la verdad de esa ley, que obliga á los hombres al acerbo trabajo de Sísifo, llevando á cuestas la roca del ideal y despeñándola desde la cima del *dogma* para levantarla de nuevo con las adherencias acumuladas en el descenso. Porque en esos combates de la idea y en esas veleidades del enamoradizo sentimiento siempre se recoge algo de la realidad arquetípica de la belleza, esparcida en minúsculos fragmentos, así en las regiones y esferas de la naturaleza como en las edades y periodos de la historia.

En contra de la sensualidad del arte pagano surgió el pudor de las artes del cristianismo; en contra del idealismo religioso vino el renacimiento del clasicismo; en contra de esta restauración, la escuela romántica, y como protesta contra las brillantes vacuidades de los parnasianos, hijos de Victor Hugo y Delacroix, el credo

naturalista con sus artículos de psicología trascendental y sus tributos de adoración al análisis. Tras los discípulos mediocres de Zola, Flaubert, Courbet y Goncourt, vendrán los restauradores de la realidad verdadera, que no es toda idea ni toda hecho, á devolver sus fueros á la imaginación, su poesía al sentimiento, sus derechos al alma del artista, diluida hoy en el seno de ese panteismo estético que tanto priva y seduce. Y tanta mayor será la fuerza que el nuevo romanticismo desarrolle cuanto más grande y tiránico habrá sido el imperio de la escuela naturalista, que en la mecánica de las artes, como en la de los cuerpos, es un teorema probado la relación de intensidad entre la resistencia y la potencia.

Esa resurrección comienza ya, si no me engaña el deseo, bajo el hermoso cielo de Italia y en el ocaso de este siglo de positivismo recalcitrante, pregonando por boca de D'Annunzio los principios del *esteticismo*, nuevo nombre y nueva forma de los ideales románticos solicitados con priesa y anhelo por el espíritu de nuestro tiempo, que se asfixia entre los vapores pestilentes de un arte que no sabe encontrar la belleza sino en la clínica, y se rinde ya bajo la balumba de una literatura en donde no hay más colores que los de la llaga purulenta, ni más fondo que el asqueroso que

descubre la putrefacción en un organismo carcomido por la gangrena.

Hasta dónde puede llegar la tendencia iniciada y cuánto puede esperarse de la salutífera flabelación que empieza á sentirse en el ambiente del arte moderno, nos lo dice desde ahora el entusiasmo con que la opinión pública de la riente península acogió el célebre manifiesto en que D'Annunzio recomendaba su candidatura para diputado, documento originalísimo, que es todo un credo artístico y cuyo éxito revela con imponderable elocuencia el poder sugestivo que el arte tiene aún en el prosáico campo de las luchas políticas; y sus discursos de propaganda electoral, vaciados en el mismo molde y recibidos igualmente con simpatía calurosa. Dato también muy apreciable para juzgar de la viabilidad de la nueva doctrina es el triunfo de *La ville morte*, representada en la propia sede del naturalismo, en la misma Babilonia de donde los sicarios del arte grosero y brutal extraen la hedionda savia de su corrompida inspiración.

No será seguramente el *esteticismo* la última conquista y el último paso en el camino del ideal. Dicho queda ya que la reacción será pujante y briosa, proporcionada en fuerza á la potencia de la acción anterior, y por ende exclusivista, intransigente y definidora. Pero tras los des-

bordamientos iniciales, y después del fanatismo de los primeros sacerdotes del nuevo culto, vendrá la templanza, y cuando haya pasado el ruido estridente del choque y la victoria alumbre la frente de los hércules vencedores, la vehemencia calmada y los bisoños convertidos en veteranos, quizá queden asentadas con más firmeza las bases de una justa conciliación entre la realidad imaginativa y la verdad física entre la naturaleza y la idea, entre la materia y el alma. Si así sucede, el hombre se habrá aproximado mucho en el concepto del arte á la esencial harmonía que mantiene la unidad de sus elementos integrales y de cuya oposición, aviesamente fomentada por los bajos instintos mal avenidos con el órden, que es para ellos freno, valladar y represión, dimanan el desequilibrio y los conflictos que llenan la vida de la humanidad sobre la tierra.

Entre tanto, saludemos esos fulgores boreales que lucen en el norte de nuestro gélido arte, como aurora de un dia esplendoroso, como emisarios de paz y promesa de futuros bienes.

II

El ideal del arte es la belleza. Cuantos errores y absurdos ha proclamado la filosofia con relación á los fines del arte,

débense exclusivamente á la equivocada inteligencia de aquel concepto.

No es la belleza una cualidad separada esencialmente de las demás propiedades ontológicas. En la economía de los seres, la belleza acompaña á la verdad y se nutre del bien que en aquella resplandece, y hay tal correlación entre estos tres atributos, que el entendimiento más sutil nunca podrá llegar á abstraer de una realidad positiva ó ideal cualquiera de ellas para representarse un objeto ó un tipo únicamente bello, ó bueno, ó verdadero. Todo ser es bueno, todo lo bueno es bello y todo lo bello es verdadero. La contingencia de las cosas creadas pone límites al esplendor de esas perfecciones, pero no las desune ni separa. En mayor ó menor grado, en todas brilla y á todas informa esa divina conjunción, fuente de harmonía y cimiento del orden. El Platón cristiano no vacila en afirmar la existencia de lo bello hasta respecto del infierno, porque "todo orden supone hermosura y procede de Dios , y no hay naturaleza creada, por ínfima que sea, que no pueda llamarse bella en comparación con la nada". Toda negación es incapaz de engendrar algo positivo: no hay nada más estéril que el no ser. Por donde ni lo falso puede ser bueno porque es la negación de la verdad, ni lo feo puede ser verdadero porque es la

negación de la belleza, ni lo malo puede ser bello porque es la negación de la bondad. Dios, que es la afirmación absoluta de esas supremas excelencias, ha querido iluminar cada uno de los seres de la creación con el triple reflejo de sus esenciales perfecciones, y comunicarles una semejanza de su harmonía imperturbable, distribuyendo desigualmente sus favores, de donde nace la *variedad;* pero á la vez grabando en la esencial finitud de los seres el sello de la *unidad* que concierta y sintetiza sus universales propiedades.

La misma harmonía y compenetración que en la estructura interior de los seres hemos observado, existe también en las facultades y operaciones del espíritu humano, como fuerzas de una misma esencia, como principios de una misma actividad. La inteligencia aprehende la verdad para que el sentimiento se recree en ella y la voluntad la ame; el sentimiento á su vez persigue la belleza para que el entendimiento la conozca y el deseo se satisfaga con su hermosura; y la voluntad busca el bien para que la razón lo erija en regla y el sentimiento lo tome como guía. Todo es correspondencia y mutualidad en nuestra alma.

Como no puede haber oposición esencial entre las facultades, tampoco puede haberla entre sus fines. Tan absurdo como

sería una moral sin lógica, ó una lógica enfrente de la estética, es una estética sin moral. La moral es la lógica y la estética de la voluntad, la estética es la moral y la lógica del sentimiento, y la lógica es la estética y la moral de la inteligencia. Suponer lo contrario equivale á asignar fines contradictorios á nuestras potencias psicológicas, que no son sino modos de una sola substancia, formas de una sola y esencial actividad; es destruir la identidad del alma, es negar la evidencia del principio de contradicción.

No otra cosa han hecho los que, interpretando malamente la teoría kantiana de la *finalidad sin fin*, atribuyeron al arte lo que el filósofo á la belleza, y proclamaron un arte independiente, el *arte por el arte*, fórmula vacia de una estética sin base alguna científica, pues como dice con profunda claridad un gran pensador, Taccone Gallucci, "pretender que el arte sea fin para sí mismo, es igual á enunciar un principio de centralización por el cual lo bello se segrega de los principios subjetivos y se individualiza en un término de objetividad extra-racional." Y, ¡coincidencia curiosa!, esos rabiosos iconoclastas que en arte forman en las filas de la demagogia, por las mismas razones que en filosofia son panteistas, en religión indiferentes y en moral epicúreos, en el más grosero sentido

de la escuela, no vacilan en erigir altares á una divinidad anodina é incierta, porque ese *arte* que ellos pretenden haber emancipado de toda tutela, ó es un sistema especial, en cuyo caso debían explicar cómo y porqué no tiene finalidad extrínseca, ó no es más que el principio del libre exámen aplicado á la estética, y entonces la noción de fin y de esencia quedará subordinada al criterio de cada artista, diversificándose hasta el infinito el concepto que se quiere universalizar; por donde se va derechamente al absurdo de conceder el rango de tipo y la categoria de arte á los engendros más monstruosos de la naturaleza y de la imaginación.

Así se vé que cada discípulo de esta secta se convierte á su vez en apóstol, definiendo cada uno su dogma, elaborado á la medida de su gusto y con arreglo al patrón de sus prejuicios, y mientras muchos sostienen que el ideal es la forma y que el secreto y la finalidad del arte es la producción de formas bellas, como si el arte no fuera más que la marca industrial de una fábrica de envases ó moldes, otros proclaman ingénuamente que el arte no tiene más misión que la de causar placer, en lo que pudieramos convenir hasta cierto punto, si se añadiera que el placer debe ser el estético, y no otro.

Los primeros olvidan que la forma no es

sino una parte de la producción artística, que por sí sola carece de vitalidad, y que aún su misma belleza se deriva casi siempre, sobre todo en las creaciones del verdadero genio, de la exuberancia estética de la idea. Cuando más, podrá verse en ella, tal como la definen y aprecian sus sectarios, la seda primorosa que cubre á la mona de la fábula; pero como vestido, como expresión ó *cimbalum teniens*, no tendrá nunca virtualidad para animar los cadáveres ó perfumar el estiércol. Aparte de que convertir la forma en ideal es autorizar á Hoggar para que niegue la belleza de la línea recta, y proclame la curva y la espiral como únicas representaciones naturales de la hermosura y de la gracia.

Los segundos confunden lastimosamente el objeto del arte con su fin y no aciertan á comprender que aún el mismo placer estético tiene razón de efecto, no de causa. Esto cuando distinguen entre el goce psicológico y el sensual, que lo más frecuente es oirles repetir las doctrinas materialistas de Fechner y de Wund, incurriendo en un sensualismo grosero, indigno de los honores de la controversia.

Pero si la fórmula inventada por Cousin nada define desde el punto de vista estético, dice mucho en su sentido moral; lo bastante para que nadie pueda dudar de su tendencia revolucionaria y para unir en su

sentido emancipador á los en otros aspectos indisciplinados secuaces de la licenciosa teoría. Segun ella, el arte es libre, independiente y ageno á todo carácter ético. Es un terreno neutral á donde no llegan las batallas de la filosofia y un espacio cerrado á todo lo que le sea extraño. Mas como la misma escuela nos ha dicho ya en lenguaje perogrullesco que el fin del arte es el arte, que el arte no necesita más que del arte, que se basta á sí mismo, y otra porción de majaderías que serían inocentes si no estuviesen encaminadas á constituir una casta privilegiada de *hombres-artistas* que, en cuanto sacerdotes de ese nuevo dios, son impecables y están exentos de toda responsabilidad moral, convendría penetrar hasta la misma entraña del error para poner de manifiesto el objetivo acariciado por los fanáticos de esa independencia mal comprendida y peor practicada, si sus propias exageraciones y desdenes no le hubiesen acarreado de antiguo harto descrédito.

Contentémonos con recordar ahora que nunca, en ningún pueblo ni en ningún tiempo, el arte ha justificado la inverecundia de la inspiración ó la impudicia de las obras; que jamás la moral y el arte vivieron divorciados, y que no faltan motivós para pensar que, muy al contrario de lo que creen los *independientes*, el arte es

como un derivado y un reflejo de la filosofia.

Para nadie que haya leido la historia de esta ciencia y conozca á la vez el desarrollo de las bellas artes, es un secreto la significación y el valor estético de las Venus griegas. Se equivocarán de medio á medio los que en ellas vean una apoteosis de la hermosura femenina, el triunfo de la impureza sobre el candor, la concupiscencia derrotando á la virtud y la moral vencida y humillada por la belleza corpórea.

No; la desnudez de la diosa no es la lujuria de la mujer, sino la majestad olímpica de la belleza; es una idealización cristalizada en un símbolo, una hipóstasis artística en que aparecen confundidas la naturaleza humana y la divinidad gentílica; es la devoción mística del amor y la santificación de la belleza. La *Venus de Médicis*, á pesar de su absoluta desnudez, pasa por una de las creaciones más espirituales é inocentes del arte clásico. Ni una gasa, ni un adorno que en parte cubra su paradisiaca vestidura viene á satisfacer los escrúpulos de nuestro sentido moral; y, sin embargo, ella ha servido de modelo al pincel cristiano para representar á nuestra madre Eva, porque la ética del Evangelio, como la de los griegos, no encuentra en esa estatua sino la forma plástica de un

ideal abstracto, el esquema litúrgico de un concepto genérico, el símbolo de una idea religiosa.

El carácter antropomórfico de la civilización griega, su Olimpo andrógino y la divinización de las perfecciones de la humanidad profesada por su religión explican suficientemente el harmonismo de sus artes, basadas en la conjunción entre lo temporal y lo eterno, entre el espíritu y la materia, así como la santidad de la belleza representada en aquella estatua. Desde el momento en que una copia profana la despojara de su aire sagrado para transformarla en instrumento de afrodisiacos amores, la casta desnudez trocaríase en impudente descoco, la diosa se rebajaría hasta la mujer y aquel místico dechado de hermosura quedaría reducido á la obscenidad de una simple bayadera.

Lo mismo puede decirse de Roma. Las escuelas filosóficas imprimieron su respectivo sello al arte que inspiraron, y tan notables son las diferencias que el concepto de la moral engendra en los artistas, que mientras Séneca traslada á sus tragedias muchos de los austeros principios del estoicismo,—algunos de los cuales merecieron ser recomendados por los Padres de la Iglesia,—Lucrecio y Ovidio, penetrados del sensualismo epicúreo, graban en sus obras *De rerum natura* y *Ars amandi* los refi-

namientos de aquella doctrina que empezó por acomodaticia para concluir por grosera. Con sujeción á las leyes de la sana crítica, ninguno de los dos poemas puede considerarse como un mero alarde retórico. Ambos fueron generados en el seno de la filosofía.

Igual fenómeno se observa en las demás civilizaciones. El arte mahometano es hijo legítimo del *Alcorán*, en los *King* de Confucio hay que buscar los principios del arte chino, como en los *Vedas* los del arte pérsico, en el Evangelio los del arte cristiano y en la Reforma los gérmenes estéticos del Renacimiento. Y el mismo *naturalismo* que hoy impera ha nacido como natural derivación de la relajada moral de nuestro siglo.

Tan cierto es que la belleza ha de ser siempre apreciada como una entidad metafísica!

III

Bien lo sabía Zola cuando escribió: "el naturalismo es una palabra de la que yo me burlo, pero que repetiré siempre, porque es necesario bautizar las cosas para que el público las crea nuevas". Y si el de nuestro tiempo admira y sigue el sistema es porque, encariñado con la degradación de nuestra filosofía, encuentra en el

arte que aquel preconiza la obediencia servil que para sus negativos ideales reclama.

Sí; el arte es la verdad, porque la belleza no puede ser una mentira; pero no es la verdad *naturalista*, sino la verdad *natural*, la humana, la que brilla en la inteligencia y hace palpitar el corazón cuando hasta él llegan sus luces á través de los hilos del sentimiento; la verdad en cuanto se ama noblemente y se transmite con el decoro propio del verdadero amor; la que se conoce y se siente y hace estallar en creadoras chispas el númen soberano herido por la belleza.

Ni copias ni fantasmas quiere el arte. Lo primero es insuficiente y vil; lo segundo es falso y caprichoso. Empeñarse en no tomar como objeto digno del arte más que las quiméricas visiones de una fantasía exaltada, despreciando la realidad objetiva y alterando arbitrariamente la verdad *cosmológica*, para llenar el mundo de obras soporíferas en donde no se descubra otra cosa sino la estúpida adoración del *yo*, que se sublima por sí mismo en un culto desdeñoso para todo lo que no sea su emanación directa y personal, equivale á renunciar á toda verdad y á hacer del arte una estéril colección de fábulas. La sentencia de Horacio contra esos monstruos abortivos seguirá vigente hasta la consumación de los siglos, porque fué dictada

como necesario tributo de respeto á la realidad desdeñada por la imaginación, la cual no deja de ser *la loca de la casa* mientras anda divorciada de la razón, á la que debe obediencia y acatamiento, porque ella nos ha sido dada como poder gobernador y directivo de nuestras operaciones.

Tan falsa como el sueño es la fotografía, que solo nos da idea de la figura y de las líneas, nunca de la expresión que es el reflejo del alma, ni del movimiento que es la vida de la realidad, á la que viste el arte con su ropaje. Quien no traduzca á su idioma más que lo que la raquítica potencia de los sentidos orgánicos logre aprehender; quien para cantar no se conmueva, y no sepa ver dentro de sí lo que sus ojos le presentan fuera de la conciencia personal, y no consiga trasladarlo á los dominios de ese pequeño mundo que se agita en su interior, para allí incorporarlo, por así decirlo, á su sensibilidad, y hacerlo vivir su misma vida, é infundirle sus alientos, y vestirlo á su manera, y sellarlo con la marca de su personalidad, ese ha extraviado su vocación, ese no será nunca artista.

Para dar color á un objeto no se necesita más que teñirlo con el aceite fabricado para el caso; pero para pintarlo se necesita repartir los matices en la paleta, *tocarlo* con maestría, dominar los secretos de la gama y *lamer* ó acentuar los contornos

para que la obra responda á la idea y traduzca con fidelidad el pensamiento. Esto es propio del pincel; aquello corresponde á la brocha.

Si el arte no tuviera otro fin que reproducir la realidad; si su misión no fuera otra que la de reflejar los objetos tales como aparecen en un espejo; si no creara algo distinto de la realidad, una forma, un símbolo, una alegoría que envuelva á la imágen, sin desnaturalizar el objeto, debería suprimirse por innecesario y pretensioso, porque la copia más acabada no valdría nunca lo que el original. Realidad por realidad es preferible la natural, y si no se ha de buscar más que esa verdad muda de la naturaleza, entre un paisaje suizo y una tabla de Watteau me quedo con el paisaje, que me hará experimentar sensaciones que la tabla jamás podrá transmitirme.

Hé aquí el error de lo que se llamó en la literatura italiana *verismo* y hoy se llama en arte *naturalismo:* la naturaleza no provoca sino sensaciones cuando en su contemplación no empleamos otras fuerzas que las de la materia viviente. Para que nos arranque algún sentimiento, es menester que hagamos chocar sus pedernales con el eslabón de nuestra idealidad, único medio de producir el fuego del arte, que es primero inspiración, después obra y siem-

pre sentimiento y amor. El arte, pues, es el que ha de suplir la falta de poder emocional que acompaña á la naturaleza. Y si esta nos hace sentir no por lo que es, sino por lo que nuestro estado emotivo induce de ella para labrar las fecundas síntesis de la sensibilidad, ¿qué ménos habrá de exigirse al artista sino que exprese lo que todos sentimos, en su estilo y á su manera; que no convierta su oficio en el mecánico papel que en la fotografía juega la placa cristalina, indiferente á la belleza de la imágen que la luz graba en ella; que no ahogue los gritos del sentimiento para deleitarse en componer un pedazo de realidad inanimada en donde se pueda estudiar, á falta de escenario propio, como en el hombre de cartón–piedra de los museos de fisiología?

El más hábil Sarasate no logrará nunca que su violín reproduzca los trinos del ruiseñor, ni el más colorista de los pintores trasladar á sus lienzos los infinitos cambiantes y graciosas figuras de un crepúsculo tropical, ni la música imitativa combinar los sonidos de la orquesta del modo como los combina el mar en los choques de sus ondas ó el huracán en las espantables resonancias de sus trompas. Colores, sonidos y líneas abundan eu la naturaleza con profusión inimitable, cumplíendo obedientes y sumisos los fines de

su existencia. Como medios naturales, el hombre se sirve de ellos sin necesidad del artista. Pero cuando quiere elevarse de la sensación al sentimiento, de la utilidad á la belleza, entónces recurre al arte, que es el conducto, y al artista, que es el intermediario de esos dos mundos, la materia y el alma.

Seguramente Bateux no hubiera interpretado con tanta falsedad el principio de imitación proclamado por Aristóteles, orígen de los modernos extravíos realistas, si hubiese tenido presente aquel sano consejo del filosófo de Estagira, á cuya genial penetración no podía escaparse la verdadera finalidad del arte; consejo que bien merece ser practicado, y que á continuación reproduzco: "Pasad de largo por delante de esos pintores que hacen á los hombres como los ven, y paráos delante de Polignoto que los hace más hermosos de lo que son." Así lo entendía también Claudio de Lorena cuando en hermosos paisajes vaciaba á chorros su inspiración creadora, y eso que su género es el ménos ideal de todos los que en pintura se conocen.

Por contrariar esta harmonía propia del arte y por la que se enlaza la naturaleza con el ideal, que es también naturaleza y realidad, el *naturalismo* ha venido á rebajar profundamente la vida del arte, inspirando

obras de pura observación, en las que no faltan los más nimios detalles, pero á las que no baña el más ligero rayo de sentimiento; abundantes en menudencias que sobran y estorban, pero desprovistas de aquella persuasiva elocuencia que recomienda Cañete y que es el secreto de la producción artística.

Y es que cuando el artista no se preocupa sino de la objetividad, de lo que vé y no de cómo lo vé, la inspiración huye de su cerebro, y la obra producida, más que al arte, corresponde á la ciencia. Julio Verne será un gran físico y un gran matemático, pero no será nunca un poeta; sus obras tendrán mucha ciencia, ciencia novelesca si se quiere, pero no poesía. Tolstoi, Zola y el mismo Balzac se olvidan con frecuencia de que son artistas para entregarse á la penosa investigación del historiador ó del sociólogo, ó manejar la pluma curialesca con que alguno traza sus impertinentes inventarios de muebles, ropas, armas y trastos viejos, que ponen en tortura la ansiedad del lector, á quien no le interesa más que el juego de las pasiones y el drama íntimo que el autor deja interrumpido para llenar con sus disortaciones académicas los espacios que dejó vacíos la inspiración.

Eso no es arte; es una suplantación y un fraude. Porque cuando se quiere apren-

der anatomía, historia, geografía ó mecánica ya sabe uno qué libros ha de comprar; pero cuando se compra una novela se tiene derecho á que el autor nos la sirva honradamente y á que se olvide de su sabiduría para sólo acordarse de su arte. No que el artista deje de necesitar cultura científica, ni que sea censurable en él la ilustración; pero sí que tenga cuidado de no caer en la pedantería, dándonos á cada paso lecciones detalladas de profundas disciplinas.

Que conozca sí lo estrictamente indispensable de las ciencias á que haya de referirse para que no nos pinte, por ejemplo, un rio subiendo por una montaña, ó un mono corriendo por las estepas rusas, ó una nevada en el ecuador, ó á Sófocles viviendo en París al lado de Fenelón, ó á Alejandro departiendo amigablemente con San Pedro. Es decir, respetar la verdad lo necesario para no desturalizarla, no precisamente reproducirla de un modo total y exacto; porque aparte de que no conocemos sino las propiedades de los objetos, nunca sus esencias, aún los mismos accidentes que llegan á nuestra percepción son tan varios, tan mudables y diversos que sería humanamente imposible representarlos con los medios del arte, y los esfuerzos que á este fin se dirigieran serían ridículos y dignos de ganar para el que los

desplegara un puesto distinguido en cualquier casa de Orates.

Por eso la verdad científica es mucho más amplia que la artística. La primera comprende todo lo que puede nuestra inteligencia abarcar; la segunda sólo consiente aquello que debe revelarse para no desnaturalizarla: la realidad en la medida indispensable para que el arte no se condene á sí mismo por embaucador y falsario. Propio del hombre de ciencia es comunicar toda la verdad que sepa, en todas sus fases y en todas sus aplicaciones; pero al artista le basta con transmitir al sentimiento de los demás lo que su propio sentimiento ha percibido en tal ó cual aspecto, en esa ó en la otra parte de la verdad contemplada.

Lo que para la ciencia es análisis é inducción, para el arte es deducción y síntesis. La ciencia se dirige al entendimiento por el raciocinio; el arte habla á la sensibilidad por la emoción. El procedimiento de la ciencia es el discurso; el del arte es la intuición. El resultado de la ciencia es un principio abstracto, ó una fórmula universal; el del arte es una representación sensible, ó una forma concreta. La ciencia es medio para la inteligencia; el arte es camino para la sensibilidad. Para la ciencia, pues, la razón y la verdad; para el arte el sentimiento y la belleza.

En el desconocimiento de estas verdades está el error capital del naturalismo, sistema cuyos desarrollos tienen por campo una sociedad que gusta de la perversión moral y se complace en su pintura, por lo que el sectario de esta doctrina, obsesionado por la idea del mal, que es lo que la realidad le ofrece con mayor abundancia, no sólo lo busca con criminal afán en todos los antros, sino que se figura encontrarlo allí donde nunca el mal posó su planta. Por donde el naturalismo viene á atentar contra la naturaleza y á expresar como verdad externa lo que sólo tiene realidad imaginativa. Muchas pruebas de esta obsesión naturalista pudiera aducir aquí; pero me contentaré con recordar, por vía de ejemplo, aquel lúbrico cuadro de *Tierra,* en donde la castidad de una doncella campesina aparece pisoteada por el instinto de un toro semental y en donde, si sobran detalles repugnantes, falta en cambio el más pálido reflejo de esa verdad *natural* que tanto se afanan por conseguir en sus obras los petroleros del arte.

En aquella escena, el *naturalismo* niega ufano el pudor de la vírgen; pero la *naturaleza* se rebela contra esa negación, y afirma en todos los casos el pudor viril del toro, que no admite semejantes fantásticas ayudas. Así, con tales excesos y con sus mismos procedimientos se desacradita

el sistema, y se descubren sus verdaderos y mal ocultos fines!

¡Qué diferencia entre esa indecente mentira de Zola y la verdad dignísima que nos ofrece Murillo en su admirable lienzo *Santa Isabel de Hungría!* Pintad un grupo de lazarinos, cubiertos de harapos y comidas sus carnes por hediondas úlceras, y todo el mundo se apartará con horror y asco de vuestra obra, porque no habreis hecho otra cosa que trasladar al arte, envileciéndolo y degradándolo, el rincón de un hospital. Ni siquiera utilidad científica puede prestar vuestro desatinado gusto, porque la imagen no corresponderá, por mucha que sea la maestría del copista, á la realidad viva y humana de aquel estado; para estudiar enfermedades se vá á las clínicas, no á los museos. Y cuanto más perfecta sea la imitación, más asco y repugnancia sentirán los espectadores. Pues si ni enseña la verdad ni hace sentir la belleza, ¿para qué puede servir una obra de ese género? Pero poned junto á esos mendigos sucios y llagados, una reina cubierta de joyas y adornada con las gracias de la hermosura y de la juventud, descendiendo de su trono á impulsos de la divina caridad para limpiar y curar con sus propias delicadas manos los estragos de aquella putrefacción nauseabunda, y habreis hecho una obra de arte como la de Murillo. Ya no ofenden ni mo-

lestan aquellas llagas. ¿Porqué? Porque al lado de la realidad *material* ha sabido colocar el artista la realidad *psicológica;* porque la naturaleza está embellecida por el ideal; porque la desventura del mendigo sirve para realzar la felicidad de la reina, y el amor que en el rostro de ésta brilla encuentra su reflejo en la gratitud que anima la faz macilenta de los pobres enfermos; porque hay en el cuadro sentimiento humano.

Esto no es predicar el arte docente, nó. Nada tan extraño á mi pensamiento como despojar al arte de su inmanencia y estimarle como un mero vehículo de moralidad. Creo que su fin es la belleza, y nada más que la belleza; pero no admito una belleza reñida con el bien ó enemiga de la verdad. Y por lo mismo que no me atrevo á exigir al poeta que consuma sus facultades poniendo en verso la Biblia, ni al pintor que no se inspire sino en los santos, tengo derecho á pedir que el primero no me moleste contínuamente con rumores lujuriosos y que el segundo no se esfuerce por divulgar los secretos de la alcoba ó las miserias de la patología. Dénnos uno y otro toda la verdad que pueda contener el arte, pero no la que lo sacrifique y esterilice; y muévase el artista con toda la libertad que á su esencia racional conviene, pero no con la libertad satánica que perturba el orden

y afea la belleza, sino con la libertad propia del que sabe usarla dignamente y del que no ignora que ha merecido que de él se diga: *signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.*

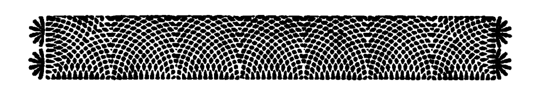
Libertad, bien y verdad no son fines, pero sí condiciones, sin las cuales el arte no puede realizar la belleza,—que el arte, la moral y la lógica son consubstanciales, como consubstanciales son las facultades que dirigen. Y siendo todas las verdades, bellezas y bienes de que en la tierra gozamos condicionales y finitos, no siendo ninguno término pleno de nuestras potencias, estéril fuera la lógica que no nos acercara á la Verdad completa, estéril la moral que no nos hiciera sentir alguna de las dulzuras del supremo Bién, y estéril igualmente el arte que no iluminara nuestro corazón con algún resplandor de la infinita Belleza.

El arte, pues, debe tender á algo más que al recreo de los sentidos ó al deleite infructuoso del corazón: la belleza es fecunda, y de ella nace en nuestro pecho el amor á todo lo que sea su expresión y á aquello en que se contengu su máximo y acabado tipo. Por donde el arte que la realice no puede dejar de ennoblecer nuestras aspiraciones, mejorando nuestra condición y saneando nuestros apetitos.

El hombre, impresionado por la naturaleza objetiva ó psíquica, pone los ojos de

su espíritu en contemplación y traslada al alma los datos y observaciones recogidos, y allí los deposita como en una retorta en donde se mezclan y depuran, sometidos á la acción de todas las facultades: la memoria graba y reproduce, el juicio ordena, la razón combina, la imaginación reforma, el sentimiento caloriza, la voluntad impulsa y la inspiración vierte el producto elaborado en una forma, en un molde, que luego se admira como un pedazo de la verdad exterior envuelto en un girón del alma. Esa es la obra de arte, y ese el arte que pone en tensión todas nuestras fibras.

Clima, raza, civilización y tiempo son factores que crean los ideales ó tipos históricos, legítimos y nobles en cuanto el artista que á ellos demande inspiración y modelos se guarde de divinizarlos, y los tome en su valor relativo y contingente, como emanaciones ó destellos de aquel arquetipo inimitable que toda la humanidad presiente, y que podrá llamarse *Substancia increada*, como decían los filósofos griegos; *Idea*, como quiere Hegel; *Todo infinito*, como prefiere Schelling; Dios, como afirmamos los cristianos; pero que es algo que positivamente vive una vida superior á nuestras bajezas y miserias, tipo inmejorable de belleza, ejemplar perfectísimo de bondad y realidad soberana de donde proceden todas las realidades.



NIHIL

La vida, en su continuada sucesión de alternativas y contrastes, es una cadena de desengaños. Sus eslabones se enroscan al alma como anillos de serpiente venenosa, y cada año, cada día, cada hora, cada instante que pasan, se señalan por una nueva erosión, por un nuevo estrujamiento de nuestros ideales, que van siendo ahogados y deshechos por la implacable opresión de esa cadena forjada con nuestra miseria.

Diríase que la vida es algo negativo, á pesar de las pomposas definiciones de los fisiólogos y las sutiles teorías de los filósofos. Es simplemente el camino de la muerte.

Cada día muere algo nuestro: un pensamiento que se cambia al influjo del loco vaivén humano; una idea que se hace añicos en crepitantes explosiones, al choque

de opuestas y vencedoras ideas; un deseo que se estrella contra la roca ingente del imposible moral ó social; un afecto que se pierde, un amor que no logra herir el blanco de sus dardos; una inclinación santa, espontánea y legítima, que se tuerce ó contraría bajo la mentira aplastante de las conveniencias; una verdad que se sofoca para que no hiera con sus claros lampos de redentora luz la faz tenebrosa del crimen; un error que enarbola su negro oriflama en nuestra mente, complacida de la invasión demoledora, porque el conquistador viene ofreciendo reconstruir sobre escombros más espléndidos alcázares, que nunca se levantan; una ilusión que se evapora, una ambición que naufraga, un proyecto que fracasa, una esperanza que se desvanece.... todo es muerte, muerte inacabable que vá edificando su triste obra: la nada.

No asoma el sol cada aurora su disco de fuego por entre nubes recamadas de risueñas tintas, sin alumbrar los funerales de algo que fué nuestro y que lloramos como bien perdido ó satisfacción no alcanzada, que el alma no limita su propiedad á lo que aprehendió con su anhelo, más también la extiende á lo que se dirige con sus ansias. No llega tampoco al refulgente zenit sin haber compadecido en su carrera innúmeras congojas, y cuando se esconde á nuestra vista en magestuoso ocaso, y aparece en

las alturas, teñida de pálidos encantadores reflejos, su astro auxiliar, la fúnebre Hécate, trayendo en pos de su brillo delicado legiones de estrellas que empiezan á centellear sobre nuestro planeta, como lirios de tibia luz velada por crespones, es para llevarse también el triste recuerdo de mil cuitas y para dejarnos nuevos testigos de nuestras desgracias, nuevos compañeros de nuestro perenne luto.

—¿Quieres ser feliz?—pregunta el genio burlón del destino, afectando interés por nuestra suerte y encubriendo con sardónico gesto sus malvados intentos.—Pues ama.

Pero he aquí que cuando se abre el alma á ese sentimiento, y se engalana el corazón con sus más ricos atavíos para recibir dignamente al regio huésped, que viene con su corte de ángeles y ninfas, tañendo cítaras y esparciendo flores, por las mismas puertas se introduce taimado el monstruo de los celos, y allí encogido y oculto, como el áspid en el cáliz odorante de las rosas indias, acecha cauteloso el momento de hundir en la carne laxa y blanda sus punzantes garras, inficionando la vida con su febrífuga ponzoña. Y desde entonces enmudecen los coros eróticos, callan las melodías, pierden su aroma los perfumes, huyen las caricias, y espesas sombras, negras como la boca de los abismos visitados por la ima-

ginación del Dante, envuelven con sus terrores los horizontes del porvenir, un día risueños y claros, como la poética alborada de los trópicos.

Otras veces el amor sigue incauto reclinado en el seno de la perfidia, escanciando el jugo ardiente de la posesión en el mismo vaso en que ponen sus labios los ladrones del honor y de la dicha, y mientras él se juzga acatado y bendecido, las gentes hacen de su inocencia objeto de ludibrio, y á sus espaldas la befa y el escarnio sueltan victoriosas sus carcajadas impías. Cuando de la frente cae la venda, y los ojos, en fuerza del asombro, parece como que quieren escaparse de sus órbitas para cerciorarse de la verdad que el hábito del engaño hace increible, en los espacios por donde la mirada se pasea no se percibe más que el batir fatídico de las alas de la venganza, erizadas de agudísimas púas, y en el pecho de la víctima hervores de odio rugiente y cataratas de amargura y rabia.

—Despósate con el placer—aconseja entonces al desgraciado la pitonisa del mal: —el amor te ha hecho infeliz y esclavo; el placer te hará libre y señor de tí mismo, déspota de agenos corazones, que pagarán con las torturas de tu dominio las lacerias de tu antigua esclavitud. Ya estás emancipado. Corre y juguetea por el dédalo de los goces, siempre con brío de campeón

invencible, nunca cansado ó vacilante. Subyuga y tiraniza á tu vez, y vivirás dichoso.

Y el hombre, crédulo y confiado, cede otra vez á las solicitaciones del engaño, y se lanza á volar, como inquieta mariposa, por entre las frondas del vicio. Sumerge su cuerpo en las aguas de la sensualidad, enardece sus fauces con el vino espumoso de la orgía, liba aquí y allá, en mil vistosas y galanas flores, el jugo ardentísimo que mana de los pechos de Venus, ahoga sus duelos en la borrachera de la crápula y adormece sus recuerdos punzadores con el hipnal de la lujuria.

Pero ¡ah! que cuando cree haber encontrado la fuente de cumplidas venturas que riegue con sus frescores el seco arenal de la existencia, el hastío del cuerpo anuncia al alma su nuevo errror, y la carne macerada por el deleite se postra desfallecida, macilenta y exangüe, mientras el espíritu sigue ansioso buscando su equilibrio, corriendo desolado en pos de ideales que nunca, nunca se alcanzan por los caminos de la tierra y en el laberinto enmarañado de las pasiones humanas.

Así el libertino disoluto y el hábil galanteador pasan la vida pisoteando virtudes y desdeñando amores; maestros en la estrategia del cariño ligero, héroes de un día, cuerpos sin alma, mientras duran las energías del organismo; almas sin esperan-

zas, cuando las fuerzas se agotan y se marchitan los colores de la juventud maltratada por las ráfagas de un otoño prematuro. Su vida es un bostezo.

—Rodéate de amigos y serás querido— exclama el oráculo.—Practica el bien, siembra favores y cosecharás bendiciones y gratitudes.

Mas ¡ay! que al cabo, cuando después de haber fundido bloques de oro en el crisol de la amistad y haber derrochado en animadas francachelas y en desprendimientos fraternos caudales acumulados tal vez por el trabajo y las privaciones de un padre amoroso, los que compartieron con el rico los días de la abundancia, no quieren participar con el pobre de los tormentos de la miseria, y el pródigo vagará como un fantasma que vive de recuerdos, sin recoger ni un saludo de sus antiguos amigos, tan solícitos en buscar su compañía mientras la mina tuvo veneros, como fugitivos é indiferentes cuando, agotado el filón que alegres explotaron, contemplan exhausto y sin brillo el aurífero campo. Los que antes acudieron presurosos á dividir placeres en la opulencia, no saben siquiera llevar consuelos á la inopia.

—Sé sabio y poseerás la verdad.

Y el hombre estudia, y consagra á la ciencia penosas vigilias, y, tras largos años de profundas investigaciones, cuando cree

haber descubierto todos los secretos, causas, leyes y desarrollos de la existencia y del mundo, abrumado por el enorme fárrago de una erudición indigesta, perdido entre observaciones superficiales que nunca llegan á tocar la médnla de los grandes problemas, principios condicionales, postulados artificiosos y razonamientos incompletos, confiesa su ignorancia, y proclama su impotencia para alcanzar aquella verdad suprema, indeficiente y luminosa, causa de todas las harmonías y reguladora de todos los movimientos de la creación, oculta por velos misteriosos á la razón humana siempre sedienta, nunca saciada, ansiosa siempre de claridad y luz, y siempre llena de sombras y obscurecida por las nieblas de la duda. Cuando está ya cerca del Olimpo, la sombría Némesis le cierra el paso y le aprieta la venda que cubre sus ojos, para que no pueda sondear los arcanos en que viven las causas.

—Sé poderoso y dominarás el mundo—escribe en sugestiva sentencia el horóscopo.—El poder es gloria, magestad, fuerza. Con él podrás exigirlo y obtenerlo todo, sin que nadie pueda exigir de tí nada. Para tí serán todos los derechos; para tus súbditos todos los deberes. Para tí la autoridad; para los otros la obodiencia. Imperará tu capricho, y ley será tu deseo. Serás temido y respetado, y como todo se

compra, serás árbitro de toda virtud, dueño y señor de toda voluntad. No te faltarán aduladores y panegiristas que halaguen tus oídos, ni corte que te siga para honrarse, ni lacayos que se ennoblezcan sirviéndote, ni multitudes que te aclamen y cubran de rosas tu camino, y hasta la historia podrá contar un día tus hazañas, convirtiendo en victorias tus derrotas, en largueza tu avaricia, tus errores en aciertos, en sapiencia tu ignorancia, tus vicios en virtudes, que de los secretos de este arte la humanidad fué siempre poseedora.... Asentado ya en el trono del poder, la ambición lo encuentra deslucido y pequeño. ¡Más, más!.... ¡siempre más! es la fórmula de sus necesidades nunca satisfechas, de sus aspiraciones nunca logradas.... Si fuera posible que esta soberbia bestiecilla racional dominara la tiera, los mares, los astros y los espacios, y bajo su dirección girara la máquina del universo, todavía no viera sus anhelos de poderío colmados, y por ellos movida, en la imaginación fabricaría un nuevo mundo, un imposible que le hiciera sentir las mordeduras del deseo.

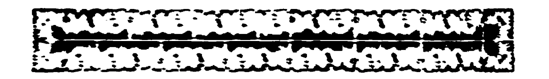
Así castiga Dios, con los mismos delirios del orgullo, la soberbia de sus criaturas!

¡Virtud! Sí. Es muy brillante su reinado y muy dulces sus dolores. Pero si la has de practicar por móviles humanos, si de tus semejantes has de esperar la recom-

pensa, detente, no subas la escarpada ladera, erizada de breñas y guijarros, porque tus heroismos serán burlados, tus sacrificios desconocidos ó negados, y los mismos que á tí deban favores escupirán á tu rostro la saliva del odio, y á tus espaldas sembrarán la calumnia. Además, la virtud es muy convencional, y no vale la pena de trabajar por alcanzarla, cuando con habilidad puedes ostentarla sin poseerla—dirá la hipocresía.

Amor, placeres, ilusiones, sabiduría, poder, virtud y gloria, ¿qué sois sino vanos fantasmas, palabras sonoras, conceptos vacíos y mentiras aceptadas en fuerza del hábito?....

¡Oh mísera humanidad, y qué mezquinas son tus grandezas! Como la silueta que se desvanece apenas la toca un rayo de luz, ó como las montañas de humo que se desgajan al soplo del viento, así son tus conquistas y tus glorias: como las moles de gas, como los contornos de la sombra: ¡nada!



LA POESIA.

ILUMINADA por todos los esplendores del iris, vestida de todas las galas y hermosuras de la naturaleza y del arte, reverberando en su faz peregrina todas las claridades y fulgores de la belleza, la imágen de la poesía se revela á la inteligencia del hombre como la suma de todas las perfecciones, la máxima expresión de lo harmónico, la síntesis de todos los hechizos y encantos con que á la sensibilidad brinda pródiga la obra insuperable del Infinito Artista.

Ciñe su frente corona indescriptible de suprema soberanía, forjada con todos los elementos, y en su figura se asocian todas las propiedades de los seres: la diafanidad de las aguas, la ardiente brillantez de los luminosos mundos que giran en la inmensidad del espacio, los mil matices de amena verdura que esmaltan el sonriente va-

lle, los multicolores tonos y gradaciones de la vida vegetativa, las incontables resonancias y agitaciones de la vida animada, la sinfonía de las selvas, los suaves rumores de la corriente, el chocar incesante de las olas en la movediza llanura del mar, los aullidos del huracán, la calma imperturbable de los cielos, el rayo chispeante, el trueno rugiente, la mansa brisa, las perfumadas emanaciones de las flores, el aliento prolífico de la inspiración humana, la reflexión piadosa de las bellezas divinas.

En su semblante resplandece la serenidad de la pureza; sus ojos centellean con las candencias del sol; su tez retrata la blancura de los níveos ampos que coronan las montañas; por su seno alabastrino discurre ténuemente, como velada por cérulea gasas, la azulada sávia contenida en finísimos canales; su cuerpo, alarde de primores, embelesa por la gracia de sus curvas y la perfección de sus contornos; su apostura es magestuosa, y su expresión plácida y tierna como el brillo del astro argentado que luce entre las sombras de la noche.

Y no sólo el mundo insensible de la existencia inorgánica y el mundo inanimado de la vida vegetal; aquél con sus nieblas, vapores, fuerzas, condensaciones, sombras, destellos y luces; éste con sus colores, aromas y jugos; no sólo la vida ciega, inconsciente, de la materia, la vida misma

del alma inteligente con sus batallas, torturas, deleites, rebeldías, victorias y derrotas, lleva grabados en los íntimos secretos de su mal conocida esencia los sublimes rasgos de ese *algo divino* que todo lo ilumina, lo llena, penetra, dignifica y enaltece. Más aún: la inescrutable naturaleza de Dios, oculta á los ojos inquisidores de la razón humana, como señal de vasallaje; la infinita Esencia Divina, que se escapa á las leyes y derechos del raciocinio, déjase entrever en transportes de místico arrobamiento, merced á las felices intuiciones del sentimiento y del arte, y ella misma, por su perfección inmensa, está llena de esa cualidad suprema de la existencia y de la vida que es como el *alma mater* del universo y la última razón de todas las esencias.

Sí; la última razón de todas las cosas, porque la poesía es la belleza, la belleza es la harmonía y la correspondencia del bien y la verdad, la verdad y el bien son los contrarios del mal y del error, conceptos y términos negativos, que carecen de esencialidad propia y que sólo existen como defecto, limitación y manera de aquellas realidades positivas por necesidad y universales por su comprensión providencial; en cuya virtud ruedan las esferas, brillan los astros, se atraen los cuerpos, súmanse los átomos, júntase en cohesión generadora las moléculas, el fuego abrasa, el hielo

paraliza, silban los vientos, los sólidos se funden, los líquidos se evaporan, se ayuntan las especies, perpetuándose con sus besos de fecundidad, el mineral sirve á la planta, la planta aprovecha á las bestias, y bestias, minerales y plantas ofrecen al hombre, su señor y su siervo á la vez, cuanto es preciso para la vida de su cuerpo, y aún algo de lo que pide la vida del alma, que, irresistiblemente buscando su natural fin, vuela y se alza por sobre las existencias del cósmos y no para ni reposa hasta contemplar de cerca, cara á cara y sin velos de terrena visión, la suma infinita hermosura de Aquél que es pura belleza y realidad perfecta, verdad creadora y bien absoluto, enlazándose así la vida toda con su Autor omnipotente por medio de esa magna cadena cuyo eslabón fundamental, expresivo de la unidad, es el hombre: universal potencia de harmonía que concierta las fuerzas y realidades de la existencia, haciendo resplandecer la *unidad* del orígen y la *diversidad* de los fines en medio del orden y equilibrio con que los seres cumplen el destino señalado por la voz augusta que los gobierna y rige.

Cuanto existe es bello, porque la existencia, realidad palpable de los seres, es un bien, en cuanto no hay existencia que no esté ordenada á un fin, y la correlación entre la vida del ser y su fin es lo que de-

termina la bondad: realidad y bondad no viven sin belleza, que es, como aquélla, atributo inseparable de cuanto tiene movimiento, reposo, actividad, inercia, sucesión y vida. Luego la belleza es propiedad común á toda existencia.

Propiedad difundida universalmente por todas las esferas del ser, al que llena, penetra y anima: distinta del carácter que afirma la permanencia, de la verdad que mantiene la identidad, de la expresión que acentúa el vigor, de la bondad que engendra el equilibrio, de la perfección que ennoblece la estructura; pero reveladora de todas estas cualidades trascendentales, con ellas hermanada como manifestación externa de algo íntimo que reside en la esencia de los seres, como esplendor y brillo que sale de lo profundo, no como realce, adorno ó forma decorativa, sino al modo como exhala la rosa su suave perfume, no confundiéndose, pero sí mezclándose con sus colores delicados, sus finos pétalos y su poético organismo.

Hada misteriosa que alegra el mundo y hace amable la vida, ya se muestre en medio de la aparente inharmonía y desórden que nos lleva á "las puertas de la mansión de los dioses" (1) con la intensiva potencia de lo sublime, poniendo sobre

(1) *Superum limen.*

nuestro pecho, como losa terrorífica, el peso y la congoja de nuestra incapacidad contra la causa adorable de esos bellos trastornos en que parecen correr los elementos de la naturaleza sin ley, freno, ni plan que los concierte; ya se ofrezca como tranquila emanación de la hermosura divina, ó bien graciosamente vistiendo la desproporción entre las condiciones y el fin individual humano, remarcando en el engranaje de las ideas lo ridículo del esfuerzo vano ante la superioridad del ingente propósito, ella siempre nos conmueve y nos rinde, porque es el hálito de Dios, la imágen del cielo, la única intuición de la grandeza sobrehumana que alumbra á la mente y guía á la voluntad por entre las tortuosas sendas del insaciable apetito.

Por eso la busca y solicita con empeño nuestra pobre alma, siempre necesitada de refrigerio, porque siempre se siente abrasada por los febrífugos ardores de la sed que ataraza el sentimiento. Por eso la amamos, porque necesitamos de ella, y ella nos complace; por eso no renegaremos nunca de ella, porque ella responde cariñosa á nuestro llamamiento, y surte de frescos manantiales el polvoriento camino, y vierte en las calcinadas fauces de la sensibilidad el áureo jugo, el néctar deleitable extraido de aromosas plantas y fabricado por ella, según arte de prodigiosa al-

quimia, en ignotos laboratorios dirigidos por su virtud expansiva y consoladora.

¿Quién no ha gozado alguna vez siquiera de la poesía que rebosa el mundo físico? ¿Quién no se extasía contemplando la belleza de un amanecer en el golfo partenópeo, ó admirando la terrorífica magestad de la catarata del Rhin, ó sintiendo la melancólica dulzura de un crepúsculo en los Alpes, ó impregnándose de la tierna voluptuosidad de una tarde de primavera en los cármenes granadinos?.... Pues esa, esa es la belleza natural, esa es la poesía de la materia.

¿Quién no ha saboreado, en alguna ocasión por lo ménos, los deleites que brotan del poder soberano de nuestra facultad imaginativa y no se ha recreado ante las reproducciones fieles y acabadas de las hermosuras de la naturaleza, ó ante las grandiosas concepciones que por medio de sorprendentes esquemas y atractivos símbolos dan vida plástica, forma corpórea, realidad sensible á las ideas abstractas. ¿Quién no ha percibido, siquiera sea en forma confusa y vaga, el lado estético de esas victoriosas osadías del genio que, en alas de la intuición, convierten la hipótesis en certidumbre y conquistan para la voluntad, con el secreto de las leyes naturales, el imperio de las ciegas fuerzas esparcidas por la inmensidad del cósmos? ¿Quién no

ha sentido la fruición en que se aniega el alma á la vista de las obras prodigiosas realizadas por el soplo creador de la inspiración que bebe sus impulsos en las fuentes de la realidad material y fisiológica, se asimila sus elementos y los altera, trueca, combina y dispone, según el eterno arquetipo de hermosura que ilumina su mente, fabricando bellezas imperecederas, consuelo del alma atribulada y á la vez timbre excelso de su noble condición y privilegiado orígen?.... Pues esa, esa es la belleza ideal, por la que el hombre se asocia á la obra del Creador.

¿Quién, por fin, no se complace y deleita en presencia de la realización exterior de esa belleza ideal, elaborada en el impenetrable misterio de la fantasía, asimilada por la imaginación y refinada, por así decirlo, en la asombrosa maquinaria que funciona allá en no sé qué ignotas circunvoluciones y repliegues de la substancia gris, movida por la potencia creadora del espíritu? Por profano que se sea en el arte de la pintura, ¿habrá alguien que deje pasar desapercibidas todas las maravillas de color y de luz que al lienzo trasladaran Rafael en su *Transfiguración*, Correggio en su *Noche*, Fra Angelico en su *Coronación*, y Rubusti en su *Paraiso;* ó que no sepa encontrar ninguna de las muchas excelencias que avaloran el dibujo en la *Ve-*

nus de Vecelli, el *Narciso* de Claudio, los *Extasis* de Bartolomé, el *Ecce Homo* de Rembrand y los mártires y los apóstoles del Españoleto?; ó que no palpe con los ojos la divina perspectiva del *Descendimiento* de Rubens, la *Cena* de Vinci y las *Bodas* de Veronés?.... Por falta de sentido estético que se le suponga, no hay hombre que no se embelese ante lo magnífico de la proporción y lo gracioso de los contornos que en la muda piedra grabaron los buriles de Canora y Thorwaldsen. Sin alma y sin sentimiento hay que declarar al que, por escaso gusto musical que posea y por menguada educación auditiva que le adorne, no deje llegar á su alma alguna de las infinitas emociones que manan de las *Psalmos* de Marcello, de los *Motetes* de Palestrina, del *Requiem* de Mozart y de las óperas de Mascagni y Wagner.... Pues esa, esa es la belleza artística, la poesía que el hombre transmite y comunica con el ímpetu de su genio, sacándola de los linderos de su patrimonio, por sabia generosa expropiación, para que todos sus semejantes coparticipen del goce por él creado; esa es la poesía que glorifica é inmortaliza, "lazo de unión entre la materia y la idea, parodia sublime que en parte nos descifra el misterio de la Creación" (1).

(1) Giles y Rubio.

Belleza natural, belleza ideal, belleza artística, clasifica la ciencia. ¡Poesía! percibe la imaginación y clama el sentimiento; eterna poesía que es ley, necesidad, placer, cualidad, idea, emoción y atributo.

¡DIOS!

E aquí una palabra que encierra el secreto de toda la creación.

Dios es la expresión articulada de un concepto ingénito en el entendimiento humano; el nombre que, en el mudable lenguaje que brota de los labios, usa la limitada razón para confesar su causa; el signo sensible de una idea necesaria, absoluta, indefinible, incrustada, así puede decirse, en la mente de los hombres, á la que llena con su excelsitud, alumbra con sus fulgores, ilustra con su grandeza y perfecciona y dirige con su influencia.

Dios es la idea de las ideas, la noción de las nociones, la verdad de las verdades, la ciencia de las ciencias; porque en la idea de Dios se compendian, como en síntesis infinita, todas las demás ideas, la noción de Dios contiene la causa de las demás nociones, la verdad de Dios es la suprema rea-

lidad en donde se concentran todas las verdades, y la ciencia de Dios el conocimiento más amplio, más extenso y más fundamental que cabe dentro de la razón contingente.

¡Dios! es el grito que exhala el alma herida por el dolor en su mísero destierro.

¡Dios! el acento que murmura el hombre cuando busca, en medio de la naturaleza que le circunda y por entre la materia que le cobija, al autor de los elementos.

¡Dios! el férvido clamor que, rompiendo las paredes de este impuro vaso de carne deletérea, se escapa del corazón inquieto y asciende anhelante á los cielos como efluvio de amor, como suspiro de felicidad, como ansia de contento.

¡Dios! el reposo imperturbable que columbran los penetrantes ojos del espíritu fatigado en el camino de la vida.

¡Dios! la fuente abundosa de cristalinos licores que divisa el sentimiento en las lejanías de la eternidad, como la única capaz de calmar con su frescura la ardorosa sed en que le inflaman los abrasados vientos de la atmósfera en que respira, como la regalada dulcedumbre que puede saciar su gusto castigado por las salobres aguas que corren por este valle de proscripción.

¡Dios! el cántico de adoración que entona la humanidad, asombrada de la in-

mensidad de su Señor y de hinojos ante su sin par soberanía.

¡Dios! la plegaria que eleva el sufrimiento, demandando piedad, cuando á sus rudos golpes se estremecen nuestras entrañas, y vibran gimiendo las cuerdas de nuestra sensibilidad, y crugen los miembros todos de nuestro ser como si fuera á desguazarse la forma corporal que nos viste.

¡Dios! el himno de alabanza que canta la sumisa naturaleza, como eco de gratitud que repiten sus caducos seres, agradecidos á la Suma Bondad.

¡Dios!.... pero ¿quién podrá explicar lo qué es Dios? ¿quién podrá considerarse adornado de tan viva intuición que intente penetrar en la única esencia necesaria, cuando hasta las propiedades de las esencias contingentes permanecen para nosotros en la obscuridad del misterio? ¿ni qué temeridad podrá compararse á la del fátuo mortal que pretendiera describir lo que su pobre razón no comprende y apenas vislumbra cuando, ejercitándose en el discurso, estudia el problema de la causalidad de los seres, y vése constreñida á reconocer la necesidad de una supremacía ontológica de donde arranca el principio de toda existencia, ó cuando subiendo con alas de fuego, merced al empuje de la fé luminosa, barre las brumas de la imperfección que entorpecen su camino, y obtiene de la suma mi-

sericordia un destello de la luz eternal, y á su favor gózase, llena de inefable delectación, en la clarividencia de la Absoluta Realidad?

¡Ah! es que á Dios se le siente, pero no se le explica; se le entrevé por cima de la natureleza finita, pero no llega á comprendérsele; se le ama y desea, pero no se llega á El sin un favor señaladísimo de su paternal cariño.

Nuestro entendimiento es tan mezquino que, siendo Dios la *afirmación* absoluta de todas las perfecciones, bondades y hermosuras, para concebirle, á fuerza de raciocinio, necesita valerse de negaciones, y así decimos que es *in*finito, que *no* tiene límites, que es *sin* principio ni fin, el único Ser que *no* puede dejar de existir, que *no* debe á otro la existencia, que su amor es *in*menso, su sabiduría *in*mensurable, su belleza *in*definible y su providencia *in*terminable. Sus atributos son afirmaciones; pero para definirlos necesitamos recurrir á la negación de las imperfecciones de nuestra esencia, sin que jamás lleguemos á alcanzar en esta vida la visión intelectual de ese conjunto de supremas excelencias, que nunca podremos enunciar con términos positivos.

Por eso la idea de Dios es tan indeterminada: excluimos de su Realidad todos los males, y así nos quedamos con un ser puro en su esencia y en su existencia, y al

querer juntar en El todos los bienes, nuestra imaginación póstrase desfallecida por el esfuerzo impotente. Mas la vaguedad del concepto no daña á su certeza, y la certeza de la idea, profesada con unánime asentimiento por todos los hombres, en todas las épocas y en todos los pueblos, muéstranos con luminosa diafanidad, como á través del límpido cristal del firmamento muéstrase refulgente el sol magestuoso animando al mundo terrestre, la *verdad* perfectísima del objeto de aquella representación intelectual, la realidad de las realidades, la existencia necesaria y los atributos incomprensibles de Dios.

Pero yérguese insolente el orgullo del hombre humillado por el poder de Dios, y le interroga: ¡oh! tú que te dices perfección y sabiduría infinitas, ¿porqué me diste la idea de tu ser y no acabaste de alumbrar mi razón para que conociera tu naturaleza? Tú que eres justicia impecable y rectísima, ¿has podido infundirme esa noción de tu realidad, que me obligas á acatar, privándame á la vez de aptitud para entenderla? Tú que eres bondad sin mezcla de mal y amor sin mengua de desvío ni limitación de odio, ¿cómo has podido darme la certidumbre de tu existencia, condenándome á la incapacidad más desconsoladora en cuanto á la visión de tu esencia atañe?....

Con horrenda blasfemia ensuciaría su

lengua quien, hablando de este modo, osara soberbio echar á Dios en cara la flaqueza de nuestra mente.

No hay contradicción, nó. Si desde acá abajo, sumidos en las lobregueces de la maldad, pudiéramos contemplar intuitivamente la esencia de Dios, nuestra razón sería tan perfecta como la de los espíritus angélicos, y entonces, ó esta superioridad de nuestra potencia intelectiva ocasionaría inevitable desequilibrio en la mecánica de nuestro espíritu, ó, para que no se quebrantase la harmonía, las demás facultades del alma habrían de alcanzar igual grado de perfección. Lo primero es contrario á la sabiduría divina, lo segundo repugna á su justicia; porque no crió Dios los ángeles para que morasen en las tinieblas de la materia deleznable, sino para que alegrasen la eternidad con los acordes de sus célicas arpas y las melodías de sus conciertos, y le rindiesen el culto de su adoración con la pureza del sentimiento sin mácula, y participaran en la medida de su perfección de los goces inacabables de su reino, y fuesen á confundirse las emanaciones de sus inteligencias, sus impulsos afectivos y los movimientos de su voluntad con aquella luz preternatural é indeficiente de donde fluye á raudales la verdad, de donde se deriva á torrentes la belleza, en donde nacen cataratas de amor que inundan de

bienaventuranza los dominios todos de aquella mansión de paz eterna y felicidad incorruptible.

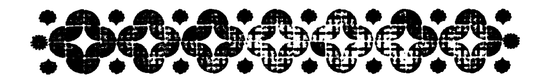
¡Qué grande es el hombre cuando, amorosamente resignado con su limitación, reconoce la autoridad inapelable del Omnipotente, y dirige su existencia á aquel fin supremo, que es la venturosa contemplación de la magestad eterna, y á ella encamina sus afectos y deseos, sus impulsos y determinaciones, sus pensamientos y sus actos todos, persuadido de que el bien por que suspira, la hermosura que ama, la verdad que busca y la felicidad que anhela no se hallan, no pueden hallarse, en las bellezas de la creación, limitadas por la fealdad; ni en la ciencia humana, sembrada de errores; ni en los caducos placeres del mundo, contenidos por la fatiga y nublados por el aburrimiento; ni en la dicha engañosa de mil y mil embusteras satisfacciones y mentidos goces con que pretendemos embriagarnos, para despertar después más asustados de nuestra infelicidad y más convencidos de nuestros altos destinos!... ¡Oh! entonces sí que se siente soberano, y despreciando esas pequeñeces indignas de su ilustre prosapia, vése más noble y elevado cuanto más insaciables son sus ansias de perfección, y al modo con que el niño, al dejar las albas vestiduras de la infancia para cubrirse con la regia púrpura de la

adolescencia, desdeña los entretenimientos de sus años inocentes y exige otros recreos apropiados á la edad en que acaba de ingresar, así el hombre, que al llegar á la mitad de su carrera por el tiempo, ha vislumbrado el término que ha de colmar sus aspiraciones, rechaza, con la dignidad de quien se reconoce superior, los falaces placeres á que antes se entregara, y no más que juguetes parécenle sus resortes, y tramposos recursos lo que antes creyera maravillas de su actividad.

Entonces sí que si no se vé á Dios, se le siente, y tan profundamente se le admira, que el sentimiento, prestando inmenso poder á la inteligencia, presenta á los asombrados ojos del alma como un reflejo débil, pero exacto, de la Divinidad. Entonces se percibe á Dios como día sin aurora y sin ocaso, como zenit sempiterno de un sol que nunca se eclipsa, como fuego inextinguible de donde mana toda luz y centro de atracción adonde convergen todas las existencias.

Contémplasele poderoso en la creación que brota obediente de la nada á su solo deseo, y en la vida que difunde su hálito; sapientísimo en la inefable harmonía de los mundos por El ordenados; providente en la cuidadosa solicitud de sus leyes; magnánimo en la abundancia de los dones con que enriqueció su insólita obra; justo en la pro-

porción que estableció entre los seres y sus fines; fuerte y magestuoso en los rugientes ecos de los mares embravecidos, en los horrísonos bramidos del trueno, en las líneas fulgurantes del rayo y en el soplo arrasador del huracán; manso y sereno en los suaves rumores del río, en la apacible calma de los lagos, en los magnos conciertos de los bosques, en el girar rutilante de los astros y en la vívida coloración de los valles; amante, pío, tierno y misericordioso en la inefable transubstanciación de su Divinidad con que se nos dá por alimento en el más adorable de sus misterios, en la generosidad de su redención expiatoria, abnegadamente consumada, y en lo propicio que se muestra para perdonar al hombre ensoberbecido que se atrevió á desacatarle, abriéndole sus brazos amorosos, recibiéndole en su seno y llevándole á morar con El en las esplendideces de su gloria.



MI REGRESO.

VENÍAMOS de Europa.

Mar bella, viento ligero, cielo sonriente, á bordo alegre agitación y en los corazones la intranquilidad del regocijo.

Habíamos olvidado ya las angustias del mareo y los forzados compases que á nuestras vísceras todas imprimía el violento balance del buque. El golfo de las *damas* quiso justificar su nombre, probándonos que, aún en la fantástica morada de femeninas deidades, reina sin cesar el agetreo de mujeriles lenguas.

Pero todo eso había pasado. La decoración y el escenario eran muy otros: la intensidad y rapidez de los crepúsculos, la transparencia de la atmósfera, el brillante tono azul del firmamento, el suave y gracioso chocar de las ondas, las yodíferas algas flotando en abundancia sobre las man-

sas aguas...todo anunciaba la proximidad de la tierra americana.

A la luz indecisa de un amanecer blanco como la dicha, risueño como la ventura, en lucha todavía el brillo de la fugaz aurora que inicia la actividad con las sombras que presiden al reposo de la naturaleza, presentimos, más que contemplamos, los contornos terrestres.... Luego, cuando el día iba derritiendo con la claridad de su fuego la negrura de la noche, allá en lontananza, en el remoto límite del horizonte descubrimos, saludándola con veneración y amor, la costa cubana, la isla adorada, la virgen de nuestros ensueños, la bella Dulcinea de nuestras empresas.

De los pasajeros, los más éramos cubanos que regresábamos á los lares natales. Mi larga permanencia en Europa me había conquistado el pomposo título de jefe de la expedición de repatriantes. En aquellos momentos, para todos solemnes y para mí, más que para nadie, eternamente memorables, los compañeros que junto á la proa estaban, fijaron en mí su inquisidora mirada, ansiosos de adivinar por la expresión del rostro las emociones del alma. Un extremecimiento indefinible agitaba todo mi ser: era la sublime angustia del placer que brotaba de lo más profundo y sano del espíritu, y recorría en nerviosas convulsiones mi organismo, contra-

yendo los músculos de la fisonomía con simpáticas inflexiones de tranquilo sentimiento: era el ósculo de filial amor que la obediente materia imprimía, sumisa al mandato del alma, en el espacio que cobija la patria.... Algo parecido ó idéntico debieron sentir mis compañeros, cuando al instante les ví bajar respetuosos los humedecidos ojos y volverlos llenos de avidez hacia tierra.

Entre tanto, la velocidad del vapor, borrando la lejanía de la distancia, y la fuerza del deseo, venciendo las resistencias de la visual limitación nos acercaban cada vez más á las brisas que mecieron nuestra cuna, á la naturaleza que rió las travesuras de nuestra infancia.

La primorosa silueta que á favor de aquella rosada aurora se ofreció á nuestra vista, como visión fantástica evocada por angélico conjuro, ninfa surgida del inmenso azul de los mares á la voz de celestiales númenes, iba creciendo por momentos y tomando colorido y relieve en todos sus detalles esplendentes.

El mar la circunda: este mar de azul más dulce y transparente que el muy diáfano que baña las napolitanas riberas, en donde las aguas arrullan y las ondas se besan orlándose de espumosos brocados, más finos que los que tejieron las hadas en sus bastidores de marfil para decorar el

palacio de los príncipes indolentes que reinaron sobre los hijos del desierto; poblado de citéreas cunas, nidos de aljófar y arrecifes de coral; más brillante que el clásico de las grandes batallas, que sustentó á los Argonautas, oyó los sollozos de Príamo, prestó matices á Apeles, consoló á Pitágoras, sirvió de marco al teatro de Sófocles, inspiró á Melsígene y á Teócrito, alegró la cátedra de Platón, amortajó á la suicida de Léucade y escuchó el saludo de Byron á la que es "estrella del marinero;" más que aquel afortunado porque dirigió en un día, cual ninguno solemne, en que el espíritu de Dios bajó á su seno, las colombinas naves que portaban redentora enseña.

El cielo la cobija: este cielo de zafir más puro que el que alegra los carnavales de Niza y los cármenes sevillanos, de luz más brillante que los iris orientales, de ambiente más sutil que el que embalsaman las flores de Toscana, en donde flotan átomos de oro y en cuyo vaporoso tisú los ángeles pintaron, con los rayos de su candente sol por pinceles, lagos de fuego, paisajes de amatista y delicadas acuarelas; cielo en donde artífices sublimes labraron palacios de rubí y alcázares de jaspeados gases y en donde se juntan en desórden magnífico hercúleos engendros, vestiglos gigantes, blancos corderillos, espantables

sierpes, aves de elásticas alas y fulgente plumaje, sílfides ligeras como el aire y dulces como la sonrisa de un querube, y todo ello adornado con ténues encajes y filigranas, nadando en una atmósfera de cristal que refracta en mil y mil tonos y cambiantes la blanca luz del sol de los trópicos, y que brilla como los cofrecillos de nácar y oro en que guardan sus joyas las odaliscas del harem y huele como los nartecios en que encierran sus perfumes las sultanas.

La tierra abre para ella en liberal derroche de prodigalidad los veneros de sus más ocultas bellezas, para así engalanarla régiamente y hacerla espléndida, como mansión en donde todo invita á gozar el placer de la vida y en donde "no se concibe la muerte ni el dolor." Bordean la costa, dándole guardia de honor, gallardas palmeras con sus rizados penachos de esmeralda sostenidos por dóricas columnas, flameando magestuosos al soplo delicado de los céfiros. Más allá, una vegetación ubérrima, preñada de jugosos frutos y gratísimos aromas; frondosos plátanos reunidos en grupos formados por el capricho, semejando templos vegetales erigidos por la naturaleza, y de cuyo tronco penden, como búcaros de enormes topacios, suculentos racimos del más rico manjar con que brinda la tierra al paladar de su señor; el cedro añoso que forma con sus ramas

esmaltado dosel á cuya sombra germina y brota la fresca piña, el ciprés legendario que llora y glorifica con perenne cántico la sangre que fecundó el árbol de la vida, la bálsamica caoba y la seiba venerable que congregó bajo su copa las asambleas y guareció con su ramaje el ara sagrada de los sacrificios; el limonero cuajado de áureos globillos y el naranjo vestido de oliente azahar; el laurel gigantesco, testigo de cien centurias, el odorífero mango, el níspero melífluo, el pino erguido en verde pirámide de ondulantes aristas, el mamoncillo inmenso que alojó bajó sus espesos tapices las legiones de Marte, el ébano de que se construyen los sepulcros y el meple que abrillanta los lechos nupciales y refleja en su amarilla limpidez las caricias del amor y las bendiciones de los dioses gamelos....

Sí, no hay duda. Estamos frente á Cuba, el país de las alboradas que agracia el rosicler, donde las selvas cantan como orquestas, el pan cuelga de los árboles, la tierra produce sin que la castigue el acero, las parásitas fabrican cálices donde se guarda el rocío y se lo brindan al fatigado campesino para que escancie el fresco licor y aplaque su sed, la abeja hace alarde de su maravillosa arquitectura y construye por doquier sus vasos de cera, repletos de miel más sabrosa que la de Sidón; el país en don-

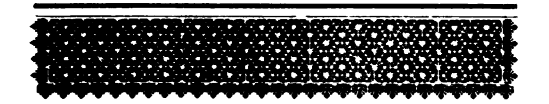
de todo, cielo, tierra, ambiente, mar, plantas, flores y animales, diríase que rivalizan en celo por agradar y ser útiles al hombre.

Un punto luminoso se destaca entre la verdura del paisaje; lentamente vá dibujándose su silueta hasta aparecr definidos todos sus contornos: es el faro de Maternillos, blanca atalaya del Camagüey. A su vista mi alma se abisma en un mar de recuerdos y emociones. Detrás de los montículos que rodean aquella columna, se asienta la noble capital principeña, la vetusta ciudad de gloriosos títulos y preclaros timbres, y en ella todo un mundo de afectos que en ese momento se renuevan en mi interior con íntimos efusivos votos. Allí está mi anciano padre que me espera, el arca funeraria que guarda los huesos de mi madre, la tierra en cuyo senó esperan la resurrección los cuerpos de mis antepasados, la casa de mis abuelos en cuyas paredes se grabaron mis primeras impresiones y cuyos ámbitos conservan los ecos de mis primeros gemidos; allí el templo que recogió mis oraciones de niño, la escuela que nutrió mi entendimiento y los maestros que en él sembraron los primeros rudimentos de la ciencia y en mi corazón los primeros gérmenes de la virtud; allí los lugares que vieron abrirse los brotes de mis primeros amores; los niños, hoy ya hombres, cómplices de mis travesuras, que

conmigo corretearon las riberas del Hatibonico; mis parientes, mis amigos.....¡Oh! cómo resucita el pasado al influjo de estas miradas retrospectivas, que siempre confortan y jamás abaten sino cuando se espacian en una historia de indignidad!....

Aquella noche fué de recogimiento y meditación. El estado del país y nuestro personal estado de ánimo llevó nuestros pensamientos hacia el porvenir de Cuba... ¿Estará condenado nuestro pueblo, tan hidalgo y generoso, tan esforzado y heróico, á ser eternamente favorecido usufructuario, nunca acatado soberano de aquellas bellezas que horas antes habían desfilado ante nuestra vista, dispensadas por la próvida mano del Creador para nuestro bienestar y regalo?....

Seguimos bordeando la costa.... ¡El faro de Caibarién!.... el Pan de Matanzas....Por fin ¡el Morro!, ciclópeo defensor del más lindo de los puertos, centinela avanzado de la capital de Cuba, sobre cuya torre diz que ondeará muy pronto (¿será verdad?) la bandera de Yara y de Baire, azul como nuestro cielo, blanca como las rizadas espumas de nuestros mares y roja como la sangre de los héroes inmolados.



GUARACHA

Las Musas están de viaje. Ya saben ustedes que estas señoras no gustan del fragor bélico, y huyendo de sus horrísonos desahogos, emigraron, como personas cuerdas y sensatas, poco después del grito de Baire. Se sabe que volverán; tienen anunciado su regreso, y se las espera con cariño, porque se las ama; pero se ignora la fecha de su repatriación.

Una sola quedó aquí para demostrar la predilección que la familia siente por este "hermoso vergel del jardín americano," como dijo un poeta melancólico y decadentista por añadidura. Ella inflamó el corazón de los guerreros, alentó sus ardores, templó sus armas, dió fortaleza á sus músculos, brío á sus impulsos, firmeza á sus ideales y llenó de estridentes harmonías la selva. Ella, en fin, sufrió resignada las

molestas caricias de improvisados y espontáneos vates,, poetas *manigüeros*—porque ya el lector habrá comprendido que hablo de la Musa patriótica;—caricias que, á veces, en la exaltación febril del númen, se convertían en rasguños, los cuales siempre duelen, aunque la mano que los produce se envuelva en los mitones del tropo (¡vaya un idem magistral, señores!)

Pero ¡qué quieren ustedes! Ella hacía falta y no podía negar su "valioso concurso" (esto no es tropo, pero si tópico, y váyase lo uno por lo otro). Así son las Musas de complacientes, y así es la humanidad de exigente y descontentadiza.

La verdad es, hablando ahora en serio, que el archivo de la poesía patriótica cubana no se ha enriquecido gran cosa con la guerra que ahora termina. Me refiero á la poesía erudita, porque la popular, siempre fecunda y abundante en Cuba, ha llenado ya desde mucho antes nuestros campos y *bohíos*, y es tan fresca, tan espontánea y simpática, que se hace respetable aún á los mismos enemigos del sentimiento y de la idea que la inspiran. No ha necesitado nuestro *guajiro*, el campesino de más brillante imaginación que mora en la tierra, que los fogosos macheteros perturben con el estruendo de sus aceros la tranquila soledad de la manigua, para cantar,

al templado son del *güiro*,

sus rústicas endechas de amor ó sus sencillas y profundas expansiones de cubanismo. Los que, viviendo aquí en otros tiempos, conocieron y gozaron de aquellas espléndidas giras y *rumbas*, que en hatos, potreros é ingenios servían de incomparable solaz á los afortunados habitantes de los campos, podrán dar cuenta de la admiración y extrañeza que en su ánimo provocaban la nunca vista facilidad y soltura con que el montuno empuñaba el mástil de su guitarrillo y rasgueaba con su nervuda mano las finas cuerdas, mientras su canto cadencioso y tierno traducía en ajustadas modulaciones, nunca imitadas con éxito por el más hábil artista, las *décimas* que la imaginación elaboraba con perfecta rima, sin tropezar con los obstáculos que ofrece la premura de la improvisación.

Esa poesía popular habrá alegrado más de una vez los campamentos, y es seguro que bajo su influencia el *mambí* se habrá sentido más piadoso, más grande, más cubano y más hombre. Saludémosla con respeto, porque ella es la voz del pueblo, y... *vox populi, vox Dei*, como reza el aforismo latino.

¿Qué se hicieron los Plácidos y Heredias? ¿Es qué se acabó ya la raza de aquellos estros gigantes que con sus valientes estrofas enardecían los corazones? ¿Es que se acabaron en Cuba los poetas?.... No: es,

sencillamente, que la zarza no produce magnolias. Y zarza y mucha zarza ha habido en estos últimos años. Cuando la Musa guerrera visita la inspiración del poeta-artista, no del poeta-espontáneo, es cuando todavía el acero está envainado. La poesía reflexiva engalana entonces con su brillante atavío el pensamiento colectivo, la idea y el sentir del pueblo, á los que sirve de vehículo y confirmación; difunde y consagra la aspiración *nacional*, adornándola con los colores de la esperanza y despertando en la colectividad la fé en sus ideales y el convencimiento de sus destinos. Su labor es de preparación; su obra es propaganda y aliento. Cuando sus efectos empiezan á sentirse y el sol de la victoria hiere con sus rayos el bruñido metal de las desnudas armas, entonces enmudece; su principal misión está cumplida.

Quédale después, cuando la paz ilumina los regocijos del triunfo, la misión de cantar las hazañas por ella inspiradas y los martirios y sacrificios provocados por ella, y por ella, por sus harmonías, consumados en medio de dulces consolaciones... Todavía Cuba no ha entrado en ese perído.

Otra razón por nadie ignorada. La forma rimada—si no llamada á desaparecer, como pretenden y sostienen los que no encuentran belleza en la expresión moldeada por el metro, como si la belleza fuera cua-

lidad exclusiva del lenguaje libre—no puede ocultar su palpable decadencia. *Chacun sont goût*, y el de nuestra época es decididamente prosista. Esto ha hecho que, aún en el período de preparación á que antes me refería, la cosecha de poemas patrióticos haya sido menos abundante y valiosa que la obtenida en tiempos análogos en la misma isla cubana.

No así la literatura teatral (llamémosla de este modo), por lo menos en los dominios del "género chico". En ninguna otra esfera de la actividad, en ninguna otra rama de la producción artística se han visto tan cumplidamente satisfechos los deseos de los partidarios de aquella famosa *asimilación racional y posible*, médula del sistema colonizador escogido por la antigua soberanía. Y como dato histórico que pueden aprovechar los que quieran en su día juzgarlo, merece notarse este que suministra el "género chico", tan independiente de los poderes oficiales como asimilado por las costumbres y el gusto teatral en Cuba. Es decir, que lo que no se impuso, se arraigó, porque vino espontáneo á adaptarse á los sentimientos del país.

Que esas obrillas que aquí y en Madrid se representan por "secciones", como dicen por allá, ó por "tandas," como aquí se dice, sean signo de degeneración en el gusto ó simplemente adaptaciones de la literatura

á la actual manera de sentir, es cosa que no tengo para qué discutir, aunque creo en lo último, y considero que en la cantidad y en el *volúmen* no han de residir forzosamente las bondades y bellezas de la obra teatral. Lo cierto es que si allá tienen ustedes López Silvas, Lucios, Arniches y Vegas, aquí tenemos Saladrigas, Villochs, Tamayos y Morales, y que al lado de *La noche de San Juan*, *Las mujeres*, *La Magia negra* y *Vía libre*, con que se nutre el cartel de Albisu, el Apolo de la Habana, bien pueden figurar sin abochornarse, en cuanto al demérito literario, *Mefistófeles*, *La mulata María*, *A Guanabacoa la bella* y *El paso de la malanga*, con que se divierte el público de Lara y Cuba. Que si allá salen á la escena chulos bachilleres, chulas *resalás* y jóvenes *matones*, aquí, en cambio, salen "negros catedráticos," mulaticas "sandungueras" y mocitos de barrio que, al fin y al cabo, son cantidades equivalentes. Que lo que allá hacen los hermanos Quintero con el tipo y las costumbres andaluzas, hacen también por acá los Robreño (padre é hijo) con los tipos y costumbres criollas.

Tampoco nos falta nuestro Manolo Rodríguez. Ese es *Pirolo*, como se le llama popularmente; José López, según reza su nombre *oficial*. El simpático y aplaudido actor, cuya auto-barba tengo el gusto de presentar á ustedes, en todas sus diversas

fases y evoluciones (1), es, según la frase consabida, una institución. Naturalísimo en el decir como en el gesto, artista verdadero en la expresión, en el acento y en la mímica "viste" los tipos y retrata los personajes con irreprochable fidelidad. Si le vieran allá haciendo de asturiano *aplatanado*, que lleva *veinticincu añus de isla de Cuba*, y que para sacarlo de aquí *es precisu arrancársela* (2), de seguro que reirían sus *cosas*, porque Pirolo tiene cosas, no lo duden ustedes. Y esto ya es mucho.

(1) A este artículo, publicado en *La vida literaria*, de Madrid, acompañaba una serie de grabados representando al popular actor en diversas posiciones mientras se rasuraba.

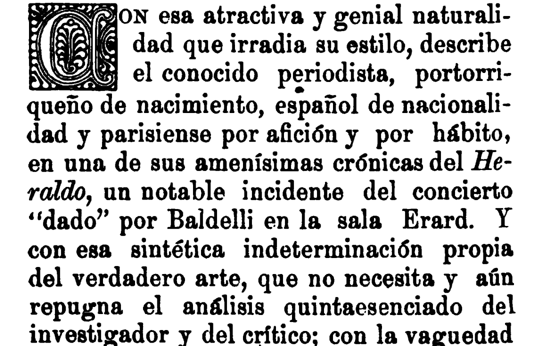
(2) Frase muy usual en Cuba entre los peninsulares. Se refiere á la cabeza y quiere significar la decisión de permanecer en el país toda la vida.



GEMIDOS DEL ARTE.

"Por fortuna una cubana muy reguapa, la señora Smith, según me dijeron, empezó á pedir guajiras, y Baldelli, todo meloso, todo derretido, como jalea tropical, las cantó, y había como sollozos en el fondo del triste cantar."

LUIS BONAFOUX, en su *París al día.*



CON esa atractiva y genial naturalidad que irradia su estilo, describe el conocido periodista, portorriqueño de nacimiento, español de nacionalidad y parisiense por afición y por hábito, en una de sus amenísimas crónicas del *Heraldo,* un notable incidente del concierto "dado" por Baldelli en la sala Erard. Y con esa sintética indeterminación propia del verdadero arte, que no necesita y aún repugna el análisis quintaesenciado del investigador y del crítico; con la vaguedad

sugestiva que hace flotar en cada palabra un mundo de ideas y emociones, expresa en el vocablo "sollozos" toda la plañidera elegía, todo el lloroso canto que puede hacer brotar del alma de un artista la catástrofe hispano-cubana.

El eminente barítono, entonando en París, á ruegos de "una cubana muy reguapa," las tiernas melodías de nuestras guajiras meláncolicas, saturadas de espiritual voluptuosidad, deja escapar, á través de las cuerdas de su laringe privilegiada, los ayes del dolor patriótico, los dolientes gritos de hondísima pena que hiere su alma y que se exhala en cadencias á veces prolongadas como los calderones del *clarín* (1), breves y cortadas á veces, como los prodigiosos mordentes del sinsonte.

Nada nos dice Bonafoux del efecto que, en los cubanos y españoles asistentes al concierto, causaron las guajiras de Baldelli; pero no es necesario: el dolor es contagioso, y como el artista sollozó, gemirían también los corazones de los que si antes estuvieron separados por las desigualdades de una soberanía política común, hoy se aman y se buscan para llorar juntos los infortunios que desgarran sus pechos. Y quién sabe si el mismo Bonafoux, de corazón en apariencia tan duro como un blo-

(1) Pájaro cubano.

que de basalto; quién sabe si, olvidándose de su helada ironía, de sus temibles sarcasmos, de la habitual sátira con cuyo jugo muchos escritores de sentimiento *emborrachan* literariamente sus angustias, como los castigados por la suerte ahogan en vino ó en ajenjo las memorias lacerantes de su vida y las remembranzas amargas de su pasado; quién sabe si, impresionado por aquel lamento conmovedor, convirtió los ojos del espíritu hacia su cuna, y vió, como en horrible pesadilla, debajo de aquella tienda inmensa de azules gasas y rosadas tintas con que el cielo cobija la isla borinqueña, la ruda planta del tío *Sam*, pulverizando instituciones y costumbres venerandas, para asentar sobre su ruina los sillares inconmovibles de una dominación eterna!

Realidad, no pesadilla, es lo que nos abruma á los que en esta hermosa tierra de Cuba contemplamos, entristecidos é impotentes, el progreso de la obra demoledora emprendida por la falaz intervención, que, como el sacristán del cuento, pidió limosna para el santo y después cargó con el santo y la limosna; aunque aquél respetó siquiera el cepillo, y, por las trazas, estos también se lo llevan... Pasarán los años, con ellos pasaremos nosotros, y con nosotros pasarán también nuestros ideales, nuestro espíritu, nuestras costumbres,

para dejar espacio á la actividad cosmopolita de un pueblo antitético al nuestro que, no pudiendo sumarse con nosotros, necesita exterminarnos. Entonces habrá muerto el pueblo cubano, y, rota la continuidad de nuestra historia, inflados nuestros descendientes por la necia idea de superioridad étnica, tan arraigada en el espíritu sajón, renegarán de nosotros y de nuestra cultura, olvidarán nuestra obra, y si de ella se acuerdan será para despreciarla, y.... todo se habrá hundido para siempre en las simas de la muerte, sin dejar huella, rastro ni germen de nueva vida.

Se apagará la luz del ideal vehemente y generoso, y el interés materialista encenderá en su lugar la sombría linterna del cálculo; el gélido impulso de la razón positivista sustituirá á los arrebatos excelsos de la pasión levantada, la matemática á la poesía, al arte la conveniencia, á la inspiración el discurso. Las péñolas no escribirán más que números, que el divino lenguaje de la rima no merece más que ignaro desden á los ultra-civilizados interventores; callarán las liras y las arpas, los salterios y las cítaras, cuyas vibraciones sonarían muy mal en oídos acostumbrados á recrearse con los argentinos ecos del *dollar*. Al busto flexible y ondulante de nuestras mujeres, que al pasear por el mundo sus gracias, van recogiendo entusiasmos para

su persona y bendiciones para Cuba, reemplazará el rígido tronco de la mujer *yankee*; á la elegancia de los movimientos de la ardiente criolla, la inmovilidad estatuaria de la helada *miss*. Cuba no será ya la tierra de los ojos *gachones* que enloquecen y matan, de esos ojos que encienden hogueras y derriten virtudes con sus ígneas llamaradas: ojos de azul inexpresivo y mudo serán los que reflejen el amor de los futuros *cubans*. Nuestra música sentimental y quejumbrosa morirá de despecho al verse en contacto con la música circense, sin melodía y sin arte, importada por los nuevos conquistadores y en la que juegan papel de dominantes el bombo y el metal, acabadas representaciones de la materia y de la fuerza. Nuestros danzones, llenos de *sandunga*, vencidos serán por la desgarbada mímica del *two steps*. No se cantarán más guajiras rebosantes de amorosa dulzura, y en lugar del *¡vida mía!* con que parece entregarse en lánguido abandono el alma entera del cantor, resonará en nuestros campos abochornados el villano sonsonete de las canciones *yankees*....

Eso era lo que lloraba Baldelli en el concierto de la sala Erard; no la pérdida de un imperio conquistado por la fuerza y por la fuerza mal conservado, que lo que hiere al orgullo y rebaja la soberbia, trastorna la cabeza, pero no daña al corazón,

mas lo que en el alma ha germinado y crecido al calor de puros ideales, se apodera de ella en íntima y adorable soberanía, y arranca suspiros de amor y lágrimas de abrasado desconsuelo.

El aplaudido caricato del Teatro Real, sollozando en sus guajiras, inspiradas por una dama cubana, representa para mí la harmonía espiritual de dos pueblos, el alma de dos mundos eternamente divorciados por el hierro, juntos un momento en las regiones de la belleza y del arte al choque de apasionados besos. Diríase que Cuba, revelándose en el deseo de la señora Smith, pide *guajiras* para, oyéndolas, convencerse de que todavía vive, y que el cantor las articula en angustiosos plañidos, viendo cercano el día que en Cuba ya no aliente el alma de su raza.

En esto pensando, no sé por qué ingrata asociación de ideas, acude á mi memoria, como horrenda prueba de la fiereza humana, el recuerdo de los españoles que al oirme hablar de libertades y autonomía, hubieran dado algo por ahorcarme, y de los cubanos que al oirme condenar, ahora como siempre, odios criminales y suicidas, á la misma Cuba vendieran por darse el gustazo de *guindarme*.... Y vuelven á mi imaginación las guajiras cantadas en París, y entonces me pregunto: si el arte une voluntades y ata corazones con tan suaves

lazos, ¿porqué todos los hombres no seremos artistas?

¡Ah! El arte que gime y llora en la garganta de Baldelli es más humano, más civilizador y más justo que la política que insulta con Cánovas, la patriotería que infama, humilla y expolia con Romero y la guerra que asesina con Weyler.

¡Mueran los Césares!

¡Vivan los artistas!



CASTELAR

El caracter de una raza se refleja en cada uno de sus hijos.

LAMARTINE

CASTELAR ha muerto! El telégrafo lo anunció primero con su rudo laconismo y la noticia llenó en breves horas el mundo, pues casi no había rincón de la tierra en donde ese nombre no fuera conocido y admirado.

Más tarde vinieron los artículos necrológicos, las correspondencias biográficas, las informaciones acerca de la muerte y sepelio del magnífico tribuno, las elegías y los trenos, sentidos é inspirados unos, otros artificiosos, que también ahora, como en tiempo de las plañideras asalariadas, se comercia con la muerte, y más si esta es de las que caen bajo el dominio de la prensa; la cual en su sed incansable de

noticias y detalles mantiene con brillo á indiscutibles nulidades, á cambio de un *reportaje* abundante que no respete ni los secretos de la alcoba, ni las expansiones del hogar, ni los hondos misterios de la pasión, ni las sombras en que se desvanecen los resplandores de la vida.

Se contaron los latidos de su pulso, las palpitaciones de su corazón, los minutos de su agonía, los estertores de su garganta moribunda, las articulaciones de su lengua ya casi paralítica. Se recogieron los tibios fulgores de sus últimas ideas y las vibraciones quejumbrosas de sus últimas palabras. Se hizo minucioso relato de las ofrendas y coronas, de las comisiones y personajes que acompañaron los humanos despojos en su fúnebre excursión á Madrid, á donde la muerte misma ha de ir para ser ungida con el óleo centralista de la capital, que á los vivos consagra con sus prestigios y á los muertos honra y glorifica con sus homenajes.

Cuando la tierra recibió en su seno maternal los restos de la carne descompuesta, y allí en la fosa quedó el cuerpo inanimado, mientras en la retorta misteriosa del sepulcro se iniciaba la obra de extraer mil vidas de la propia muerte, mediante la inescrutable química de la sapiente naturaleza, en el laboratorio de la crítica, la mente humana transformaba á su vez jui-

cios pasados, y vestía con nuevas formas ideas cien veces expresadas acerca de los méritos y cualidades de aquel genio de la elocuencia, sobre cuya memoria ¡ay! empezaban á retozar en lúgubre orgía los roedores del pensamiento, como sobre los yertos despojos los gusanos de la tumba.

Con los últimos tañidos de las campanas que doblaban pidiendo oraciones, se apagaron también los últimos ecos de la apología, los loores y las lamentaciones. Secaron los amigos sus lágrimas, á la vez que los sacerdotes plegaron sus labios, concluidas las preces de la liturgia funeraria.

Entonces comenzaron á trabajar los Pascales, osando pretender la disección del genio, y fibra por fibra, repliegue por repliegue, el escalpelo cortante fué hundiendo su filo en el alma de aquel creador de maravillas, brotadas de su numen entre explosiones luminosas.

Vano trabajo, empeño inútil! Cesad, cesad por Dios en vuestros análisis pretensiosos los que no pudiendo mirar de cerca al sol, como el águila soberana que intrépida se alza hasta los límites de la atmósfera, arrastrais vuestra vista sobre el polvo infecto, como el inmundo buitre, olfateando miserias y escarbando ruinas. Soltad, soltad la cuchilla que profana, y resignaos á ser oyentes donde no podríais hablar

como maestros, que no son vuestros fríos métodos ni vuestra ciencia experimental y casuista los que pueden ascender hasta los radiantes espacios en que flotan las almas de los genios. Os falta el sentimiento, que es lumbre que esclarece, faro que guía, antorcha que ilumina. Sin él no podréis llegar, no, á los mundos que se gobiernan por sus leyes y obedecen á su autoridad. Vagareis muy lejos de ellos, perdidos entre brozas, y cuando, al cabo de maduras investigaciones, pronuncieis orondos y satisfechos el ansiado *¡eureka!*, todavía os encontrareis enredados en la espesa malla de los *hechos*, únicos súbditos de vuestro poder, menguados ciudadanos de vuestros míseros reinos. De su círculo mezquino no podrá salir jamás vuestra retina escrutadora, y vuestra sabiduría falaz y desmedrada no logrará trasponer las fronteras de su giro.

Quedaos, pues, en el campo de los organismos y en la órbita de las células, que nadie os disputa, y dejad volar á quienes el sentimiento prestó alas triunfadoras para que escalasen la altura en donde se asientan las causas y desde donde se perciben con brillante clarividencia las íntimas relaciones de la vida y los secretos nexos que enlazan los actos en sucesión harmoniosa y fecunda.

II

En los mil artículos y discursos escritos y pronunciados con ocasión de la muerte de Castelar, se encuentran con más ó menos vigor expresados sus cualidades de hombre público, sus virtudes de gobernante, sus dotes de tribuno, sus méritos de historiador y hablista. Parece que nada falta en esa guirnalda tejida por el entusiasmo y ofrendada por la admiración de la humanidad entera á uno de sus más excelsos representantes y glorificadores.

Se han recordado los eminentes servicios que á su patria prestó desde la presidencia de la república. La entereza viril con que dió fin á la espantosa anarquía, alentada y sostenida por el puritanismo suicida y la femenil cobardía de sus antecesores, incapaces de discernir entre la idolatría de los principios radicales y las exigencias de la vida nacional, minada por necios furores del populacho entronizado, ávido de saciar sus odios contra todo lo que pudiera constituir un freno á sus desmanes y un dique á sus desbordamientos arrasadores. La sabia organización que en sus manos alcanzó el mecanismo del Estado y la restauración de las fuerzas de disciplina y orden indispensables á toda sociedad: el ejército, que encontró dividido y entregado á intestinas luchas; la unidad nacional, que habían

empezado á destrozar los cantonales; la Iglesia, víctima de la fiebre demagógica. La indignación con que condenó las proposiciones de rebeldía contra el poder parlamentario, cuando, para evitar la catástrofe del 3 de Enero, sus amigos le aconsejaban un golpe de Estado, que hubiera salvado por el momento la vida de la república. La pureza de sus ideales políticos, declarando, en 1888, cerrado el ciclo constituyente, al ver realizadas en la legalidad monárquica los principios de su credo democrático, y la abnegación con que sacrifica, en aras de la tranquilidad de su país, las más nobles aspiraciones de su vida, plegando su bandera de combate y retirándose á la vida privada para no estorbar, con propagandas ya inútiles, el pacífico progreso de su amada España. El firme y decidido apoyo que en él encontró desde entonces el partido liberal, de cuyo jefe fué, durante algunos años, noble y solicitado consejero.

Como historiador, muchos le han negado aquellos escrúpulos y cuidados de que la historia necesita para ser veraz; pero todos habrán de concederle facultades generalizadoras, por nadie hasta ahora igualadas, para abarcar con la potente mirada de su genio todas las esferas del pensamiento y todos los desarrollos de la idea, y para concentrar en luminosas síntesis, esmalta-

das por la fina pedrería de un estilo rebosante de imágenes y galanuras, los períodos más señalados de la vida de la humanidad, que se destaca del fondo de sus obras palpitante y activa, docente y moralizadora, cual si al conjuro de aquel verbo insuperable, cada figura retratada y cada pueblo evocado resucitaran esplendorosos, surgiendo de los escombros del tiempo con todos sus atributos y caracteres, tales como la inteligencia puede concebirlos á través de las sombras del pasado.

Digan lo que quieran ciertos observadores superficiales, para quienes los trabajos históricos deben estar impregnados del olor de los archivos, si han de merecer consideración y aprecio, y abarrotados de citas y documentos, si han de despertar la atención de los hombres estudiosos, las obras históricas de Castelar enseñan más y con más provecho que muchos eruditos volúmenes, semejantes á lagunas profundas llenas de agua fecundante, que allí se pierde entre sus secos límites, por falta de corrientes que la lleven á fertilizar las tierras vecinas, sedientas de humedad y riego.

Esto es precisamente lo que ha hecho Castelar en sus obras históricas: vaciar en moldes de afiligranados contornos el caudal de observaciones y noticias recogidas por el estudio; infundir la vida y el calor del arte á las petrificadas lucubraciones de los

investigadores; llenar con los vivos colores de su admirable paleta el dibujo frío é inexpresivo, trazado por la labor inasequible de anticuarios, bibliófilos y paleógrafos; pintar con arreglo al diseño, dar relieve á las líneas, vigorizar las ondulaciones, animar los fósiles y abrir cauces á las aguas estancadas para que bañen con su frescor los calcinados campos.

Si la historia no debe limitarse á la narración escueta de los sucesos humanos; si su misión consiste en enseñar reglas de vida, sacadas del estudio de los hechos, preciso es convenir en que más hace el que razona que el que cuenta, y más que el que razona el que pinta, con tal que la pintura sea fiel y no adultere la verdad del pasado.

Mucho enseña la crítica serena; pero más, mucho más, la descripción animada por el fuego del arte y el juicio ataviado con los adornos de la belleza. La primera convence; los segundos persuaden. La crítica habla sólo á la razón, y su eficacia es meramente teórica; el juicio que se expresa con arte, no sólo ilustra la inteligencia, mas también impresiona el sentimiento y mueve la voluntad. La misma preceptiva literaria señala la analogía que existe entre la poesía y la historia, y recomienda para ésta un estilo levantado y un lenguaje ameno, para que los elementos de forma sean

capaces de interesar el ánimo del lector, y le lleven al asentimiento de la verdad, á la vez que conquisten su adhesión entusiasta al bien, fin nobilísimo de la ciencia histórica.

Por donde el empleo de la fantasía en los relatos de los hechos, en la descripción de las costumbres y en la crítica de los personajes, lejos de ser nocivo á la verdad histórica, es muy lícito y, además, conveniente á los fines que la enseñanza de la historia persigue.

No se olvide que la imaginación tiene dos funciones: crear y reproducir. Si la primera debe quedar relegada á las obras poéticas, la segunda es un poderoso auxiliar de la historia. ¿No se trata de hacer revivir los hechos? Pues ¿quién lo logrará más cumplidamente que el que los reproduzca en imágenes espléndidas que subyuguen por su verdad y conmuevan por su belleza?

Este es el más sobresaliente mérito de Castelar. Su ilustración era tan vasta, tan omnímoda su ciencia y tan fina y penetrante su visualidad imaginativa, que allí donde hacía llegar los rayos de su genio, quedaban esclarecidas todas las sombras y vestidos de luz los períodos más obcuros y remotos.

Con la lectura de cualquier manual ó tratado didáctico que sobre historia verse,

se conoce el carácter de estabilidad y aislamiento con que se manifiesta la civilización en los pueblos orientales, el sensualismo de su religión y la brutalidad de sus leyes, la esclavitud de la mujer y la condición servil del paria, el despotismo de sus monarcas y la crueldad de su régimen político. De Grecia se conoce su culto á la naturaleza humana, el refinamiento licencioso de sus costumbres, sus ritos domésticos y su arte antropomórfico. De Roma su escepticismo religioso y el desquiciamiento moral de aquella sociedad, que hundía sus piés en el cieno mientras coronaba de rosas su cabeza y cubría su pecho de joyas exquisitas.

Pero, leyendo á Castelar, se vé palpitar en la vida de aquellos pueblos su odio al extranjero y la autognosia soberbia que les llevaba á cerrar con muros sagrados sus fronteras. Se oyen los alaridos desesperados de la viuda india que perece en la hoguera en que se abraza al cuerpo de su esposo, ó se la siente correr fugitiva cuando, por horror á las torturas de la cremación, provoca el desprecio de las gentes, seguida de una muchedumbre irritada que la insulta y apedrea y evita su encuentro que se considera como un maleficio, y la golpea sin piedad y la viste de sudario, como para indicarle que ya no pertenece al mundo de los vivos. Se recons-

truyen las bacanales sagradas de las pagodas, convertidas en burdeles, donde las hieráticas bailarinas y los sacerdotes mercaderes danzan desnudos, bañados los cuerpos de ungüientos y aromas excitantes, enardecida la sangre y destemplados los nervios por el zumo de las frutas y hojas tropicales, entre una atmósfera cargada de vapores y sombreada por las humaredas perfumadas de cien pebeteros llenos de mirra y canela, sándalo y mandrágora, al compás de una música voluptuosa y animados por himnos infernales que cantan alabanzas á la prostitución y santifican los excesos bestiales de la carne rebelada. Se penetra en los palacios asirios y se contempla al rey tendido sobre blandísimo diván, la cabeza reclinada en cojines de mil primores y matices recamado, los labios escanciando bebidas fermentadas y los ójos recreándose en los hechizos de la sultana, sentada bajo pabellones de flores olorosas y entre eunucos infelices que agitan el aire con sus grandes abanicos, á la vez que ofrecen á su reina aromas penetrantes en labrados tarros recogidos; y mientras esto pasa en el serrallo, en el harém el ocio consume á las perezosas odaliscas, y en el kan arrastran su vergüenza y gimen su desventura centenares de esclavos, que diariamente tienen que agradecer á su señor la merced de una vida que

conserva munificente y piadoso. Vése también á Platón dialogando en la Academia, á Aristóteles enseñando en el Liceo, á Demóstenes confundiendo á Esquines, á Cicerón apostrofando desde la tribuna del Senado al corrompido Catilina; el gineceo, los baños y los Penates griegos; la Venus anadiómene y las Minervas de Fidias: la erigida en Platea, la Poliades, la de Acaya, la *lemniana*, su obra maestra, y la del Parthenón, vestida de oro, esculpida en marfil, centelleando sus ojos con el brillo de dos piedras preciosas y en el escudo mostrando el combate de las amazonas; y las Venus de Praxiteles, con su estática mirada y sus blondas guedejas, inspiradas por la hermosura de Friné, que al cabo de veinte y dos siglos había de revivir en la belleza de la Fornarina para encender con su misma misteriosa chispa el genio excelso de Rafael. A los emperadores romanos hastiarse de placeres en sus jardines embalsamados, y al pueblo entero encenegado en las delicias de una saturnal perpétua y en los salvajes goces del circo, mientras el alma de aquella sociedad epiléptica iba estrangulando todos los dioses y sepultando el paganismo, sobre cuyos restos llora Horacio, ceñidas sus sienes ardorosas por verdes pámpanos, acercando sus labios encendidos por los besos á los cálices que guardan el vino de Falerno, y

corriendo desolado en busca de los divinos manantiales de verdadera dicha.

Si á esta pasmosa facilidad para pintar pueblos, civilizaciones y costumbres, se une, como sucede en todos los discursos de Castelar, la inspiración augusta para cantar himnos á los ideales más excelsos, aliándose en cariñoso maridaje colores y sonidos, matices y melodías, pincel tan entonado y lira tan harmoniosa como los del afortunado gaditano, se tendrá idea de lo que Castelar hizo con la historia, sin que nadie tenga derecho á sorprenderse porque se diga que su genio colorista y musical logró convertir aquélla en una sinfonía pintada ó en un inmenso cuadro acústico.

De ambos elementos se compone la forma soberana de su oratoria, y por eso fué tan victoriosa, que no hay fuerza en el espíritu capaz de contrastar la sugestiva energía que irradia el arte de una palabra que canta y pinta á la vez. Bien cierto es que cuando Castelar hablaba, de sus labios emergían raudales de colores y de su garganta cataratas de melodías que iban derechas al alma del público, para bañarla con su brillo y llenarla con sus sonoridades.

Así se explica porqué la envidia humillada y el despecho rabioso no hayan podido esgrimir sus innobles armas contra la oratoria de Castelar, como lo han hecho

contra su política y. contra sus *historias.* El arte oratorio de Castelar no se discute: es un axioma, un código y una escuela.

III

Alguien dijo que en Castelar se había encarnado el alma de España. El concepto, que es muy exacto, hizo fortuna, y pronto circuló por las columnas de la prensa, en varios tonos parafraseado.

Pero nadie hasta ahora lo ha sabido explicar. Unos, porque no lo han entendido, y se han contentado con repetirlo; otros, porque no conviene á la integridad de sus ideales políticos ahondar mucho en la demostración, y prefieren callar, temerosos de que se descubra en el apóstol algo que no se avenga muy bien con los furores racionalistas de sus intransigentes y poco despiertos discípulos.

España siempre ha sido una nación liberal y cristiana, como que la verdadera libertad es hija legítima del Cristianismo. Desde los comienzos de su vida, el pueblo español se ha manifestado movido por esas dos grandes fuerzas, que en el desarrollo de su historia llegaron á fundirse en una robusta harmonía, causa y fundamento de sus más puras y radiantes glorias.

Cristiana y liberal, tanto como podían serlo los Estados de aquel tiempo, fué la

monarquía goda, que, junto al poder real, tuvo sus asambleas legislativas en aquellos augustos concilios toledanos, palestra de la virtud, de la santidad y de la ciencia. Cristianas y democráticas fueron asímismo las monarquías constitucionales que durante la Edad Media rigieron en Aragón y en Castilla, y hoy es ya tésis que no necesita de pruebas, que la monarquía absoluta, planta exótica en la historia política de España, fué sembrada en el suelo ibero por una dinastía extranjera, á la que apenas logró sobrevivir por un corto período, sucumbiendo al fin á los golpes del espíritu indígena, nunca resignado entre las ligaduras de la tiranía.

Conviviendo al lado de este espíritu liberal, el sentimiento católico floreció en España con tal pujanza y lozanía, que el calendario y el martirologio romanos están llenos de santos españoles, y los altares de imágenes de la Virgen-Madre, saludada y bendecida con mil cariñosas advocaciones, inventadas por la piedad de la nación mariana, en la que no hay un pueblo, ciudad, villa ó aldea, que no tenga su *Cristo* y su *Virgen*, con sus nombres propios y locales, escritos por algun prodigio sobrenatural, ó grabados en los muros de sus iglesias por el dedo de una tradición veneranda, y tan íntimamente enlazados á la historia de la población que con frecuencia suelen osten-

tarse como símbolos y lemas patrióticos, suscitando santas rivalidades y emulaciones fervorosas entre vecinos y comarcanos.

Como estos cultos particulares están ligados á la vida de las localidades así la vida entera de la nación española está ligada á los dogmas y prácticas del Cristianismo. El sentimiento católico es savia que circula sin intermitencias por el cuerpo social, manteniendo sus vigores y regulando sus funciones. Las garras de la heregía no lograron nunca hacer presa en el alma hispana, y si hay españoles que admiran á Voltaire y dan crédito á Renan, pocos, muy pocos son los que adoran la ironía del gran escéptico, ó comulgan con las calumnias del gran falsario. Los más prefieren ser discípulos de la Cruz, y se sienten orgullosos llamándose hijos predilectos de María.

Arte, ciencia, poesía, tradición, derecho, costumbres é ideales, todo está allí purificado y enaltecido por la influencia cristiana. Templos y catedrales, hospitales y palacios, casas y conventos, todo está sellado con la magnificencia del espíritu católico. La filosofía bebe sus inspiraciones en la escuela del sublime Aquino; las leyes son deudoras de sus más brillantes progresos á los sabios cánones de la Iglesia; las ciencias naturales rara vez contradicen el relato bíblico; la religión tiene cuerdas

consagradas en todas las liras y arcordes harmoniosos en todas las arpas; la música ha regalado á la liturgia sus mejores sinfonías; la pintura prosperó al servicio del culto, y en tallas, frisos, columnatas, bajorelieves, estatuas, ojivas y ventanales, la escultura dejó grabadas admirables muestras de su filiación cristiana. El cristianismo es en España una necesidad y un carácter; en cada pecho español hay encerrada un alma de místico, y hasta Pí el ateo y Salmerón el herege son místicos á su manera y con fervores místicos aman sus utopías filosóficas. El hogar no se concibe allí sin Dios, ni la moral si religión. El mismo amor humano necesita de las bendiciones religiosas, y el matrimonio civil no es en España más que una institución teórica, planta raquítica y seca, sin hojas ni flores, sin color y sin aroma. Los padres creen no cumplir sus deberes, y creen bien, si no educan á sus hijos en el santo temor de Dios, *principio de la sabiduría*; las escuelas láicas viven por eso en misérrimo estado. Hasta la enseñanza oficial, que consiente en su seno maestros de heterodoxia, porque la libertad de la cátedra es un hecho en España á pesar de no ser ley, vive sumisa á la doctrina de la Iglesia, en manos de un profesorado, en su mayoría, sinceramente católico.

IV

Castelar sabía todo esto, y además lo sentía. Fué liberal y demócrata, sin dejar de ser cristiano. A muchos parecerá esta afirmación una paradoja indigna del más ligero estudio. Sin embargo; es muy exacta y muy fácil de probar.

Acerca de sus ideas liberales no hay que insistir: nadie las ha negado. Tampoco sería preciso hacerlo respecto de sus sentimientos católicos, si ciertas contradicciones de su vida y ciertos empeños de los sectarios de la democracia *pura*, no los hubiesen empañado.

Cuantos lo hayan leido tendrían que suprimir la memoria para no recordar las brillantes defensas del Cristianismo escritas por la áurea pluma y articuladas por el verbo inspiradísimo del apóstol de la democracia española, sus alegatos llenos de fuego en pró de la divina religión, sus imprecaciones fulminantes contra los detractores del Crucificado, sus alabanzas cuasi angélicas á la Redención salvadora, sus sentidas descripciones de los dolores y martirios de Jesús, sus filiales endechas á la Virgen de Nazarhet y sus tiernas invocaciones al Dios de paz que muere en el Calvario, ajusticiado por el odio de un pueblo criminal, para instaurar en el mundo el reinado del amor y el imperio de su gracia.

Nunca habló de conflictos entre la razón y la fé sino para negarlos. Con la historia por guía y la verdad por móvil, puso de relieve cuánto debe la civilización al Cristianismo, siempre amigo del progreso. Demostró que sólo en sus doctrinas y en sus prácticas se encuentra la libertad que ennoblece, la igualdad que dignifica y la fraternidad que ata y estrecha los corazones de los hombres en una fé y un amor comunes, como hijos de un mismo padre y herederos de un mismo reino.

No hay obra, discurso, ni casi página de Castelar en donde no flote el sentimiento religioso, llenando de luz y de aromas las exquisitas bellezas del pensamiento y del lenguaje. Sus conferencias en el Ateneo son una hermosa apología del Cristianismo, digna de la inspiración de Chateaubriand y de la palabra de Bossouet.

¡Qué más! Castelar ha sido predicado desde el púlpito. Muchos de sus fragmentos y períodos han resonado en las bóvedas de las iglesias, pronunciados por labios sacerdotales, conmoviendo corazones y arrancando lágrimas á los devotos fieles.

¿Cómo pues, — interrogará asombrado algún lector,— al hombre que así logró saturar su espíritu é impregnar sus creaciones de la poesía del Cristianismo, túvolo la Iglesia por enemigo y la fé por disidente? ¡Ah! Es que el alma, solicita-

da por encontradas fuerzas y movida por antagónicas aspiraciones, no siempre consigue mantenerse en las altas regiones de la verdad, y á menudo desciende, vencida por los estímulos del orgullo, á los paupérrimos dominios de la vanidad mundana. El hombre vive en incesante contradicción. La Sagrada Escritura así lo dice con su sabiduría inapelable, y Castelar, con haber sido favorecido por el cielo con tan luminosos dones, no podía dejar de cumplir la divina sentencia que pesa sobre los hijos de Adam.

Castelar nació para ser artista, y lo fué. Pero su arte no era de aquellos que pueden difundir sus bellezas desde la serena independencia del alma que hace de sí misma un mundo, y no aspira á conquistar extrañas voluntades, transmitiendo las expansiones de su espiritu, formado en la imperturbable soledad del aislamiento. La oratoria no es obra exclusiva del artista: en ella labora tambien la conciencia y el sentimiento de la colectividad en que se produce, señalándole rumbos, imprimiéndole carácter, transfundiendo á su organismo la savia de sus ideas, afectos y aspiraciones, que se vengan del desdén hiriendo de muerte al desdeñoso, y que pesan con influencia abrumadora sobre las facultades del orador que no se contente con predicar en desierto. El público es factor que

interviene en toda clase de producciones artísticas, pero en la oratoria más que en ninguna, porque el discurso hablado, en público se construye, al público se dirije y del público vive y se alimenta.

No que sea lícito y recomendable sofocar el pensamiento individual y sacrificar las ideas personales en aras de una popularidad tan mezquina como fácil, no; pero sí que esa influencia es poderosa en todos los oradores y para algunos invencible: para los que á todo trance quieren libar el néctar de la fama, para los que todo lo posponen á sus ansias de ruidosa gloria.

Un novelista muy intencionado de nuestra época ha dicho que hoy la gloria no se conquista sin recortes de periódico. Pues del mismo modo es exacto, hoy más que nunca, que el orador necesita hacer en público lo que otros hacen en el secreto de las redacciones. Los triunfos de la oratoria no se logran sin aplausos, ni los aplausos estallan sin halagos. Si Catón hablara en nuestro siglo, se quedaría tamañito en esto de cosechar lauros y coronas ante cualquiera de esos gigantones de la tribuna de plazuela que todos conocemos.

Castelar era artista, y, como artista, ambicioso; orador, y, como tal, sujeto á las pasiones del público, á quien él quería atar al carro de sus victorias para que le aclamase con voces de admiración, y recrease

sus oídos con el *hosanna* embriagador de las muchedumbres. El tiempo, pues, había de determinar sus ideas. Si hubiera vivido en la Edad Media, no hubiera encontrado otra tribuna que el púlpito, y á la cátedra sagrada hubiera subido lleno de fé, unción y evangélico amor, ciñendo á sus sienes bordada mitra, ó soportando en sus hombros pesada cogulla. Entonces hablara con la oratoria de un Santo Domingo ó de un San Vicente Ferrer, nunca con el lenguaje rebelde de Lutero ó Savonarola.

Hijo del siglo XIX, heredero del filosofismo de la enciclopedia, hubo de vestir su espíritu á la moda del tiempo, y predicó los dogmas de la democracia, y entonó himnos fervientes á la razón, las dos diosas de la época, y así fué como pudo ganar corazones y arrastrar voluntades y subyugar con los ecos de su palabra inimitable el pensamiento de cuantos acudieron á deleitarse con sus cantos de sirena.

Pero como á la vez que se hacía intérprete adorado de los ideales de su época, condición precisa para que su oratoria no quedase relegada á la admiración cariñosa, pero impopular, de una minoría serena, como le sucedió al genial y profundísimo Donoso Cortés, reo del delito de divorcio intelectual, que nuestro tiempo no perdona; como á la vez que pregonaba los triunfos

del espíritu laico, á la sazón enseñoreado de Europa, sentía arder en su pecho la llama de una fé que no podía ni quería ver extinguida, y en su alma arraigadas dulces creencias contra las que no quiso atentar sacrílego; en el furor de sus arengas revolucionarias y entre los incendios de su verbo tonante, siempre brillaba benéfica la luz de aquella llama, y en la dulcedumbre de aquella fé siempre encontraba su imaginación encendida cierta suavidad y templanza de que vivieron privados sus correligionarios y discípulos.

La insistencia misma con que hablaba de Dios y del Cristianismo, y que tantas simpatías hubo de enajenarle y tantos fervores hubo de entibiar entre los sicarios del libre pensamiento, parece revelar el victorioso empeño de poner á salvo su fé católica, en peligro constante de sucumbir arrollada por el desconcierto de sus transigencias con el racionalismo. Propósito deliberado ó tendencia irresistible, lo cierto es que esa voz interior que resonaba en su alma, dulcificando penas y dolores y anunciando divinas verdades, brotaba harmoniosa de sus labios en torrentes de poesía conmovedora, confesando el sentimiento dócil lo que la razón osaba á veces negar soberbia.

Cuéntase de Prim que, al subir un día á la casa de un su amigo, tropezó en la

escalera con un fraile, en quien reconoció á uno de los compañeros de su infancia. Y como el fraile contestara con frialdad y reserva al saludo del general, interrogado por éste acerca de la causa de tan ceremoniosa acogida, echole aquél en cara sus discursos parlamentarios, bien opuestos á las doctrinas religiosas que de niños juntos aprendieron. Entonces Prim, soltando ex presiva carcajada, como la del que preparado á algo muy grave se encuentra con alguna futeza, exclamó:—¡calla, chico! si todo eso me lo hacen decir; pero yo no lo siento!—Y acompañando los hechos á las palabras, mete la mano en su pecho, y muestra al asombrado clérigo los escapularios y medallas que en gran abundancia le adornaban. La anécdota no tiene nada de inverosímil: el vulgo en España atribuía la fortuna del héroe de la guerra de Africa á la virtud de algún amuleto, ó á la protección de algún poder sobrenatural, y hasta se dice que él mismo no negaba su devoción á ciertas reliquias bendecidas por la Iglesia.

Nada tan lejos de mi pensamiento como atribuir á las ideas de Castelar una doblez y falsía que fueran impropias de su gran corazón; pero lo que Prim decía sin sentirlo, pudo muy bien Castelar adaptarlo á su sensibilidad, mediante un trabajo de autosugestión, explicable en su temperamento

artístico solicitado por tan contradictorios ideales y cohibido por las corrientes avasalladoras de la filosofía contemporánea.

En esta lucha, sin duda, se formó su espíritu conciliador y sintético, atormentado de contínuo por ardorosos afanes de harmonía, fuente de sus más hermosas concepciones y geniales rasgos; y este eclecticismo sostenido, que es la nota dominante de su carácter, fué también el que inspiró su criterio al asignar al siglo XIX la misión de enlazar la tradición y el progreso, en una como síntesis suprema que fundiera en un solo espíritu la religión y la política, en lo que se equivocó profundamente, pues es lo cierto que nuestra centuria no ha hecho más que traducir á la práctica y extender por el mundo los principios de descomposición y análisis proclamados por el siglo XVIII.

Colocado entre dos remotísimos extremos, entre el racionalismo que le brindaba diplomas de sabiduría, necesarios para su gloria, y el catolicismo que le ofrecía íntimas satisfacciones y amorosos consuelos, también necesarios para su alma, vióse forzado á transigir, entregando su razón al sistema y su sentimiento á la poesía, soñando con un equilibrio imperturbable, saludado por la paz de la conciencia y bendecido por los clamores de la fama.

Y así pasó la vida, complacido en los

deleites del engaño, predicando las falsas harmonías que su imaginación creaba en portentosas visiones: ministro de dos cultos enemigos y apóstol de dos credos irreconciliables, aspirando con fruición el aroma del incienso sagrado en las catedrales, y pagando á la vez su tributo de obediencia al filosofismo de la democracia triunfadora.

Quien como yo lo haya visto en Madrid y en Toledo, bajo las bóvedas del templo católico, armado de su devocionario bilingüe, seguir con ejemplar devoción las ceremonias del oficio de Semana Santa, saturando su alma de fervor y piedad en el suntuoso simbolismo del ritual romano, y al poco tiempo subir gallardo á la tribuna para defender la libertad del pensamiento y la igualdad política de las religiones, habrá podido penetrarse de la contradicción viviente, que á la vez era como un esfuerzo constantemente malogrado de inasequible harmonía, que caracterizaba á ese hombre singular.

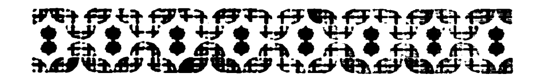
Jefe del gobierno, pudo mantener el divorcio de la Iglesia y el Estado, y prefirió restablecer las relaciones entre ambas potestades. Caudillo de la oposición, pudo enarbolar el estandarte de la fé, y prefirió combatir por los ideales de su tiempo.

Pero si cayó frecuentemente bajo los anatemas del *Syllabus*, bien puede asegurarse que no cayó á gusto, ni se jactó de

su arrogancia condenada. Si para transigir con la herética filosofía de su siglo buscó orígenes humanos y analogías terrenas á los divinos dogmas del Cristianismo, para dar rienda suelta á sus fervores religiosos cantó himnos y plegarias á las verdades eternas. Y cuando la muerte helaba sus entrañas, y apagaba el brillo de sus ojos, y sofocaba su voz, él, que sabía bien el valor de sus palabras, aún encontró fuerzas en su espíritu y movió su lengua para responder á las preguntas del sacerdote católico que purificaba su alma con las últimas unciones, confesando su fé é invocando á Dios en la postrera hora.

La vida toda de Castelar dá derecho á atribuir al ilustre orador los sentimientos expresados en estos versos delicadísimos de su discípulo y amigo del alma, Carvajal, republicano como él y como él también creyente:

Quiero morir cristiano y caballero;
quiero morir besando un Crucifijo.
¡Y sé que no es morir esto que quiero!



LA LUCHA POR LA VIDA

CARGADO de penas, el corazón herido por las espinas de la desgracia y el rostro teñido por el rubor que en las mejillas enciende el desaire, con las plantas desgarradas por las breñas y jarales del camino, sube trabajosamente la cuesta de la vida, el desheredado de la fortuna, aquel pobre ser para quien la injusta felicidad no tiene más que desdenes, mientras para otros se muestra pródiga en dones y favores.

Va solo: el dolor no necesita lacayos para ser magestuoso, ni corte para reinar despótico sobre sus víctimas predestinadas. Sin más patrimonio que el de sus facultades, sigue en su ascensión fatigosa, cayendo y levantándose, para volver á caer enseguida y continuar la marcha, cada vez con ménos bríos y con más fatiga, porque las energías se gastan, el ánimo desfallece,

los estímulos decaen y el bagaje de los desengaños es cada vez más abundante y pesado.

El destino le obliga á combatir sin tregua, á luchar con denuedo; pero ¡ay! que sus armas son las virtudes, y la virtud no ha podido vencer todavía, en los miles de años que cuenta de existencia el mundo, á la vileza, al deshonor y á la iniquidad, sus mortales enemigos! Siempre derrotado y siempre maltrecho, los instintos generosos y los anhelos de justicia y triunfo se complacen, sin embargo, en engañarle cruelmente, reflejando en el espejo del porvenir imágenes de bienandanza y espectáculos de dicha que la ilusión sueña conquistar un día para rendirlos, convertidos en marcos de una realidad venturosa, á los piés del deseo caldeado por la fiebre de las ansias.

Cuantas veces á la sombra de la esperanza ha creido cercana la brillante meta, otras tantas los rayos despiadados del desengaño, penetrando en el alma como cuchillos de acerado filo, han venido á agrandar la distancia que separa al desgraciado de aquel norte de su misérrima vida, de aquella estrella polar de sus ensueños que, por rara propiedad de su falaz magnetismo, atrae sin dirigir y mueve sin guiar al corazón que la busca y desea con la vehemencia con que el ciervo abrasado por la sed busca la fresca linfa del torrente, ó

da por encontradas fuerzas y movida por antagónicas aspiraciones, no siempre consigue mantenerse en las altas regiones de la verdad, y á menudo desciende, vencida por los estímulos del orgullo, á los paupérrimos dominios de la vanidad mundana. El hombre vive en incesante contradicción. La Sagrada Escritura así lo dice con su sabiduría inapelable, y Castelar, con haber sido favorecido por el cielo con tan luminosos dones, no podía dejar de cumplir la divina sentencia que pesa sobre los hijos de Adam.

Castelar nació para ser artista, y lo fué. Pero su arte no era de aquellos que pueden difundir sus bellezas desde la serena independencia del alma que hace de sí misma un mundo, y no aspira á conquistar extrañas voluntades, transmitiendo las expansiones de su espiritu, formado en la imperturbable soledad del aislamiento. La oratoria no es obra exclusiva del artista: en ella labora tambien la conciencia y el sentimiento de la colectividad en que se produce, señalándole rumbos, imprimiéndole carácter, transfundiendo á su organismo la savia de sus ideas, afectos y aspiraciones, que se vengan del desdén hiriendo de muerte al desdeñoso, y que pesan con influencia abrumadora sobre las facultades del orador que no se contente con predicar en desierto. El público es factor que

interviene en toda clase de producciones artísticas, pero en la oratoria más que en ninguna, porque el discurso hablado, en público se construye, al público se dirije y del público vive y se alimenta.

No que sea lícito y recomendable sofocar el pensamiento individual y sacrificar las ideas personales en aras de una popularidad tan mezquina como fácil, no; pero sí que esa influencia es poderosa en todos los oradores y para algunos invencible: para los que á todo trance quieren libar el néctar de la fama, para los que todo lo posponen á sus ansias de ruidosa gloria.

Un novelista muy intencionado de nuestra época ha dicho que hoy la gloria no se conquista sin recortes de periódico. Pues del mismo modo es exacto, hoy más que nunca, que el orador necesita hacer en público lo que otros hacen en el secreto de las redacciones. Los triunfos de la oratoria no se logran sin aplausos, ni los aplausos estallan sin halagos. Si Catón hablara en nuestro siglo, se quedaría tamañito en esto de cosechar lauros y coronas ante cualquiera de esos gigantones de la tribuna de plazuela que todos conocemos.

Castelar era artista, y, como artista, ambicioso; orador, y, como tal, sujeto á las pasiones del público, á quien él quería atar al carro de sus victorias para que le aclamase con voces de admiración, y recrease

delad vuestro pensamiento según el gusto y los convencionalismos de la sociedad en que viviéreis, que vuestra voz suene en el coro de los panegiristas cuando se trate de adular y en el concierto de los anatematizadores cuando de condenar se trate, y, sirviendo á las conveniencias de la sociedad, no deservireis la propia conveniencia.

Pero tal arte requiere el sacrificio del pensamiento interior: para vivir así es preciso suprimir la conciencia, ahogar la ingenuidad, renunciar al juicio soberano de la razón individual, presentar las cosas á los ojos de los demás no como se ven en la serenidad del propio criterio, sino como las vé y las siente el criterio colectivo, y como la moda quiere que las vean cuantos pretenden hacerse escuchar por sus fanáticos adoradores. En una palabra: para merecer, es necesario engañar.

Cabalmente el engaño, que es la habilidad de la mentira, siempre encontrará cerradas las puertas de la conciencia honrada, así como lo que más estiman los hombres verdaderamente superiores es la verdad y la independencia de sus sentimientos y convicciones.

Quien más los ame y más se arreste por conservarlos, más seguro debe estar de su derrota. La sinceridad tiene siempre perdida la batalla.

Algunas veces la Providencia combina los sucesos de tal modo que en determinado momento venga á realizarse la conjunción del pensamiento *social* con el pensamiento de aquel hombre hasta entonces despreciado. Es la hora de la justicia. El loco ó el misántropo es aclamado, y de improviso se eleva a la altura que antes ocupaban los usurpadores. Pero aún en las satisfacciones del vencimiento sentirá las dentelladas de los discípulos de Amán, y sus virtudes mismas amargarán las dulzuras del triunfo. Sobre todos esos martirios sufrirá el más doloroso de cuantos pueden turbar la felicidad de la conquista: el de contemplar las ilusiones desfloradas por las brutales acometidas del odio en el largo camino recorrido, el de no poder gozar la victoria con aquella intensidad de los pasados anhelos, el de empezar á reinar sobre las ruinas de la propia alma, que se ha ido quedando en pedazos entre la maleza de la pendiente, el de vencer desengañado, el de llegar á la cima sin el calor y sin los arranques de la juventud, y comenzar su obra en la edad en que los sinsabores y crudezas de la peregrinación han borrado ya la poesía del cuadro de la vida.

Esto cuando se llega.

Lo más frecuente es que la muerte sorprenda al viandante fatigado é inane, cu-

bierto de harapos, torturado por la miseria y víctima de la indiferencia y de la ingratitud que labraron su desventura.

Algunos de esos hombres desgraciados se llaman genios, y después que la muerte los arrebata á las crueldades de sus coetáneos, la posteridad graba en mármoles sus nombres y erige estatuas para perpetuar su recuerdo. Pero ¿de qué puede servirle á Dante su gloria póstuma, si la malquerencia de los florentinos le arrojó en vida de su patria, forzándole á distraer su melancolía en aquellos vespertinos paseos por la *Pinetta*, de Rávena? Y á Gutenberg su actual renombre, si también tuvo que huir de Maguncia y consagrar por entero su vida sin ventura á defender la propiedad de su invención incomparable, no disfrutar uu día de reposo ni un momento de felicidad, y morir luego miserable é infortunado, legando por todo patrimonio á su hermana los libros impresos por él en el monasterio de San Arbogasto? Y á Milton su fama de hoy, y que el gran poeta Dryden exclamara después de leer el *Paraiso perdido:* "la memoria de este hombre nos eclipsará á todos," si aquella hermosa epopeya apenas logró arrancar á la avaricia del editor Symons cinco libras esterlinas con las que ni siquiera había para pagar religiosamente el trabajo de copistas con que su mujer y sus hijas le ayudaron en la obra

maestra; si éstas tenían que vender por una ó dos guineas los manuscritos que sustraían de los papeles del ciego bardo, para atender á las más perentorias necesidades; si al fin muere ciego, indigente y abandonado, en un tugurio de los arrabales de Londres, sin dejar otra herencia que su gloria tardía, reflejada treinta años después en el rostro de su amada Débora? ¿Acaso es bastante esta glorificación humana para premiar en justicia tantos afanes y desvelos, tantas amarguras y quebrantos, virtudes sublimadas por el dolor y grandezas realzadas por el sacrificio? ¿Vale la pena de sufrir con denuedo valeroso tantas pruebas, renunciar á las comodidades y placeres que por otras vías pueden lograrse, hacer de la vida un sacerdocio y de la conciencia un santuario para recibir por única recompensa esta inmortalidad relativa, temporal como todo lo humano y caduco como todo lo finito?....



Por el otro lado de la pendiente trepa ufano, ligero y alegre, altiva la mirada y el gesto desdeñoso, como el de quien está acostumbrado á desafiar y vencer la malaventura, el hombre abyecto y corrompido, sin más impulsos que los del vicio, sin más armas que la osadía y la vileza.

Su carrera es rápida porque ha suprimido de antemano la conciencia para que este peso no le estorbe en sus ágiles maniobras. Mil seides le rodean, le siguen y le ayudan, compartiendo con él los regocijos del festín y los proventos de sus hazañas, y esa corte se dobla servil para celebrar sus éxitos y allanar su camino, mientras él á su vez se humilla también para conseguir por la adulación que practica lo que no puede lograr por la dignidad que le falta. Si cae, blando lecho le recibe, y pronto se yergue de nuevo para seguir sonriente la cómoda marcha.

No lucha porque no lo necesita; sus enemigos son muy débiles para que puedan presentarle combate, y harto harán con rehuir su encuentro, siempre funesto y desgraciado. Los hombres honrados le temen y le odian; pero son impotentes para derribarle de su corcel alígero. Los villanos forman á su alrededor un círculo infranqueable, esparcen en torno suyo aromas y perfumes, y lanzan vítores y elogios para recreo de sus sentidos y halagos de su vanidad triunfante.

Para él no hay sufrimientos ni desengaños, ni penas, ni dolores. La fortuna le persigue, la felicidad le acosa y el destino llena su alijo de abundantes y espléndidos regalos: riquezas, placeres, honores, conquistas y alabanzas. En su diccionario no

hay más que una palabra: *victoria;* en su corazón un solo sentimiento: *egoismo.*

Nada hay en el mundo que merezca respeto á la fuerza de este enamoramiento de su yo siempre vencedor. Todo debe perecer y ser sacrificado á la utilidad de esa pasión voracísima, y cuanto tienda á conservar su imperio y dar satisfacción cumplida á sus rastreros apetitos, debe fomentarse y ser aprovechado, porque todos los medios serán santos, justos y lícitos si tienen aptitud para servir á los fines deseados. Importa poco que hogares prósperos caigan desmoronados por la piqueta del despojo, que honras pulquérrimas se vean ensuciadas por la calumnia, que derechos indiscutibles sean hollados por la arbitrariedad, que la difamación robe prestigios bien merecidos, que la vida misma acabe bajo los golpes de taimada violencia: todo eso es ageno, y lo ageno sólo merece respetos á esos hombres mimados por el éxito cuando puede convertirse en instrumento ó auxiliar de su utilidad.

Para ellos Dios es un fatasma inventado para causar miedo á los tontos, la vida una comedia que produce mucho si se representa con habilidad y talento, la religión un freno para los imbéciles, la ciencia uno de tantos medios de dominación y superioridad, el arte una industria, la virtud una hipocresía, la historia una leyenda, el de-

recho uno de tantos sistemas y la sociedad un juego de cálculo en el que la buena fé pierde y se arruina y la perversidad gana y se enriquece. Todo es cuestión de saber echar á tiempo el *pego* y manejar con pericia la martingala.

Muchos de estos hombres ocupan altas jerarquías y ejercen funciones augustas, y sus crímenes, lejos de constituir impedimentos, les han servido de pavés para alzarse sobre la multitud, y dar forma de ley á sus caprichos, y ganar aplausos y alabanzas para sus insanias, convertidas por obra del servilismo en acabados ejemplos de moralidad y pundonor.

Si por acaso alguna vez un rayo de justicia llega á brillar sobre su vida tenebrosa poniendo de manifiesto sus delitos impunes, y por un instante vé amenazados su bienestar y su independencia, en la repleta bolsa encuentra bien pronto el mágico resorte que rompe los grillos del presidiario, compra las absoluciones de los jueces y abre las puertas de las cárceles para devolver libertad y ventura á quien no debió nunca gozarlas.

Y cuando la muerte viene á acabar con aquella existencia, la voz generosa del perdón impone silencio á las recriminaciones, y el mundo no se escandaliza al ver cómo caen flores y coronas sobre aquella tumba y se pronuncian elogios ante aquel

cadáver. Todavía en aquella hora suprema, el hombre artero se siente acariciado por la felicidad, porque sabe que á sus hijos no les faltará el pan que sus degradaciones, fraudes, cohechos é infamias amasaron para su descendencia.

La historia lo olvidará. Pero ¿qué mayor piedad que el olvido puede desear el crímen?



La realidad de estas dos vidas paralelas está demostrada plenamente por la diaria experiencia.

En esta tremenda lucha por la vida, en que todos los hombres somos combatientes, la selección no puede ofrecer más horrorosos caracteres. El triunfo favorece siempre al pecado; la virtud y el honor son los eternos vencidos.

A la vista de estos contrastes desesperantes, no creo que haya hombre honrado que no presienta la inmortalidad y la justicia necesaria de un poder sapientísimo é infalible que repare los daños causados por la humana injusticia.

¿Será verdad ¡Dios mío! que todo acaba en el sepulcro? ¿Será posible que esas dos vidas tan opuestas vengan á ser igualadas por la nada?

No: no puede ser, y no será. La filo-

sofía podrá negar la vida futura; pero el instinto la afirma y la razón sana la confiesa. La felicidad podrá olvidarse de Dios, porque le estorba; pero la desgracia le recordará incesantemente, porque es su consuelo y su esperanza.



EL PODER DE LA NATURALEZA.

Hasta ahora la *generación espontánea*, como ley biológica, sólo se había aplicado á la actividad incesante de la naturaleza. Huxley cree haber encontrado el principio de la vida en la masa gelatinosa que cubre el fondo de los mares, y Haeckel señala en el soñado *bathybius*, en el "moco amorfo" que constituye el plason, la transición natural del reino inorgánico al organizado, la autogonía de la materia.

Pero he aquí que el esfuerzo fecundísimo del humano ingenio, celoso en extender con nuevas aplicaciones el imperio de aquella ley de la filosofía *naturalista*, acaba de someter á su autoridad, y no con vanos apriorismos, sino con el poder convincente de las pruebas experimentales, todo un mundo de caracteres y aptitudes sobre el que nadie había sospechado que

pudiera pesar nunca la flamante biogenia celular y la potencia vital de las móneras. Y es Cuba, la hermosa tierra de la dulce caña (vaya ese endecasílabo como entremés poético para atenuar la amargura de este *menú* de filosofía), la sociedad que se honra con presentar á la ciencia este raro *fenómeno*, que así llamo al hecho que me inspira estas líneas, porque nuestra lengua, en su rica variedad lexicológica, ofrece como pocas matices expresivos y á la vez corteses para llamar á las cosas por su nombre; y yo, el último de sus hijos, quien poniendo el mío á salvo del olvido, descubro la relación entre el hecho y la ley, y gano la inmortalidad y la gloria que de seguro no habrán de negarme las justicieras generaciones del porvenir.

¿Qué es lo que me mueve á pensar tan hondo y á esperar tamañas recompensas? —preguntarán mis lectores, algo recelosos por la noticia de un *descubrimiento.*

¡Oh! en esa ignorancia vuestra estriba precisamente mi mérito. Todos miramos el hecho, pues que á presencia nuestra se realiza; pero yo sólo lo *veo.* Todos lo palpamos; pero yo soy el primero que lo *siento*. Lo estudio, lo analizo, fijo su ley, y hete aquí mi triunfo.

Centemplemos gozosos y enternecidos esa pléyade de preclaros imberbes que, inflamados por literaria vocación, engrosan

las filas del ejército de la cultura y, armados de blancas plumas, se apoderan del ministerio de la prensa para bien de las "honradas masas" y positiva utilidad de la república. Sorprended á esos inspirados en sus tarcas y les vereis satisfechos de sí mismos, convencidos de su suficiencia espontánea, radiantes de entusiasmo, tratar los más graves asuntos, dilucidar cuestiones difíciles, dictar reglas de conducta, trazar rumbos y resolver problemas políticos y sociales, y todo con juicio tan clarividente y seguro, con prudencia tan exquisita, con conocimiento tan profundo, que es cosa de admirarse ante la eficacia de dotes y prendas que sólo la rutina intelectual que nos ha poseido hasta ahora pudo atribuir en su ceguera á las virtudes del estudio perseverante, de la investigación cuidadosa y de la experiencia acumulada por una vida bien dirigida.

Sin tales paramentos, que el criterio de esos predestinados condena como mácula de los viejos usos, y á lo sumo tolera como baratija destinada á colmar seniles aficiones, nuestras letras renacen pujantes al impulso de juveniles númenes que por doquier difunden el jugo de su ciencia connatural y la savia de sus doctrinas infusas.

¿Para qué el estudio ni la meditación ni los buenos modelos, si basta con la inspiración y el genio para renovar el mundo?

Quod natura non dat, Salamanca non prestat. Y por supuesto, como ellos no han pasado por Salamanca, necesitan de la naturaleza, que, siendo muda como es, no habrá de desmentirlos.

Por cierto que mi buen amigo Wen Galvez *olió* hace poco desde estas mismas columnas (1) algo de lo que aquí apunto, aunque sus dardos certeros no hirieron otro blanco que el muy tentador que ofrecen los poetas prematuros, los bardos belicosos. Y por cierto tambien, que lo hizo con aquella fina y bien vestida sátira que parece patrimonio de algunos escritores de ese ilustre apellido.

Concluida esta digresión, vuelvo á mi tema y termino. Entre esos elegidos es difícil escoger quien pueda pasar con verdad como el arquetipo de la especie, quien personifique con más vigor todas las cualidades que caracterizan este nuevo producto del protoplasma intelectual. Renuncio, pues, al empeño de encontrarlo, no sin hacer constar que estas *larvas*, como diría *Fray Candil*, no suelen tener otro defecto saliente que querer á toda costa ser "chicos de la prensa". Y menos mal si se limitan á ejercer de tales. Lo peor es que no faltan quienes para completarse piden juicios, consultan opiniones y casti-

(1) Las de *El Fígaro.*

gan la bondad agena con *latas* inmerecidas. Aviado estará quien acepte en tales casos el papel de Mentor. Cuando menos lo espere se encontrará envuelto en algún insípido longiloquio ó, á traque barraque, sorprendido con sendas lecturas de morbosos ensueños!

—¡Todo sea por Dios!— digo yo cuando me toca hacer de víctima, y estoy seguro que Dios lo apuntará en mi libro para el día de la liquidación definitiva.

El poeta de Asti necesitó suspender sus aventuras y sus viajes y dedicarse con pasión al estudio para ponerse en condiciones de producir, y sólo después de larga y ordenada labor recibió la visita de la inspiración, que le dictó tragedias como *Sofonisbo, Timoleón, Rosmunda y Merope.* Pero esto ocurria en el siglo pasado. "Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad".... oponerse á sus fáciles progresos.

Verdad es que no se trata del teatro, sino del periodismo, aunque en punto á preparación allá se van las dos profesiones, y que una condesa de Albany no se encuentra en cada esquina. A falta de ella la generación espontánea hace prodigios.

Y ya no necesito decir en qué consiste mi descubrimiento, ni cuál es la filiación de esos dichosos literatos y escritores que á sí mismos se otorgan diplomas de genialidad: *Mucus amorfus.*



LA BONNE SOUFFRANÇE

> Tomé el libro santo, lo abrí, y, poco á poco, cada línea se hizo viviente para mí. Bien pronto ví brillar la verdad como una estrella, la sentí palpitar como un corazón.
>
> *François Coppée.*

L gusto materialista no podrá jamás saborear la poética verdad encerrada en esta confesión elocuente.

Para la sensibilidad, anestesiada por el análisis, de los filósofos que no miran á la religión sino como un fenómeno, ó como una enfermedad del alma, á la fé como una alucinación, á Dios como un ente de razón arbitrariamente concebido por cada cerebro, y al sentimiento religioso como fruto de una neurosis más ó menos exaltada, el inspirado relato esculpido en las

páginas de *La bonne souffrançe* no será más que la historia morbosa de un corazón, la fotografía de un temperamento descompuesto por la quimera de lo sobrenatural, gérmen oculto en las entrañas de una fantasía tierna y brillante á la vez, que se despierta al calor y entre los delirios de la fiebre, encendiendo en el pecho los ardores de un misticismo anacrónico, síntoma de degeneración y preludio de locura.

Inflados por el orgullo de una ciencia tan vana y desmedrada que no sabe ver más que lo que palpa, y tan miserable que no puede despegarse de la materia corruptible, su verbo y su dogma; recluida como el molusco en su concha, sin luz, sin aire y sin calor, rastreando plebeya por entre los despojos de la vida y los micro-organismos de la muerte, aspirando los vahos de la putrefacción y los hedores de la carne desgarrada por la cuchilla del tiempo, inútil será hablarles del espíritu y sus fuerzas, de sus necesidades y de sus funciones, de sus ansias, consuelos y nostalgias. Ellos no entienden más que de células y vasos, fibras y músculos, vísceras, membranas y nervios, y todo lo que de este bajo mundo de la bestia —en cuyo seno tan complacidos y felices respiran— intente sacarlos, se estrellará siempre contra el prejuicio rocalloso é inconmovible de sus negaciones, erigidas por el método de su escuela

en los espacios del entendimiento, como valladar infranqueable contra los fulgores de la conciencia moral, contra las luces del instinto, contra la fuerza expansiva de las ideas innatas, sembradas en la mente de los hombres por la mano del Creador para que allí fructifiquen por el discurso y se arraiguen por el juicio.

Según el criterio de estos hombres *superiores*, la conversión de Coppée, como la de Paul Féval, compañero de Dumas, Eugenio Sué y Federico Soulié, y partícipe con ellos de la gloria y de los productos de la novela; como la de tantos otros desertores de las filas de la duda, no es ni más ni menos que un proceso patológico, perfectamente conocido por la ciencia moderna y sujeto á las leyes de la flamante psico-física, una de tantas disciplinas que pretenden ser nuevas sólo porque se presentan vestidas á la moda, como la maritornes de casa opulenta que confecciona sus galas del domingo con los retazos y desperdicios del equipo de su señora.

Dejémolos, pues, engolfados en su tarea de descubrir el orígen de la vida en la virtud del protoplasma y en las vibraciones de la célula, porque si les damos tiempo y ocasión, envolviéndonos en su habitual sonrisa de lástima, contestarán á nuestras reflexiones con el desdén de quienes se sienten emancipados del poder de los mitos

religiosos, según su lenguaje, y nos echarán en cara nuestra *inferioridad* con esta frase que es la síntesis de su serena despreocupación: ¡Dichosos ustedes los que todavía creen!—Como no les dé por encontrar en cada mujer piadosa el tipo de madame Guyon y en cada hombre creyente el proselitismo armado de Letellier, capaces de renovar, si con el poder contaran, las coacciones, las intransigencias y los fusilamientos que hicieron manar ríos de sangre bajo las gradas del trono de Luis XIV. Los manjares suculentos no se han hecho para villanos paladares acostumbrados á los sancochos campesinos.

Para entender á Coppée es preciso sentir como él, leerlo *mente cordis sui;* para saborear la belleza diluida en ese libro admirable, que es un poema y una catequesis, un credo y un suspiro, se necesita subir como él á más altas esferas que las que puede abarcar con su vista la miope razón humana.

Un espíritu tan delicado como el de Coppée, naturalmente, no podia llenarse con la prosa de una filosofía negativa, ni sentirse saciado con las frías adoraciones de un deismo meramente intelectual. En ambiente más puro y diáfano necesitaba respirar aquella alma exquisita, hecha para el amor y aliada del bien, su aspiración contínua.

Los vaivenes de la juventud la agitaron y el aluvión estrepitoso de los modernos dogmas la envolvieron en la dorada faramalla de los nuevos principios; pero los que el cincel de la piedad materna grabó en su corazón de niño, borrosos y empañados un día por el aliento del modernismo, que si empobrece el sentimiento y no acrecienta el patrimonio de las verdades, otorga en cambio patente de cultura y diploma de agudo talento, habían de recobrar muy presto su antigua brillantez y primitivo ascendiente.

En el rodar de la vida hay tropiezos felices y caidas bienhechoras.. El alma advierte entonces su error, y vuelve atrás sus pasos para encontrar el camino de la salud y la fuente luminosa de la cabal ventura.

Y Coppée cayó en el camino de su Damasco, herido por la enfermedad y el dolor, para levantarse como Saulo, en busca de Ananías, y abrazar de nuevo la fé de sus tiernos años.

¿Por qué la vida? ¿por qué la muerte? Y sobre todo: ¿por qué el dolor? ¿por qué las lágrimas?.... Así se preguntaba Coppée en los días de felicidad burguesa que sus talentos le habían labrado, en presencia del tenebroso misterio que rodea al hombre, ávido de conocer su destino. Y la vida amenazada, la muerte cercana, el

dolor victorioso y las lágrimas sazonando la comida del poeta vinieron un día á contestar cumplidamente sus anhelosas interrogaciones, y se rasgó el velo que cubría los secretos de ultra–tumba, y la luz brilló, y el alma pudo celebrar, vestida de olientes y blancos azahares, los desposorios de la razón y la fé. Entonces pudo exclamar, parafraseando la expresión de Teócrito, repetida por Virgilio: *nunc scio quid sit dolor!* El dolor le hizo oir la voz tonante del Sinaí y la voz amorosa del Calvario.

En Pau, junto á los valles que serpean por entre las montañas de la formidable cordillera, teñida por el verdor del bosque centenario y la blancura de la nieve, estaba descansando el artífice del *Relicario*, el bardo de *Intimidades* y *Poemas de amor*, cuando recibió el primer golpe del mal que por mucho tiempo había de convertir su salud antes robusta en precaria y vacilante. De las delicias de aquel retiro fué llevado á París, para ser tendido en la mesa de operaciones. El doctor Duchastelet le salvó la vida; pero su curación no estaba asegurada. Pronto recayó, y entonces fué cuando el sacerdote puso en manos del poeta el libro de los Evangelios; y Coppée, que siempre tuvo necesidad de Dios, como él mismo escribe, alcanzó la dicha de encontrarlo en las páginas sagradas. A su cerebro nunca le pareció blanda la almohada

de la duda, de que habla Montaigne, y por eso se reclina en la creencia que conforta y en el dogma que consuela.

"He escuchado el Verbo Divino—dice el ilustre académico—con tanta sencillez como los pescadores de Thiberiades á quienes Jesús hablaba sobre las olas, sentado en la proa de una barca. Un imperioso deber me impulsaba hacia Dios. No he resistido, me he dejado guiar; en una palabra, he obedecido, y gusto hoy de las delicias de la obediencia."

"¡Oh muerte! Tú no me revelaste tu secreto. Pero cuando venga de veras la agonía, ya sé ahora qué sentimientos elevarán mi alma hacia la justicia eterna, y ya tengo preparada para entonces mi suprema oración: ¡Dios mío, perdonadme mi felicidad!"

Quien así siente y así habla, atormentado por remordimientos de su pasada felicidad, que él juzga poco menos que criminal, comparándola con la triste suerte de los desheredados del talento, del placer y de la fortuna, sujetos á la tortura inacabable de un deseo nunca satisfecho, de una impotencia eterna que les hace implorar la muerte como el momento de su verdadera libertad; quien así reconoce sus deudas para con el infortunio y no duda que ha de esperarle "como acreedor exacto é implacable al otro lado de la tumba;"

quien así clama por el reinado de la equidad y se confiesa reo del delito de no haber sufrido, indudablemente siente y habla inspirado por un amor sobrenatural y divino que desciende á las criaturas después de haber subido hasta el Creador, como el agua condensada por la evaporación en la nube cuando cae amorosa y fecundante sobre la tierra calcinada y sedienta.

La bonne souffrançe es, pues, la apolo gía del dolor. Es el libro del dolor cristiano, del dolor que enseña á sufrir y á bendecir el sufrimiento. Coppée sano, halagado por el mundo, honrado por las letras, lleno de bienestar y liberalmente agasajado por la suerte, vive infeliz porque hay sombras en su mente y el frío del egoismo baña su alma. El dolor le despierta de su sueño, y por el dolor se regenera, se esclarece su inteligencia, la luz de la verdad inunda su espíritu, y la caridad caloriza con su fuego el pecho helado por el quietismo de la duda. ¡Qué mucho, pues, que cante al dolor y por el dolor aspire á ser dichoso, si por su virtud se ha curado de una enfermedad mil veces más cruel que la que destrozaba su cuerpo!

Ríase cuanto le plazca la estúpida frivolidad de la sabiduría incrédula al ver que el dramaturgo, el novelista y el trovador se convierten en apóstol, sacerdote y médico, ofreciendo con su libro el remedio al ma-

lestar que agobia á los espíritus agitados por la crísis de que él también fué víctima. Derecho tienen para hacerlo, y hasta para retirar su admiración al *extraviado*.

Coppée podrá contestarles afable y sonriente, que ha recibido "muchas cartas conmovedoras, que son muy preciosas," y que "esas cartas me dicen que los que las han escrito, personas pertenecientes á todas las clases sociales, han escuchado mi llamamiento y que, á su vez, las antiguas creencias se han despertado en su alma, que su corazón ha conocido de nuevo la dulzura de la pleglaria y que, como yo, han sido confortados."

Pese á la burla y á la ironía, Coppée no maldecirá seguramente la reacción operada en su alma por el dolor. aunque ella le lleve, como á su colega Féval, *jusq'au cierges;* y, venturoso y tranquilo, sentado en los rústicos bancos de su *chalet*, á la sombra de las acacias y de los plátanos, jugando con la cabra que diariamente fabrica su sabroso desayuno, ó paseando por las alamedas frondosas y junto al estanque animado por inquietos pececillos, repetirá frecuentemente, henchido de aquella tristeza evangélica que, según la Bruyere, es el alma de la elocuencia cristiana, el hermoso himno de su conversión:

"¡Bendito sea el sufrimiento que me ha elevado á Dios!"

LA IMAGINACION CUBANA [1]

I

QUIEN lo dijera!.... El melancólico poeta que tanto se esfuerza por sentir y modular las sobrias ternezas de la balada, el discípulo apasionado de Goethe, cuyo estro arde, á pesar suyo, en los fulgores de la imaginación tropical, niega á los cubanos, se niega á sí mismo esa facultad próvidamente creadora, por todos reconocida como atributo de nuestra raza y excelsa propiedad de nuestro intelecto.

Con sorpresa justificada habrá de ser leída esta "rectificación" extraña, por vez primera estampada en letras de molde:

(1) No queriendo herir la reconocida modestia del poeta cuyos juicios se rebaten en los presentes artículos, el autor ha suprimido, al incluirlos en esta colección, los merecidos elogios con que aparecieron al publicarse por primera vez en *El Nuevo País*.

"se creería que el sol del trópico no había de producir por fuerza sino cerebros fogosos, en que la imaginación predominase. Nada de esto. Hay mucha frialdad y mucho peso en el cerebro cubano, y si la imaginación es viva, palidece en comparación con la de los pueblos del Norte, por ejemplo el alemán". Así escribe el autor de *Un ramo de violetas* en su conferencia sobre la capacidad cubana. Y más adelante remacha el insólito fallo, diciendo: "la imaginación cubana no ha creado nada todavía, y ni siquiera ha sabido poblar nuestros bosques de fantasmas ni de leyendas nuestra historia".

Leyes de la herencia, condiciones del medio, indiosincracia étnica, todo lo que influye y obra en el espíritu humano, determinando el temperamento y la fisonomía de los pueblos; todo eso que imprime carácter indeleble á la actividad y á la inspiración ha sido olvidado al formular tan inaudito juicio sobre las cualidades imaginativas de los cubanos; y de tal modo, que para fundar la rotunda negación no puede servirse el poeta más que de su propio extraviado criterio, sin curarse de buscar explicación á la carencia de poesía mítica y legendaria que se observa en nuestra patria, única verdad que encuentro en la gratuita sentencia.

Qué ha de ser fría la imaginación cuba-

na! ¿Acaso llenó Dios nuestro cielo de colores, nuestro espacio de diáfanas claridades, nuestra manigua de sinfonías, nuestros mares de placidez, nuestro ambiente de perfumes y nuestra naturaleza toda de superabundante magnificencia para que el hombre que la señorease en lo material, se viera incapacitado de asimilársela en lo espiritual y darle forma apropiada en el lenguaje divino de la fantasía que reproduce y crea? ¿Puso acaso en nuestro sol candencias inextintas y en nuestra atmósfera reverberaciones luminosas para que el fuego que enardece las llanuras y calcina las sabanas, dejase duro y persistente en el cerebro el hielo, y el alma bogando sobre témpanos de glacial esterilidad? ¿Es posible semejante divorcio entre la materia y el espíritu? ¿Se han visto alguna vez juntos el ecuador y el polo, el fuego y la nieve, el simoun y la brisa?.... No: el hombre y la naturaleza no son disímiles; son dos creaciones harmónicas, y como no hay oposición entre las leyes cósmicas y las leyes espirituales, tampoco la puede haber entre los seres que respectivamente gobiernan. En nuestra alma hay céfiros y tempestades, luces y sombras, harmonías y disonancias, remansos y corrientes, abismos y montañas; somos reflejo y compendio de la naturaleza: por eso se llama al hombre *micro-cosmos.*

La imaginación cubana, generada por una raza meridional de suyo idealista y soñadora, viviendo en el calor de estas latitudes tropicales, es, como no podía menos de ser, cálida, vehementísima y fogosa hasta el paroxismo, rica en matices y pródiga en exaltaciones. Estos caracteres se hallan afirmados con singular relieve en casi todas las obras que al cerebro cubano ha arrancado la inspiración artística, y aún los mismos defectos y manchas que en los frutos de nuestra imaginación señala la crítica, hijos son de la intimidad con que obran en nuestro arte aquellas influencias: el lenguaje ampuloso, el estilo campanudo, la hinchazón de las tropos, las osadías de la expresión y el hueco adjetivismo, en la literatura; los matices fuertes, el gusto chillón y los toques recargados en la pintura; el romanticismo musical "con sus falsetes y trémolos", los agudos del cornetín en nuestros danzones y guarachas; la manía churrigueresca en las artes decorativas ¿qué son sino manifestaciones inconscientes de una pingüe y robusta fantasía aún no templada por las leyes de la educación y la clara idea del verdadero arte, derrochando en partos exuberantes su prolífica vitalidad?

Pero no sólo es fría la imaginación cubana, según el cantor de la hamaca; es, además, estéril: "viva es la imaginación

cubana, sí; pero es estéril: arde con llamaradas fugaces, que sólo sirven para animar la conversación y para hacer insoportables á nuestros oradores de segundo y tercer orden". ¿Y para nada más? ¿Y nuestro Parnaso? ¿y las valientes estrofas da Plácido? ¿y los sonoros endecasílabos de Heredia? ¿y las magistrales tragedias de la Avellaneda? y Julián del Casal y Zenea y Luaces y Milanés ¿nada deben á la imaginación cubana?....

¡Ah! el soñador poeta tan amante de Cuba y tan celoso de su capacidad y de sus glorias, no quiere acordarse de los artistas, de los poetas; va definiendo con tono sentencioso la nulidad de la imaginación cubana, y si alguna vez apunta en su mente, como vaga reminiscencia de luminoso destello, la idea de que puede ser grande esa imaginación cuya existencia niega porque parece molestarle, recházala decidido, cual si en ella viera al mitológico Saturno de la leyenda griega, dispuesto á devorar á sus propios hijos! ¡Le tiene miedo á la imaginación! y él mismo pugna por aniquilar la suya. Lleno su cerebro de tendencias cosmopolitas y de planes de reforma social, diríase que en su programa está escrita la supresión de esa facultad libérrima, y que en él no se admiten otras artes que las de la utilidad. Hasta ese punto conduce al entendimiento el exclusivismo soberano del criterio!

Mucho, y no poco bueno, ha producido la imaginación cubana, y si hasta ahora no ha dado más y mejores frutos, es porque ni se la educa con pericia, ni se la alienta con entusiasmo. La falta de estímulo es la primera y fundamental causa de la decadencia de nuestras artes.

En una sociedad descompuesta y atrabiliaria, imán de ambiciones miserables, despertadas por la riqueza asombrosa del suelo y la impunidad triunfadora del cohecho y del fraude, convertida por obra de egoista colonización en inmunda factoría, milagro nunca soñado fuera que las artes, hijas de la inspiración que bebe sus energías en los raudales de la belleza, se hubieran desarrollado con brillantez hasta alcanzar prosperidad y medro. Y como nadie puede sustraerse á la pesadumbre del ambiente, los cubanos que no salieron de aquí, envueltos en el agetreo comercial, distintivo de una colonia que sólo se mira como fuente de producción, hollando la dorada basura de los valores mercantiles, ejecutorias las más nobles y títulos los más augustos, según el espíritu de la avaricia moderna, pasaban la vida sin sospechar casi la existencia de otro mundo más excelso y magnífico, más puro y sano que el mundo de los negocios que enriquecen; sin aspirar casi nunca el vivífico aroma de la belleza que fluye del arte.

Por otra parte, la dirección intelectual que de mucho tiempo acá predomina en Cuba, la duda cartesiana, el escepticismo francés, y hoy el positivismo recalcitrante, acogido primero como moda y profesado muy luego como sistema de verdades inconcusas; el positivismo, pregonado é impuesto con toda la solemnidad y aparato con que puede anunciar una iglesia su dogma, invadiendo todas las conciencias, aún aquellas que ni pueden explicarlo, ni siquiera se dan cuenta de su esclavitud, y llegando hasta la misma médula de nuestro cuerpo social, ha enervado en gran manera el sentido moral de nuestro pueblo, cerrando todos los caminos á la belleza de la idea, y abriendo zanjas muy profundas á los incentivos del arte, que allí soterrados, en el légamo de las exigencias sociales, se pierden infecundos, en vez de ser elevados por los surtidores de la esperanza á las regiones de la gloria, para que desde la altura refrigeren la seca garganta de la plutocracia y apaguen la ardorosa fiebre de oro que quema á las muchedumbres.

Y cuando todo esto se acepta sin violencia, cuando nadie se atreve á protestar del inconsciente general sentir, ¿qué estímulos pueden mover al arte? Cuando se han destruido todos los ideales ¿por dónde correrá la inspiración que no encuentre obs-

táculos? ¿hácia dónde volará el sentimiento que no oiga el sempiterno *ritornello* de la sibila positivista inundando el alma de frío y de amargura:

En este mundo traidor,
nada es verdad ni mentira;
todo es según el color
del cristal conque se mira?....

Y como el cristal es color de oro, de oro es la belleza que se busca y el ideal que se persigue y la plaza que se asedia y la cumbre que se escala; por el oro se vive y para alcanzar oro se trabaja!

Y así se educa á la juventud, porque se quiere sacar á toda costa *hombres de provecho*, y los hombres de provecho son los que saben aportar al tesoro de la familia una buena cantidad mensual de *monedas*, no importa por qué medios, ni con qué procedimientos adquirida.

El cálculo es nuestro dios, y donde él mora despótico, la imaginación se obscurece, la inspiración se atrofia.

II

Si el señor Tejera hubiese pensado en cuanto queda expuesto en el artículo anterior, ó por lo menos en algo de ello, de seguro que no se atreviera á escribir que la imaginación cubana palidece si se

la compara con la de las razas del Norte. Indudablemente el poeta es víctima de un estado pasional que le cierra el paso para llegar al solio de la crítica: el entusiasmo que siente por el padre de la Ifigenia alemana y la filiación que liga su temperamento de artista con el psicologismo satírico de Enrique Heine, siquiera de la ruda ironía del autor del *Intermezzo lírico* no recoja el peeta cubano más que rápidos fulgores, han constreñido por tan grave modo la libertad de sus juicios, que para él, por lo que se vé, no hay imaginación más luminosa y privilegiada que la imaginación alemana. ¿Por qué? No nos lo dice el escritor: en todo el período de su conferencia relativo al asunto no hay más que afirmaciones y negaciones, sin pruebas las primeras, sin fundamento las segundas.

Y bien merecía la pena de que se hubiesen razonado, porque unas y otras no pueden ser más peregrinas: el sol del trópico palideciendo ante las nieblas del centro de Europa, la claridad de nuestro cielo vencida por las brumas del Septentrión! A esto equivale la doctrina del señor Tejera. Sin embargo; la humanidad seguirá creyendo, y la ciencia definiendo, y la observación comprobando que la luz colora, que el calor vivifica y enardece, que la riente naturaleza del Mediodía puebla el entendimiento de imágenes pri-

morosas y felices ensueños, como puebla la tierra de flores y matices, que la luz jamás fué causa de la anemia, y que la clorosis sólo reina y se propaga en los dominios de la obscuridad y en las húmedas lobregueces de las tinieblas.

Cierto que carecemos de mitos y de tradiciones, y que la imaginación cubana no ha sabido poblar de fantasmas nuestros bosques ni de leyendas nuestra historia; pero eso no nos dá derecho á suponerla mezquina, ó inferior á la que ha producido la riquísima literatura legendaria de Alemania, ni mucho menos á negarle á aquélla potencialidad para construir la suya. Causas hay, y muy claras y poderosas, que explican la falta que el señor Tejera atribuye á deficiencias de la imaginación cubana y que no son sino resultado de la historia, condiciones ineluctables de la biología social.

En aquellas felices edades, felices sí, á pesar de la civilización rudimentaria é imcompleta que las envuelve; en aquellos tiempos dichosos, bañados por el candor de la infancia, empapados en la tierna idealidad de los primeros vagidos con que la vida emprende su carrera, cuando del alma brotan suspiros de ingenuidad encantadora, y en el corazón anida la pureza, y en la mente germinan las pristinas ideas del bien y del mal, la serena fantasía hu-

mana, necesitada de personificar en objetos materiales esas supremas nociones del orden moral, verdaderos polos de nuestra existencia, fabrica á su antojo los tipos representativos de que ha menester su incipiente metafísica y los exorna con todos los atributos que á su inocente comprensión arranca el estudio fugacísimo de las relaciones ontológicas, de las fuerzas del cósmos y de las potencias anímicas. Obras de la intuición, las leyendas heróicas, las fábulas maravillosas, así como las primitivas teogonías, la síntesis las preside, la harmonía las compone y la infancia graba en ellas su sello de inocencia, haciéndolas intérpretes y símbolos á la vez de sus terrores y de sus gracias, de su blancura y de su debilidad.

Entonces se abren las aguas para dar paso á los monstruos que brotan de su obscuro fondo, se desgajan las rocas al peso de trasgos espantables, hijos de sus calcáreas concreciones, silban los vientos palabras de amenaza, la tierra pare gigantes, la luz vomita engendros, los bosques devuelven los ecos de sus fantasmas, y las florestas, las riberas y los lagos recojen las melodías sobrehumanas de ninfas y sirenas que tañen cítaras divinas y cantan poemas de amor.

Entonces Dios se comunica con el hombre, el hombre habla con Dios, la natura-

leza es el hilo que trasmite y el verbo que pronuncia, y cada fuerza suya es un oráculo que profetiza el destino, cada sér un mago que interpreta la voluntad soberana y la anuncia en misteriosas cifras y cabalísticos augurios.

Sigue la humanidad describiendo la fúlgida trayectoria del progreso, sigue en su marcha avanzando, y nuevas ideas religiosas alumbran su mente, nuevos cauces de poesía halla el sentimiento; pero el fondo de aquellas creaciones descomunales persiste en su alma, adolescente ahora, como más tarde viril, y sobre él, sobre sus emanaciones, levanta la imaginación creadora los símbolos de la nueva edad, sin destruir los primitivos, antes bien, modificándolos en harmonía con las tendencias que mueven el espíritu humano y haciéndoles convivir al lado de los jóvenes frutos de su generatriz virtualidad. El miedo, predominante en la pasada época, irá cediendo su plaza al amor que aletea juguetón y alegre sobre la faz de la tierra.

Al lado del dogma impenetrable se alzará la superstición misteriosa de la juventud, nueva forma del antiguo candor, y surgirán fábulas, leyendas y héroes de otro género no menos poético, nuevos tipos del esencial simbolismo que aguijonea á la humanidad.

Después vienen los filósofos que teori-

zan, los publicistas que escriben revoluciones, los pensadores que dirigen, la teología *civil* y la mitología política; el ansia de reforma se apodera con seguro dominio de la inteligencia, el pueblo ya no sueña, perora y gobierna, y desde el Capitolio de sus derechos dicta leyes y fulmina sentencias. Pero como la verdadera cultura no demuele el pasado ni trucida los organismos pretéritos, sobrenadando en el revuelto mar de los escepticismos asesinos, reaparecen los mitos legendarios en cuyo génesis tantos siglos trabajaron, y aunque ya no se teme su imaginario poder, ni se dá crédito á sus caprichosos veredictos, los poetas y los artistas los siguen propagando en geniales alardes que los hacen perdurables y eternos. La civilización corre por un lecho de granito, y á la manera como las aguas fluviales pasan bañando pedregosos cauces sin raer el moho verdinegro que sedimenta la contínua humedad, antes bien, sobre él acumulando los gérmenes que manan del incesante discurrir, así en la historia del hombre, el progreso se desliza fatalmente por los anchos canales de la tradición.

Así se explica por qué hoy mismo se saborean con delicia añejas fábulas y seculares leyendas, traducidas al lenguaje de la poesía erudita, que, para ser digna expresión de aquellas tiernas añoranzas, cui-

da bien de ceñirse los níveos cendales de la pureza, apropiándose toda la augusta sencillez, todos los suaves hechizos de la rancia conseja ó de la vetusta fábula. Hoffmann y Fernán Caballero no deben á otros méritos su popularidad.

Visite el indolente bardo las selvas de Germania, los montes de Escandinavia, las costas de Noruega, los valles de Helvecia y las aldeas de la bella Erín; interrogue á la historia, y verá como todas las creaciones de la fantasia popular aparecen magnificadas por la aureola de una antigüedad muchas veces centenaria. Casi ninguna se ha forjado después del siglo XVII.

¿A quién puede sorprender, por tanto, que la joven Cuba, nacida á la luz de la civilización en edad todavía cercana á nuestro tiempo, cuando el espíritu de la Reforma y la disciplina del libre exámen habían escalado ya el trono del pensamiento; crecida y desarrollada en una atmósfera intelectual bien poco propicia á las vuelos de la imaginación, y que cada vez ha ido acentuando con más vigor sus odios iconoclastas y su enemiga al orden sobrenatural, no haya formado todavía su literatura fantástica? ¿A quién puede sorprender, repito, que no haya ninfas en nuestra manigua, xanas en nuestros ríos y nereidas en nuestros mares?

La poesía mitológica necesita, no un poder imaginativo de extraordinaria fecundidad, como parece exigir el criterio del señor Tejera, pues los pueblos del Norte y del centro de Europa, que son los menos soñadores y vehementes, tienen abundante colección de monstruos, héroes y vestiglos, sino fé y candor en las almas para crearla, y tiempo, mucho tiempo, para conservarla y enriquecerla.

De ninguna de esas dos condiciones ha podido disponer la imaginación cubana. Apenas hemos vivido cuatro siglos, y los siglos son días en la historia de la humanidad. La gente de nuestros campos fué siempre avisada y cautelosa, como hija al fin de la edad moderna, y nuestro pueblo aprendió pronto á reir con la ironía volteriana.

La leyenda india, que Fornaris pretendió resucitar, yace yerta y muda en el panteón de aquella raza, que desapareció de nuestro suelo á los duros golpes de la conquista, rompiendo con su muerte la continuidad de la población cubana.

Por eso fracasó su intento: porque nosotros no hemos tenido ni tenemos de sucesores de aquella raza más que el dominio útil de la tierra que pisamos. Con un espíritu diverso, sin tradiciones comunes, separados profundamente por la historia, sin que de su sangre se haya transfundido ni

una sola gota á nuestras venas, sin más nexo de simpatía que el meramente humano que provoca la muerte de un pueblo que cae exterminado por el sable del conquistador, ¿qué calor de vida ni qué alientos de resurrección podíamos infundir al cadáver de la poesía india?

Pero el solo hecho de que los indios tuvieran poesía legendaria es una prueba irrebatible de la capacidad de las *razas cubanas* para crearla. A no existir las causas apuntadas, á haber nacido nuestro pueblo en época más distante del movimiento filosófico moderno, es indudable que hubiera tambien labrado la suya, esplendente y rica como su genio.

III

No es cierto que "en la semi-obscuridad septentrional, la creación fantástica ó imágen—sueño dela vigilia—se produce mejor y es más brillante y persistente que entre la intensa claridad meridional, en la cual se ahogan las tintas dulces y los contornos vagos". Afirmarlo vale tanto como negar en redondo facultades imaginativas á los pueblos del Mediodía.

La imaginación reproduce lo que el mundo exterior le transmite por los órganos de los sentidos, y sus creaciones van grabadas siempre con el sello imborrable de la na-

turaleza que la despierta é inspira. Como en la poesía reflexiva, como en la literatura erudita ofrecemos los cubanos rasgos diferenciales y característicos, así los hubiéramos presentado en esa otra esfera de la imaginación, y la poesía mitológica hubiera surgido aquí áurea, fulgente y voluptuosa, como la luz que llueve del cielo tropical y el mar reverbera en sus ondulaciones tranquilas, como el aroma embriagador de la flora cubana y la jugosa sacarina de nuestras mieles vegetales.

El diablo alemán, cejijunto y carbonizado, más que brillante, vaga entre las sombras de montañas gigantescas, que parecen levantadas por esfuerzo de titanes para guarida de alimañas monstruosas. La ninfa erinea es nívea y sutilísima, delicada como un suspiro, tibia y pudorosa como las claridades boreales; en sus ojos centellean las pálidas tintas de la corona de Ariadna, y su cuerpo boga en un océano de humedad. La náyade del Eurofas es ligera y traviesa, graciosa y elegante; su voz alegra los aires y sus canturias melodiosas animan los bosquecillos nombríos de la clásica península; y así bajo los sauces del Imbroso, como en la cima de Eubea, como en la Acrópolis ateniense, frente al Himeto y cerca del Pentelio, entre las ébrias bacantes de Efeso, como entre las graves sacerdotisas de Eleusis, el genio

griego esculpió en sus mitos y dioses, en sus oceánidas y suplicantes los tipos imperecederos de la madre naturaleza.

A la nuestra hubiera dado la fantasía popular signos maravillosos, representando en cada uno de ellos las fuerzas primordiales del cosmos, que tan robusta intensidad alcanzan en estos espacios; y en los montes rugieran engendros formidables, llevando en sus ojos volcanes y en sus vestiduras el fuego tropical, despidiendo tórridos alientos de su inflamada boca; y en mares y ríos, ensenadas y bosques, flotaran purpurinas deidades, envueltas en gasas bien olientes, el ébano brillando en sus cabellos, sus ojos esparciendo lascivas llamaradas, su figura orlada de polícromos matices, brindando amores sus endechas, y besos, muchos besos, sus labios abrasados.

Y en el fondo de estas creaciones hubiera palpitado inextinta la idea madre que brilla en nuestra naturaleza y enciende nuestra imaginación: la luz, la luz que deificó el Adonaí de los egipcios, ceñido por el sol, vestido de fuego, nadando inmóvil en los resplandores del éter.

El mudo espejo del rutilante Hélios, la esposa petrificada y sombría de nuestro planeta, la luz que alumbra á los muertos, según la creencia vasca, la Hécate voluptuosa y traidoramente apacible que adormece las aguas, encona las heridas y que-

ma los brotes de los árboles despertados por anticipada primavera; el astro de argénteos reflejos que evocó en el alma cansada de Fausto el amor á la eterna poesía de la naturaleza y penetró en la mente de Bryon, haciéndola estallar en harmoniosa cascada de laudes y aclamaciones que, chocando suavemente con las ondas arreboladas de los canales venecianos, se elevaban, como en alas de querube, tejiendo en su camino guirnaldas de rosáceas perlas y formulando melodiosos himnos, á las alturas ignotas donde los ángeles liban el divino perfume del *lirio de los valles;* la luna, en fin, tierna confidente de amores, diosa de la noche, que anima la soledad de los apriscos y se sienta bajo áureos doseles en los templos á su culto erigidos por las artes del clasicismo, ¡cuántas creaciones no hubiera inspirado á la imaginación cubana, que no puede, no, verla indiferente cernir sus rayos tristes por el ramaje de la selva umbrosa, plateando el verdor de nuestra vegetación incomparable, lamiendo las piedras de los ríos y las arenas de las playas y anegando el alma en la dulcedumbre de su melancolía!

Como en los poemas cíclicos, como en las teogonías de Hesiodo y en las metamórfosis de Ovidio, la luna hubiera jugado papel muy señalado en nuestra literatura fantástica, en la misma medida que lo

desempeña en nuestra poesía amatoria y descriptiva.

Y si bien se mira, no faltan en Cuba gérmenes de poesía fabulosa y legendaria, que sólo esperan una mano cuidadosa que los riegue y la acción del tiempo que los haga fructificar. Suba el vate á los picachos de Sierra Maestra, pasée por las márgenes del Cauto, deténgase en las eminencias de Tuabaquey y en las vertientes del Escambray, y tal vez tropiece con duendes y fantasmas sólo por los comarcanos pueblos conocidos. A mí me consta que en los riscos afilados de Cubanacán, en las crestas de Peñablanca, moran brujas terroríficas, espanto de los campesinos que habitan en los alrededores de sus covachas.

En la historia de Cuba no escasean, por cierto, motivos y asuntos fecundos para la leyenda heróica. Búsquense con cuidado, y estoy seguro que se encontrarán á centenares. Pues qué, dos cruentas guerras briosamente sostenidas por la independencia, no habían de contener abundantes viveros de poemas y figuras legendarias? ¿Nada valen para este género de poesía tantos rasgos y hazañas, martirios y heroismos, victorias y sacrificios, inmolaciones y crueldades en esos períodos de lucha realizados? ¿Nada significan tantos y tantos combates entre el amor á la patria y los afectos íntimos del hogar, el culto á la

madre solícita, el amparo á la familia desvalida, el cariño á la esposa fidelísima, la veneración al padre nacido en ibéricas tierras? ¿Nada representan los choques dolorosos entre esos afectos hondos y los no menos profundos sentimientos patrióticos que lanzaron á la guerra miriadas de esforzados cubanos? ¿Por qué los episodios y las anécdotas de hoy no han de poder ser mañana leyendas y poemas? Se derrama tanta sangre, se sacrifican tantas vidas, rencores y odios inflaman con tanta bravura los pechos de los hombres, para que la imaginación quede inactiva, sin atreverse á idealizar la realidad esplendorosa?

Por lo que respecta á las tradiciones religiosas, muchas hay encerradas en los conventos y monasterios del Camagüey, y alguna que otra vaga débil y mortecina por aquellas llanuras centrales, emporio en otro tiempo de la religiosidad cubana. Yo recuerdo una muy bella que oí en mi niñez ¡ay! ya lejana, sentado en el regazo de mi santa abuela, y que el numen de la Avellaneda ha archivado en los labrados anaqueles de su poesía. ¡Cuántas no vivirán olvidadas bajo el polvo ferruginoso de las montañas del Cobre, bajo aquellas capas metálicas, al pié de aquel santuario que la piedad cubana levantó en días de fé y amor en prueba de filial devoción á la más bendita de las mujeres, á la más au-

gusta de las madres! ¡Cuántas al asomar su tallo, al despuntar sus tiernos brotecillos y sentir las frias oleadas del materialismo, no habrán muerto ateridas, al modo como las tempranas flores del almendro, en los climas templados, palidecen y mueren bajo el hielo de primaverales escarchas!

Lo que sucede es que falta ambiente propicio, y esos que se entretienen en comparaciones extravagantes, poniendo á Cuba al lado de otros pueblos que cuentan su vida por siglos, como nosotros la contamos por años; esos que, movidos por incurable megalomanía, parecen exclamar con Tertuliano: "somos de ayer y ya llenamos el mundo", no caen en la cuenta de que mirada nuestra patria á través de ese prisma, la exponen á parecer lo que no es: un niño con todas las decadencias de un viejo, una sociedad maldita sin ninguna de las gracias de la pubertad y con todas las degeneraciones de la senectud.

IV

Continúa el señor Tejera sentando negaciones tan absolutas que, como habrá podido observarse, su conferencia que él quiso, sin duda, fuera discreto elogio de las aptitudes cubanas, resulta en muchos

aspectos verdadero timbre de falsa incapacidad que urge borrar de nuestro escudo.

Léase lo que dice de la pintura: "......la nuestra, si acaso ha nacido, está en mantillas, y no sé por qué me figuro ¡ojalá me equivoque! que nunca hemos de tener un gran pintor."

Si yo tuviera autoridad para dar consejos, que no la tengo, me permitiría indicar al señor Tejera la conveniencia de meditar mucho antes de escribir, de someter á un maduro exámen los términos de cualquiera cuestión antes de dictar el fallo, y lo prudente que es no figurarse nada, no suponer nada sin saber el por qué, pues siendo cierto que, hoy por hoy, no tenemos pintores dignos de hombrearse con los europeos, no lo es, en ningún sentido, que los cubanos carezcamos de aptitudes para el cultivo del arte que inmortalizó á los Vincis, Correggios y Murillos. Al contrario, las poseemos en alto grado, como todos los pueblos meridionales.

Que éstos han sido siempre los más favorecidos por la naturaleza para el cultivo de ese bello arte, y que en ellos la pintura ha tenido más numerosos y escojidos intérpretes, se prueba fácilmente con sólo consultar la historia.

¡Cuántos pintores celebérrimos no evoca el solo recuerdo de Italia, el templo del arte de los colores, en donde casi no hay

un pueblo que no haya regalado un nombre á la historia del pincel! Allí, en aquel país que ha labrado trono á los dos poderes más altos y más universales que han pesado sobre la tierra, el poder de los césares romanos y el de los papas católicos; en aquella península bañada por las aguas venerables del mar que respetó la fortuna del conquistador de las Galias y conoció á los héroes de la *Odisea;* arrullada por la música de sus ondas misteriosas que mezclan en admirable concierto ecos de trompa homérica, sones de cítara de pescador y acordes de harpa pindárica; allí nacieron los genios más esclarecidos de la pintura, los que supieron retratar con insuperable maestría la luz del sol meridional y las ópticas orquestas de su cielo límpido y sereno. Allí se asienta la antigua Parthénope, la bella esmeralda del Adriático, la miranda más vistosa del Mediterráneo, circundada por agrestes comarcas en donde crecen el haya y el roble virgilianos, la zarza y el cantueso de los valles, el espliego y el tomillo de las colinas, y se oyen flautas melodiosas; por donde pace la cabra que roe los arbustos y los pámpanos nacidos al borde del torrente, corre la vaca de rubia piel seguida de limpios becerrillos y la oveja de blancos vellones que vaga con sus recentales por el verde aterciopelado de la campiña; llena el aire con sus queji-

dos la viuda tórtola, y la nítida paloma canta sus amores desde la copa de los olmos; se eleva la cabaña alegre y hospitalaria en la cumbre de los riscos, y ejércitos zumbadores de laboriosas abejas fabrican la miel que endulza los refrigerios y la cera que arde en los santuarios. Allí están los lagos que paseó Eneas, las fraguas del Vesubio y los campos abrasados por sus lavas; allí se levanta la tumba del Mantuano, el anfiteatro de Pozzuoli, y el laurel del Pausílipo donde mora el ruiseñor; allí los jardines y los olivares, las florestas y las nieves, las higueras y los mirtos, los apriscos y majadas por un lado, por otro los mástiles, las vergas y las espumas de plata, cerca de las ruinas y los escombros de cien ciudades, cuyos sepulcros festonean los viñedos de donde se extrae el *lácryma Christi*, ofrecen contrastes portentosos y convidan á la imaginación á apoderarse de sus bellezas inspiradoras.

En Nápoles nacieron Caravaggio, especie de *Ante Cristo ó Ante Miguel Angel* en el mundo de las artes, según lo apellida Carducho en sus amenos *Diálogos*; Stefani, Solario y los dos Doncelli. Parma tiene por luminar esplendente al genio del colorido, al suavísimo Allegri, que logró pintar "el color en la luz, la luz sobre la luz, las medias tintas de la penumbra," y por hijos gloriosos á Zampieri, el pintor de

los cielos; Reni, el pintor de la *Aurora*, y Lanfranco, el autor de las *Exequias de César*. Umbría dió cuna al Peruggino y á Sanzzio, Padua á Mantegna, Florencia á Rafael y á Giotto, Venecia á Vecelli, el pintor de la juventud, y á Tiziano, el incomparable manejador de los colores *sordos;* y la ciudad imperial que riega el Tíber, donde los césares tuvieron su trono y los pontífices tienen su cátedra, al estro fogoso é inharmónico de Julio Romano.

Después de Italia, España, y de España la región andaluza y las costas levantinas. Entre las bellezas de la huerta valenciana, entre los variados matices que brillan en la púrpura de los granados, el blanco tono de las flores del naranjo que se destaca en medio del fondo obscuro con que manchan el espacio la encina y el pino, las risueñas barracas coronadas por rústicas cruces de madera y orladas de verde follage, los reflejos del sol en los cristales de los ríos y en el zafir de la Albufera, la plateada estela de la barca pescadora en el mar reluciente y los surcos abiertos por mil arados en la fecunda tierra; allí vieron la luz el insigne Juanes, que hizo de su caballete un altar y de su taller un oratorio; Sanchez Coello, el maestro de Pantoja; Ribalta, que mereció le fuese aplicado el *pictorem me fecit amor* que Lampsonius escribió al pié de la efigie del más célebre

de los artistas flamencos; Espinós, el intérprete de las gracias de Flora, y Ribera, el autor de *La muerte de Séneca*, discípulo de Amerighi y Allegri y pintor de mártires, verdugos y penitentes, que dominó como pocos la dramática del pincel y retrató como nadie las arrugas de la vejez y los estragos de la muerte.

Granada vió nacer á Alonso Cano junto al *Suspiro del moro*, cerca de los primorosos alicatados y esbeltos minaretes de la Alhambra, y en medio de una naturaleza variadísima que sabe amalgamar en poético maridaje la nieve del Septentrión y los vergeles del Mediodía, las brumas del invierno y las risueñas alboradas andaluzas, el áloe y el álamo, la adelfa que cubre los peñascos y los bosques de cactus y cipreces que sombrean las auríferas márgenes del Darro. Y los blandos céfiros sevillanos, impregnados de un extraño aroma de voluptuosidad y misticismo orientales que mana de la floresta pomposa, gala de su campiña, y de los templos monumentales que el manso Guadalquivir refleja con sus cúpulas y torres al lado de las velas y gallardetes de los buques, mecieron las cunas del divino Bartolomé, cuyos pinceles parecen haber robado al cielo sus matices más delicados y á la castidad sus tintas más vaporosas para los retratos de la *Inmaculada;* del ascético Zurbarán, del inspirado

Roela y del sublime Velázquez, pintor del aire (1) y póstumo vidente de la agonía de Jesús.

De España son también el gran humorista Goya, el ardoroso Claudio Coello y los modernos Casado del Alisal, Fortuny, Madrazo, Rosales, autor del *Testamento de Isabel la Católica*, el brillante Ferrant, Moreno Carbonero y Sorolla, inimitable en sus figuras al sol, y el sobrio, justo y técnico Pradilla, maestro perfectísimo en la pintura de la historia. (2)

Al lado de España, Francia con sus artistas cortesanos, originales y correctos, amantes de la mesura y enamorados de la claridad y el orden: Le Sueur, fluido y rico; Pousin, grave, pensador y tan sencillo como augusto; Claudio de Lorrain, el pintor de la luz caliente y dorada que brilla en los países del Mediodía; Lebrun, orientalista del pincel, que ha reproducido la entrada de Alejandro en Babilonia; Watteau, el gracioso paisajista, Paul de la Rosse, que ha derrochado su genio en el hemiciclo de la Escuela de Bellas Artes de París, y Meissonier, Cabanel, Bonheur, Detaille, Durant y Bonnat, de fama universal y acatado predominio.

---

(1) En sus *Meninas*.

(2) De tal lo acreditan la *Rendición de Granada* y *Doña Juana la loca*.

Después de éstos ¿qué nombres registra la historia de la pintura?.... ¡Ah! sí: allá en las brumas de la helada Albión, quedan los representantes del genio analítico y observador, los Reynolds, Hogart y Lawrence, pintando con fría elegancia nieblas grises y negros vapores, escenas de *boarding house*, asuntos industriales y afectaciones de salón. Y en el centro de Europa, en Alemania y en Holanda, los cultivadores de un arte torpe y exageradamente escrupuloso —arte de razón,— seco en el colorido, severo y conciso en demasía, y sólo como excepciones del espíritu flamenco, tranquilo y práctico, lleno de grosero realismo, sin imaginación dramática ni poesía fuera del hogar, que el humo de las pipas ennegrece y las emanaciones de la cerveza digerida odorizan, el alegre pincel de Theniers, pintando la risa en sus joviales *Kermesses;* Van-Dick, admirable en el retrato, y Rembrand, dueño de los grandes contrastes de luz y sombra.

Tan cierto es que las razas meridionales están dotadas de singulares aptitudes para la pintura, que Alberto Durero, aún después de haber educado su imaginación en el gusto italiano, no pudiendo vencer su temperamento sombrío de alemán, se complace en asuntos extraños y poco nobles, llegando hasta los detalles más nimios y pueriles para obtener de ellos efectos des-

ordenados de grandeza pictórica, y en sus obras *El caballero y la muerte* y *Pasión de Cristo* (1) se burla de la harmonía, y si en la técnica se revela un gran maestro, en la ejecución se conduce como un detallista vulgar. Holbein, que sintió más viva la influencia italiana, logró adquirir más sinceridad y delicadeza, pero no pudo evitar que su pincel funerario delatase la lúgubre ironía germana (2), y Rubens se hizo colorista porque se saturó de la poesía romancesca de las góndolas venecianas, y debió su fecundidad prodigiosa, que le permitió producir más de dos mil cuadros de factura tan sencilla y sábia como fácil y audaz, á su residencia de ocho años en la ciudad de los Dux.

No se niegue, pues, á los cubanos capacidad para la pintura, que por leyes de herencia y condiciones del medio, necesariamente hemos de poseerla. No se diga que en Cuba no puede haber pintores, mientras en nuestro cielo sigan brillando iris deslumbrantes, y en nuestra flora matices multicolores; mientras haya auroras, zenit,

(1) Y en otras como *Melancolía*, el *Apocalipsis*, etc.

(2) Su *Cristo muerto*, los dibujos para *El elogio de la locura de Erasmo*, el *Alfabeto* y los *Simulacros de la muerte* dan clara idea de su inspiracion necrológica.

ocasos y paisajes tan vivos y poéticos como los que tiñen los espacios tropicales.

V

Se ha dicho con verdad que la arquitectura es el arte oriental, la escultura el arte pagano y la pintura el arte cristiano.

Pudo el Oriente, abrumado por la pesadumbre de su grosero panteismo, reflejar su inmovilidad y su culto á la naturaleza material en templos informes, en construcciones gigantescas, en artificiales conglomerados, imágenes acabadas de su espíritu inharmónico, verdaderas montañas de piedra en donde la idea y la forma, el pensamiento y el símbolo se confunden en monstruoso maridaje, como el alma del hombre primitivo se pierde asombrada y débil en la inmensidad de la creación. Pudo la civilización clásica harmonizar esos dos elementos, toscamente superpuestos en desconcertada fusión por el arte oriental, animando la piedra en la escultura, y grabando con cinceles inmortales el brillo de la idea en la frente de la estatua. Pudo tambien el mundo greco-romano servirse del sonido, del ritmo y la cadencia, hacer de la lira un trofeo y de Apolo un símbolo, y cantar sus batallas, poner en música sus leyes, ceñir el laurel sus guerreros y el sésamo sus doncellas á las dulces notas de

la cítara, saludar las estaciones con melodías, entonar himnos litúrgicos á los solsticios y alegrar con los cánticos de sus vírgenes y bacantes los trabajos de la siega en el estío ardoroso y las labores de la vendimia en el otoño plácido.

Mas ni Oriente, postrado con reverencia idolátrica ante las fuerzas de la materia, ni Grecia divinizando al hombre, ni Roma con su espíritu de combinación y síntesis, lograron dar forma plástica á la idea, coloración al pensamiento, vida, alma y movimiento al lienzo.

Las pinturas murales de Tymantos é Isígonos, en Pompeya, y las noticias que la historia conserva acerca de las obras de Polignoto, Seuxis, Apolodoro, Pánfilo de Sicione y su discípulo Apeles de Colofón, así como los mosáicos romanos, no permiten atribuir á la pintura del clasicismo otro mérito que el de una copia en colores de la escultura; pero, como ésta, fría, inanimada y muerta, revestida de olímpica quietud, y aún limitada á la expresión artística de la naturaleza orgánica.

Todavía hoy continúan los egipcios encerrados en su impenitente simbolismo, escribiendo geroglíficos y pintando esfinges, que es para ellos el dios Término del arte; los árabes sólo cultivan la pintura ornamental porque su código religioso les prohibe copiar la figura humana; los chinos y

japoneses, superiores á los primeros en el dibujo, condenan sus pinceles, sin excluir el del mismo Hokusai, al retrato de minucias y detalles, aguijoneados por pueriles afanes de fotografía microscópica que ha inspirado una frase ya proverbial entre los aficionados á la miniatura.

Y es que en Oriente, como en la antigüedad clásica, vive el hombre apegado con entrañable amor á la tierra; la imaginación no tiene alas para levantarse más allá de las fronteras del mundo físico; se diviniza el sol, la luna, los astros, los elementos, el hombre, las ideas, pero no se conoce á Dios; se le busca y no se le encuentra; se le adora y no se le siente; se palpa su necesidad, pero no se conquista su amor. Cuando esta noción se aclara, cuando á Europa llega la luz que irradia en la cima del Gólgota, el espíritu humano, tranquilo ya en la posesión de esa idea por la que había suspirado luengos siglos, cobra nuevos bríos para escalar las alturas de lo infinito, columbra con su vista regiones inexploradas y mundos desconocidos, penetra en el antes invisible secreto de sus destinos, el entendimiento reposa en el seno de una nueva ciencia, la voluntad se mueve alentada por más nobles influjos, y el sentimiento sacude el polvo de la tierra y se alza victorioso á los cielos.

Nace entonces el arte cristiano, "el del

amor infinito, el de la tristeza inextinguible, el de las eternas aspiraciones", y como la pintura necesita, más que ningún arte plástico, elevación en el sentimiento para ser grandiosa, magnificencia en la idea para ser fecunda, "el alma en todas sus manifestaciones —como decía Castelar,— el alma en sus éxtasis, en sus arrobamientos místicos, en sus penas, en sus infinitas esperanzas, el alma cristiana, tan varia, tan luminosa, será mejor expresada por las obras de la pintura".

Empieza entonces este arte á desligarse de la materia que antes lo aprisionaba y envilecía, y tras los pintores anónimos de la Roma católica, que distribuian su inspiración entre los asuntos bíblicos y la mitología pagana (1), aparece la pintura de Bizancio, casi exclusivamente monástica y con gran aplicación decorativa. La Iglesia, por su parte, auxilia y protege el desarrollo de la cultura artística, hasta el punto de convertir muchos de suc monasterios en verdaderas escuelas de bellas artes (Saint Savin, Angers, Cluny, Worms, Chartres, Cister, Bourges, Mans y Moissac), y á la sombra del claustro florecen artistas de tanta nombradía como el monge

(1) El Buen Pastor y el Cordero, Orfeo y la lira, la Orante y el pez, la paloma, Noé, Jonás, los Profetas, el Paraiso y Moisés.

Teófilo, autor de la *Schédula diversarum artium*, y aquellos pacientísimos calígrafos, cuyos manuscritos se conservan hoy como las joyas más estimadas de la escritura polícroma. La arquitectura se aprovecha tambien de la policromía para decorar las magestuosas catedrales, y en molduras, vidrieras, frisos y capiteles, la inspiración, iluminada por la fé, combina los colores con una harmonía, una delicadeza y un gusto que ya los quisieran para sí nuestros modernos reformadores.

Y cuando los pintores, dominados por el afán de la extensión, parece que no encuentran espacios bastantes para vaciar en ellos las bellezas de su numen y el gótico se descompone y adultera, casi al mismo tiempo que resurge el estilo clásico, el arte, dignificado por el cristianismo, recibe sin prevención la nueva influencia, y la hermosa Italia le depara un Giotto que, rompiendo con el gusto de su época, inicia el renacimiento greco-romano, y su ejemplo imitado por Orcagna, Fra Filipo y Fra Angélico llega hasta Masaccio que había de hallar en Rafael el apóstol de la escuela fiorentina, así como en Vinci y Buonarotti sus propagandistas y mantenedores.

El cristianismo y el clasicismo se funden en perdurable abrazo, y de esta brillante harmonía fluyen maravillas tan excelsas como la *Disputa del Santo Sacra-*

mento y la *Escuela de Atenas*, apoteósis de la religión y la filosofía; *Apolo en el Parnaso*, rodeado de musas y poetas; *Justiniano*, recibiendo la Instituta; *Gregorio IX y las Decretales*, que, para asombro de la humanidad, guarda el Vaticano en sus espléndidos museos. El pincel de Miguel Angel escribe el Génesis en la bóveda de la Capilla Sixtina, y sobre la pared del fondo su horriblemente bello *Juicio final;* Vinci adorna con su famosa *Cena* el templo de Santa Maria de las Gracias, de Milán, y Correggio, Lorenzetti, Duccio, el Peruggino, Mantegna y cien más consagran su inspiración á los asuntos religiosos, y graban en colores la hermosa epopeya del cristianismo.

No diré yo que fuera de esta religión no pueda vivir la pintura —¡cuidado! no quiero que se lleve tan lejos mi doctrina;— pero sí que de la poesía católica, tan rica en supernaturalismo, brotan á millares los asuntos que pueden mover con más éxito el pincel, brindándole tintas las más espirituales, inspiraciones las más augustas para abastecer la fantasía y dar desahogo al sentimiento; y que las ideas de sacrificio, martirio, abnegación, esperanza, amor y gloria, que esa religión pregona como cánones de vida y máximas de conducta, son las más apropósito para infundir alientos de perseverancia al artista en sus terribles

luchas con el vulgo necio, su eterno enemigo, y la ilustración ramplona, su amiga peligrosa.

La imaginación cubana no ha podido nutrirse de la belleza de esos asuntos, ni nuestros pintores combatir alentados por esas ideas, porque nuestro pueblo, más sabio, más inteligente y más avisado que todos los pueblos de la tierra "ha rechazado con un encogimiento de hombros" la doctrina del Cristianismo, y—al decir del señor Tejera—"la Iglesia no ha podido hacernos aceptar sus dogmas confusos é inútiles, sus milagros absurdos ni sus supersticiones pueriles", creencias y sentimientos dignos no más, á lo que parece, que de niños inocentes, viejas gruñonas y timoratos *calambucos*.

VI

La pintura, tal vez más que las otras bellas artes, requiere, aparte las condiciones personales de imaginación y sentimiento, una sólida y bien dirigida educación de esas facultades, sin la que, las más apreciadas aptitudes concedidas por la naturaleza se pierden en estériles esfuerzos, ó se gastan torpemente en obras descabelladas é inharmónicas, muy distantes de las verdaderas obras de arte.

El poeta, el orador, el músico, el artista,

en una palabra, necesitan cualidades naturales que la instrucción más vasta no podrá nunca otorgarles; pero con ellas solamente no se adquiere el secreto de producir belleza: hay que cultivarlas, hay que enriquecer la inteligencia, depurar el gusto, dirigir el sentimiento y enardecer la voluntad, para que todas las facultades y potencias del alma sirvan adecuadamente á los supremos fines del arte.

Tal es la obra de la educación, que, como queda indicado, no ha de limitarse á la técnica especial del arte, cuya posesión sólo puede hacer artesanos, nunca artistas; sino que debe abrazar todo el espíritu, cuidando de inculcar ideas al mismo tiempo que se graben reglas, que si estas son necesarias para la ejecución, sin aquellas nunca la potencia conceptiva logrará elevarse por encima de lo vulgar y ordinario de la realidad. Así pensaba Ernesto Hello cuando escribió: "el punto capital de una obra artística es la concepción: la ejecución no es más que un detalle," y esta es una profunda verdad que no debe ser olvidada cuando de arte se hable, pues en ella está la clave del éxito, que la factura más escrupulosa y la destreza más envidiable no alcanzarán jamás.

El manoseado aforismo del clásico latino no debe tomarse sino como acertada expresión de la ineficacia del estudio y del

hábito para suplir las facultades naturales, nunca como anatema condenatorio de la educación, y mucho menos como declaración dogmática del arte infuso. Es preciso *nacer* con condiciones de artista; pero esto no basta: es necesario, además, *hacerse* artista.

Ahora bien; ¿qué elementos deben integrar la educación del pintor? Siendo la pintura un arte bello, y el arte la creación de la belleza por el hombre, el juicio menos despierto responde que el pintor necesita conocer, en primer término, el objeto del arte, la belleza; después, el modo de producirla y expresarla: cultura filosófica y cultura técnica, ideas y procedimientos, principios y reglas, teoría y práctica, todo esto requiere el cultivo de las bellas artes.

La *Estética* debe ser, pues, la primera disciplina que guíe é ilustre al artista, haciéndole conocer la belleza como idea, como sentimiento y como cualidad, al propio tiempo que le enseñe las leyes fundamentales de la producción artística, fuera de cuya órbita su inspiración será monstruosa y los frutos del ingenio resultarán híbridos y descompuestos (1). Ella es la

(1) A estos fines responde la ciencia de la belleza en sus tres ramas; *metafísica de lo bello, físico-estética* y *filosofía del arte*; enseñanza que, con más ó menos extension, con uno ú otro nombre, se dá en todas las escuelas de bellas artes.

que debe inaugurar el proceso educativo, iniciando al artista en los secretos misteriosos de la hermosura, inasequibles para el que intente penetrar en ellos por otras vías que no sean las del conocimiento filosófico.

Al lado de esta ciencia, ha de figurar la *Técnica general del arte*, concediendo mayor desarrollo á la parte especial que se refiere á la pintura; estudio que proporciona el conocimiento de los materiales de la obra y las reglas de la ejecución.

La *Historia del arte* debe completar el cuadro de las enseñanzas teóricas. La historia, que es "la maestra de la vida;" la historia, cuya luz esclarece las tinieblas del pasado, y borra las lejanías de la distancia, y reconstruye pueblos, edades, civilizaciones y costumbres, haciendo de la humanidad una gran familia y del mundo un gran escenario; la historia es la que ha de mostrar al artista la idea de la belleza viviendo en el hombre, palpitando en el espacio, llenando los tiempos y originando en cada época y en cada nación los arquetipos especiales que forjan en la mente de los hombres las condiciones y caracteres de la vida colectiva en harmonía con las influencias inevitables del medio natural; y el arte como una necesidad que cada pueblo satisface á su modo y cada tiempo crea según sus ideales; descubriendo en medio de esa riquísima varie-

de bellezas y de artes, coleccionadas en el gran museo de los siglos, la unidad esencial de aquella idea primaria y la universalidad de aquel sentimiento, que al hombre mueve sin tregua á buscar en la realización de la belleza los deleites inefables porque suspira su alma.

Por la historia se descubre la estabilidad petrificada de las instituciones índicas, en su teogonía místico-sensual, en sus hieráticas bayaderas; en sus enormes pagodas, abrillantadas por los colores deslumbrantes de la flora tropical; en sus santuarios de oro, edificados en las márgenes de sus ríos sagrados, entre las lianas de los bambúes y bajo la sombra de los plátanos y los cocos que dan hospitalidad á las serpientes venenosas; en aquellos admirables subterráneos de Ellora y Elephanta, tallados en la roca y cubiertos de hojarasca; en su Olimpo materialista, sentina de dioses; en el arroyo que guarda el espíritu de Vichnú y en la fuente que mana lágrimas celestes; en las aguas lustrales y en la soma litúrgica, en el harén y en el templo, en los sortilegios y en el amor. El sacro Egipto se revela también en toda su interior complexión, como pueblo intemediario del Oriente y Occidente, destinado á transformar los dioses de dos religiones y á fundir en una sola civilización las ideas de dos continentes, según lo prueban sus pro-

fetas y colegios sacerdotales, sus santificadas Palacides, sus libros gnómicos, sus danzas y juegos acrobáticos, sus casas aisladas por grandes muros, circuidas por extensos jardines y coronadas por altas azoteas, á donde sube, entre las sombras de la noche, el tirano señor de aquel pequeño reino, á consultar los horóscopos y á rendir culto á la ciencia astrológica; su profunda veneración á la muerte, perpetuada en las grandes pirámides que rompen la monotonía del desierto, en los hondos *speos* y en la complicada liturgia funeraria que empieza en la cámara del embalsamamiento y concluye junto al tálamo del eterno sueño; su panteismo religioso, inmortalizado en los templos gigantescos de Beni-Hassan y Karnac; su amor á los animales de que son muestras fehacientes las momias disecadas, el conocimiento de las proporciones y la geométrica severidad de su arte, representados en sus esfinges y obeliscos.

Alumbrados por la luz de la historia destácanse igualmente los imperios de Nino y de Semíramis, con su espíritu guerrero y sus insaciables afanes de dominación y conquista, desarrollando un arte de fastuosa ornamentación en sus inmensos palacios, habitados por miles de esclavos y siervos y divididos en típicas estancias que sirven de albergue á las diferen-

tes clases sociales: el serrallo refrescado por surtidores de cristalinas aguas y tapizado de polícromos lienzos, y junto á él, el observatorio piramidal donde celebran los magos sus nocturnas sesiones; el harén, sitio de eterna clausura, desde donde no se descubre más horizonte que el cielo, cuando al soplar las brisas del ocaso los eunucos bajan los toldos, teñidos de suaves colores, con que durante el día las odaliscas se defienden de los rigores del sol. Y así de los demás pueblos: por la historia se conoce la arquitectura, la música y la orfebrería sagrada de los hebreos: el antropomorfismo griego simbolizado en la escultura, hipostática unión de la belleza y el bien; el espíritu de universalidad y síntesis que propaga el mundo romano y para cuyo culto erige su Panteón cosmopolita; la idea cristiana, que infunde nueva vida á las artes y tiende á lo infinito con las agujas góticas de sus catedrales que se pierden en el cielo; la resurrección del gusto pagano y su consorcio con los ideales de la religión; Oriente, Grecia, Roma, el Cristianismo, los bárbaros, las monarquías feudales, la Reforma, el Renacimiento y la Edad moderna; todos estos grandes ciclos de la vida de la humanidad, todas estas grandes ideas que se han apoderado del mundo como para encauzar el movimiento del progreso, im-

primiéndole forma y carácter; todas estas grandes síntesis se despliegan luminosas á la vista escrutadora del que en la historia busca el trabajo del pasado, como fundamento inconmovible de los empeños del presente.

Y como la historia es la expresión crítica de la civilización, y la civilización encuentra su símbolo más acabado y su más exacto reflejo en el arte, estudiar el arte en su historia, es estudiar el desarrollo progresivo de la civilización en su verbo más elocuente, en su forma más viva y humana: la belleza creada por el hombre.

Sólo merced á la historia, que pone de manifiesto ante sus ojos esa belleza variadísima que el tiempo archiva en sus anales y el espacio guarda en sus rincones, puede el artista penetrar en el secreto de las creaciones humanas, trasladarse á épocas muy lejanas, asociarse á pueblos fenecidos, ponerse en contacto con ideales remotos, apropiarse gustos disímiles, sondear el espíritu de cada edad, juzgar cada aspecto del arte y cada fase de su desenvolvimiento según el criterio histórico, no según sus particulares aficiones y personales ideas, y aprovecharse, finalmente, en la medida necesaria á su cultura, de la labor por sus antecesores realizada. A la luz de la historia se descubren nuevos mundos, poblados de harmonías, la inspiración se agigan-

ta, crece el entusiasmo, se inflama el sentimiento, la vocación se afirma y consolida, se afina el gusto y se templa la voluntad estimulada por el ejemplo de las grandes luchas y de las grandes victorias, sostenidas y conquistadas por los bríos y heroismos del genio...

Pues bién; ninguna de esas ciencias se profesa en nuestra escuela de pintura. Y no sólo falta la cultura general artística: tampoco se dá aquí enseñanza técnica, ni siquiera en el grado indispensable para las más modestas aspiraciones. ¿Dónde se enseña la perspectiva, el arte de las gradaciones y de la visualidad? ¿dónde la anatomía artística, tan importante para la coloración del músculo animado y la pintura de la expresión? ¿dónde están los museos que educan el gusto, propagan los estilos y difunden las escuelas, permitiendo á los artistas noveles ejercitarse en la copia de modelos, ó siquiera de atinadas reproducciones, ya que no de obras originales?

Con un plan de estudios tan deficiente que por sí solo explica los negativos resultados obtenidos por la institución en los ochenta años que lleva de existencia; con un profesorado que, en su mayor parte, no se siente llamado á recorrer el camino de la gloria ¿es milagro que no tengamos pintores? ¿podrá haberlos nunca si continuamos como hasta ahora?

Cubano fué Chartrand, y pintores cubanos de no escaso mérito son Romañach y Menocal. Los dos son pruebas vivientes y muy valiosas de la buena disposición de los hijos de esta Antilla para el manejo del pincel; pero ambos tuvieron que ir á Europa en busca de lo que aquí no podían encontrar: maestros, enseñanza y ambiente artístico.

¡Cuántos jóvenes llamados por los mandatos de la vocación y que no tuvieron la fortuna de aspirar, como aquellos, otros aires, no habrán perecido en la demanda, y se habrán condenado á la esterilidad, imputándose falta de cualidades, cuando quizá de lo único que hayan carecido sea de una dirección competente y de un aliento cariñoso! No está muy lejos el recuerdo de Joaquín Velasco que sucumbió valiente como guerrero, desesperado como artista. Algunos han salido de Cuba, y han tenido que volver porque les ha faltado la pensión que disfrutaban. En la conferencia de que me vengo ocupando se citan dos de estas esperanzas, que estaban bien fundadas. Una nos la arrebató la muerte (1); la otra, más afortunada, ha podido regresar á Cuba, y de su inspiración habla con elocuencia el hermoso cuadro *Sueño de libertad* (2), que desde Madrid remitió á

(1) Juana Borrero.
(2) José M. Soler.

la Diputación de Santa Clara, y que es una sentida y acabada alegoría de las angustias é ilusiones de nuestra patria.

VII

Véase, pues, porqué no tenemos afamados pintores (1). Por lo mismo que no tenemos grandes músicos, ni escultores, ni arquitectos; y si no carecemos de poesía, y si la oratoria ha alcanzado en Cuba tan brillante desarrollo, débese á que aquella, sobre todo en su aspecto subjetivo, en la lírica, es el arte más espontáneo y libre, el que menos preparación exige y que, aún para sus manifestaciones eruditas y reflexivas, no requiere una educación disciplinada, bastando á sus fines ideas y conocimientos adquiridos sin método, sin los esfuerzos de un estudio deliberado y competentemente dirigido, noticias, pensamientos y juicios cazados al vuelo en la lectura, en la conversación ó en los viajes; y á que és-

(1) En confirmacion de lo expuesto en el artículo anterior, conviene consignar que en el plán de estudios de nuestra Escuela de pintura no figuran más que las siguientes asignaturas: *dibujo elemental,* que, como estudio previo que es, no está incluido en ninguno de los planes europeos (en cambio falta el *dibujo del natural*) dibujo del *antiguo griego, colorido y paisaje.*

En prensa ya este libro, se ha reformado el plan, incluyendo en él las asignaturas citadas.

ta—la oratoria—ha encontrado muy firmes cimientos para levantar su obra en la admirable facundia de la gente cubana, aprovechando los caudales de ilustración atesorados para la realización de otros fines de índole bien diversa. Es decir, que ni los poetas ni los oradores necesitan para formarse del régimen escolar, ni de la gradación pedagógica de un plan educativo: más ó menos excelentes pueden hacerse por sí mismos.

Además de las razones expuestas, existe otra de mucho peso que explica la devoción de los cubanos á la oratoria y á la poesía, y es que ambas artes han ofrecido siempre condiciones propicias para la defensa y propaganda de ideales políticos, y nuestro intelecto ha sabido utilizarlas convenientemente en las luchas por la libertad, haciéndolas servir de vehículos y medios de difusión de nuestros anhelos patrióticos, vaciando en sus amplios moldes la protesta serena, ó el airado anatema, ó las expansiones del dolor que á la conciencia cubana han arrancado mil veces los desmanes de la autoridad y los atropellos de la injusticia. La poesía y la oratoria han brindado al pueblo de Cuba poderosos recursos y bien templadas armas para la vindicación de sus derechos sacratísimos, y de cómo han sido aprovechados los primeros y esgrimidas las segundas, los hechos hablan con mejor

elocuencia que la que pudieran encerrar las palabras más persuasivas.

Pero es de notar, como argumento vivo en pró de mi tésis, que una y otra se han visto obligadas á satisfacer apremiantes necesidades afectivas y sociales, sin merecer nunca igual cariño en otras esferas, apenas delineadas en nuestra historia literaria. Así, la oratoria que tan excelsa se nos muestra en la tribuna y en el foro cubanos, permanece inexplotada en su sentido académico, y los pocos de nuestros paisanos que han brillado en el género, lo han conseguido fuera de Cuba, en países en donde se consagran verdaderos entusiasmos y actividades fecundísimas á la especulación generosa de la ciencia y al cultivo desinteresado de las letras y las artes, y en donde la tutela oficial y la iniciativa privada se complacen en fomentar palenques de oratoria, centros de discusión é instituciones de amena enseñanza, que denotan acendrados fervores por la cultura, honra, prez y gloria de las sociedades modernas.

La poesía, por su parte, sirviendo de forma de expresión á aquellas ideas, ha sido tambien como la válvula del sentimiento por donde han encontrado salida los ardores del alma cubana, comprimidos, como el vapor en la caldera, entre las recias paredes del prosaismo; el asilo donde

halló hospitalidad la inspiración, el refugio de nuestro numen artístico, que siendo tan próvido y fecundo como es, necesariamente había de manifestarse en férvidos cantos y apasionadas endechas, hijos del ubérrimo lirismo que caracteriza nuestro temperamento. Mas obsérvese que, fuera de la poesía subjetiva, el arte literario de Cuba no ha brillado en otros horizontes. Parece como que nuestro espíritu, de suyo indisciplinado y fieramente rebelde á toda limitación, ha mirado con desdén cuanto podía coartar su irrefrenada espontaneidad, y ha querido expresarse tal cual es, en la única forma adecuada á sus afanes de libertad: la lírica, la forma poética más independiente, la más personal, la menos legislable.

Y como sus espacios son inmensos, y sus dominios no tienen fronteras, por ellos ha volado la imaginación y la inspiración ha corrido por ellos suelta, libre y soberana, revelando las intimidades del poeta, descubriendo los secretos de su pecho, declarando sus amores, llorando sus caidas, gimiendo con sus duelos y alegrándose con sus placeres, expresando, en fin, el alma entera del bardo en sus eclipses y claridades, fervores y tibiezas, dudas y confianzas, luchas y triunfos, celos y pasiones.

Arte personal, personalísimo, en el que reina con absoluto poderío la realidad subjetiva, y en el que, si alguna vez aparecen

reflejadas las bellezas del mundo exterior, es en cuanto sentidas é idealizadas por el artista, que las ha hecho suyas y no las deja brotar sino después de haberlas transformado en el laboratorio de su alma. El poeta cubano habla siempre por su cuenta; jamás se esconde y anula en el sentimiento colectivo, y hasta cuando entona himnos patrióticos, siempre deja brillar y destacarse su personalidad, que no se resigna á sacrificar por nada. Esa poesía impersonal que retrata el alma de los pueblos, en la que el poeta no hace otro papel que el de intérprete y verbo, esa no existe en Cuba, como no existe tampoco la poesía mixta, la que, combinando los factores de la vida real con las inspiraciones del individuo creador, ofrece en cuadros animados, con la plasticidad de la dramática, las escenas del hogar, los tipos y caracteres que se mueven en el amplio teatro de la sociedad.

Y es que para tales empeños se necesita una preparación concienzuda y una bien templada vocación que consagre con perseverancia amorosa las facultades del artista al culto de la poesía; la cual aquí no se ha profesado casi nunca como sacerdocio, sirviendo tan sólo como desahogo de los afectos, expresión del sentimiento y recreo del espíritu aflijido por la tristeza, regocijado por la alegría ó impresionado

por las innúmeras bellezas que pueden herir y cautivar la imaginación. Por eso es tan rico y variado nuestro archivo de poesía lírica. En cambio, sólo la Avellaneda se atrevió á escalar la escena, sin lograr que sus geniales alardes—quizás porque su teatro era eminentemente español—encendieran en el cerebro cubano la lumbre de la inspiración dramática, como no sea que nos contentemos con verla brillar tímida é inexperta en *La muerte de Plácido,* conato de drama político, de seguro olvidado hace mucho tiempo por su mismo autor. A excepción de alguno que otro rasgo de poesía naturalista y heróica, y de unas pocas novelas escritas sin intención de crear la cubana, la épica no ha inspirado á nuestros poetas obras que hayan podido señalar rumbos nuevos á la imaginación, y menos aún poemas que iniciaran el movimiento literario de la poesía objetiva en nuestra patria (1). La trompa homérica no ha sonado en Cuba, y si hemos tenido novelistas, todavía carecemos de novela.

Por fortuna no sucede lo mismo con el arte de Wagner. Aunque el señor Tejera crea otra cosa, aunque escriba contra la

---

(1) La Avellaneda cultivó también la novela y la leyenda, pero inspirándose en asuntos extraños á la vida cubana.

capacidad musical de los cubanos fallo tan gratuito como el dictado por su propio criterio con relación á las aptitudes pictóricas, nadie, como no sea cerrando los oidos, podrá negar la originalidad y el sabor local de que están saturados nuestros aires *nacionales*, nuestra música popular. Los *puntos*, *guarachas*, *habaneras*, *danzas*, *boleros* y *danzones* constituyen esa música cubana que el sibarítico poeta no encuentra ni siquiera esbozada, ni cree probable que se forme en lo sucesivo, olvidando que en cualquiera parte del globo en que nuestra música haga oir sus sensuales ternezas, allí palpita y es reconocido el espíritu cubano, como he tenido ocasión de observar en mis viajes por Europa. Y cómo no habíamos de tener nuestra música especial, no careciendo de ella ningún pueblo, y siendo el arte que más facilidades brinda á nuestra colosal potencia afectiva, necesitada de expansiones y ecos que sólo la música podía ofrecerle con exquisita docilidad?

Precisamente es el arte que mejor nos caracteriza y el único que ha puesto sello á nuestra fisonomía colectiva, porque en su formación han entrado todos los heterogéneos elementos de nuestro pueblo, combinándose por modo felicísimo inspiraciones autóctonas con ritmos africanos, cadencias orientales y remembranzas de gracia andaluza, llegando á compenetrarse en una

cabal harmonía que hasta ahora ha ido acentuándose con vigor creciente en nuestra historia musical.

El asunto no es para tratado á la ligera, pero fuerza es dar fin á estos artículos, y así, habré de contentarme con preguntar si se quiere música más cubana que el magnífico danzón, especie de poliorama brillantísimo, en donde los elementos antedichos aparecen moviéndose en vertiginoso serpenteo, confundiéndose unas veces, separándose otras, desviándose para juntarse enseguida y entrelazarse maravillosamente en la unidad de una melodía sinfónica que nunca se rompe y que se sostiene contínua y segura en la apoyatura y en el acorde, en medio de los variados matices que le imprimen, sin desfigurarla, arpegios veloces y escalas bulliciosas, que corren juguetones sobre el tema, se paran un momento para dejar oir un calderón intencionado, y vuelven otra vez á sus graciosas fugas, capaces de hacer bailar á un muerto. Mire si será cubano el danzón, que para ejecutarlo bien se necesita haber vivido en Cuba, y son muy pocos los instrumentistas que, sin haberlo aquí aprendido, han logrado interpretarlo.

Bellini, desesperado de conseguirlo, se dejó avasallar por su orgullo de maestro, y, para justificar su torpeza, declaró que, como música, era un puro disparate; tésis

que Gotschalck se encargó de refutar con éxito elocuente componiendo algunas danzas, como de él muy estimables (1).

Carecemos sí de música clásica, y el número de nuestros compositores es escaso, notablemente inferior al de instrumentistas que han hecho volar con aplauso el nombre de Cuba por los países más remotos; pero no faltan maestros que, si dedicaran con ardor y perseverancia sus facultades al cultivo del arte de los sonidos, podrían dar días de gloria á la patria cubana, ó, por lo menos, ir preparando el camino para que otros, con más estímulo, coronaran la obra por ellos iniciada. Algunas páginas contiene la historia de nuestra música en donde el genio cubano ha hecho verdaderos derroches de harmonía, y cuando para dar forma á su inspiración se ha servido de los moldes que la música popular le brindaba, casi siempre ha sabido dejar impresa con simpático relieve la huella brillante de su encendido numen.

VIII

No es posible negarlo: nuestras artes todavía están en embrión. Fuera de dos

(1) La danza fué lo que no pudo ejecutar Bellini; pero ésta es un precedente del danzón, y por cierto de factura más sencilla.

ó tres poetas traducidos á lenguas extranjeras, los artistas cubanos y sus obras no han salvado los mares para extender por el mundo su fama, como no sea, según queda dicho, en alas de la habilidad reconocida á algunos ejecutantes, que han llegado á alcanzar el dominio de su instrumento. Indicado también queda que, sólo en la música, pero sin rebasar el círculo de los aires populares, hemos logrado inspirar originalidad y sello á nuestra producción artística.

Pero este atraso de las bellas artes ¿se debe á deficiencia de la imaginación? ¿es que de la pobreza y mezquindad de nuestra labor artística se puede inferir lógicamente la impotencia de la imaginación para mayor y más brillante desarrollo? El señor Tejera así lo crée y lo sostiene. Su manera de discurrir es bien original: ¿no tenemos pintores? pues carecemos de capacidad para la pintura; ¿no han florecido en Cuba grandes maestros del pentágrama que nos hayan legado con las creaciones de su inspiración gloriosas páginas de historia musical? pues es porque tampoco poseemos las condiciones necesarias. En cambio, no nos dice por qué ha brillado en Cuba la oratoria. Cuando niega, discurre, á mi ver, con poca lógica; cuando afirma no alega más que omisiones. Define siempre, nunca razona ni critica. El

procedimiento es muy cómodo, pero está condenado por las leyes del buen juicio.

Mi método es otro. Pregunto á la filosofía de qué *facultades* necesita el hombre para ser artista, y á la historia qué *condiciones* favorecen ó impiden la fecundidad de aquellas y el desarrollo de las artes. La primera contesta que, para producir la belleza, el hombre necesita de *imaginación* y *sentimiento*, facultades de que ninguno carece, pero que no todos ostentan en grado igual; que el *conocimiento* de las aptitudes, unido al *deseo* de emplearlas adecuadamente, constituye la *vocación*, y que esta se desarrolla si se la alienta, y muere si se la contraría. La segunda responde que, cuando se vive en épocas de materialismo, cuando se suprime el espíritu y se rebajan los ideales hasta el punto de no reconocer en el hombre otro fin que el de un perfeccionamiento casi mecánico; cuando el interés y el egoismo se enseñorean del alma, y la maltratan y corrompen con sus impúdicas solicitaciones, entonces la vocación, si por milagro despierta, muy presto cede á los embates de la conveniencia, que la juzga insensata y suicida; el sentimiento vuela ciego en pos de placeres libidinosos, únicos que entrevé en el borroso horizonte de la vida, y la imaginación queda condenada, por enemiga de lo práctico, á eterna y embrutecedora

inercia. En condiciones contrarias, el espíritu se alza á más puras regiones y el arte se desarrolla florentísimo, esculpiendo las creaciones del genio en las tablas venerandas de la inmortalidad.

Examino después el *temperamento cubano,* y lo contemplo lujosamente adornado por la *naturaleza* de esas dos facultades psiológicas cuya conjunción genera la belleza artística. Pero, al mismo tiempo, observo en los *hechos,* que aquella actividad no ha desenvuelto sino una pequeña parte de sus energías poderosas; que el trabajo realizado no está en relación con la potencia creadora; que hay capacidad para más altas empresas. Estudio las condiciones de nuestra vida, inquiriendo si son ó nó favorables á las conquistas del arte, y el *estado social* me dá la clave de la desproporción, presentándome las *causas* que han impedido á aquellas *facultades* levantar su obra civilizadora.

Enlazo, por último, los *principios* de la filosofía con los *hechos* de la historia, la síntesis y el análisis, y encuentro en la observación comprobadas las leyes de la naturaleza, y en la esencia de la actividad humana los modos y caracteres de su desarrollo, y así mi especulación aparece basada en muy firmes y sólidos cimientos. Así puedo concluir afirmando la robustez de la *potencia* y el raquitismo de los *actos.*

Estos no pueden realizarse sin aquella, pero puede haber *potencia* sin *actuación*, *capacidad* sin *ejercicio*, como quiera que no basta poseer una y otra, si ambas, en vez de ser favorecidas, encuentran obstáculos formidables para la consecución de sus fines.

La misma pobreza de nuestras artes no es más que relativa, pues fuera demasiado pedir á las aptitudes naturales mejores y más abundantes frutos, cuando han de ejercitarse en condiciones adversas, y esto debe tenerse muy en cuenta cuando se trata de juzgar la historia de un pueblo, en cualquiera de sus aspectos. Por donde, con ser bastante desmedrada nuestra producción artística, lo hecho arguye elocuentemente en pró de la *capacidad cubana*, que el señor Tejera deja bien mal parada, precisamente en su esfera más brillante y extensa.

Si nos fijamos en la escasez é incultura de nuestra población, en las condiciones de nuestra vida, agitada de contínuo por largas guerras y en la filosofía *mercantilista* de nuestra sociedad, fuerza es confesar que, lo poco que en arte hemos realizado, es más que suficiente para causar admiración á todo el que estudie el problema con arreglo á los cánones dictados por la filosofía de la historia.

No hay que olvidar, además, que hemos

vivido muy poco; que la historia de un pueblo no se labra en cuatro días; que estamos aún, y sabe Dios hasta cuando seguiremos, en pleno período constituyente, por lo que me parece muy censurable, cuando no pueril, la manía de las comparaciones, que en nada pueden favorecer á nuestro pueblo.

Tenemos imaginación, sí, y tan poderosa y soberana, que nosotros, con más motivos aún que la nación progenitora, por lo mismo que en el medio tropical se han acentuado fogosamente los defectos y virtudes de la raza (estas últimas no todas por desgracia), podemos decir que "no vivimos más que de ilusiones." Y por si alguna prueba faltare, nos la ofrece concluyente el mismo método del señor Tejera, método puramente imaginativo, como lo acreditan las frases *no sé por qué*, *me figuro*, *no veo*.... y otras de este jaez, que emplea al formular sus raciocinios.

En cuanto al sentimiento, todo el que brota de pechos cubanos, es torrencial y volcánico, ardiente y desbordado, y tan avasallador y tirano, que no se satisface con menos que dominar todos los resortes y conmover todas las fibras del corazón. Yo no conozco amores más exaltados, ni odios más crueles que los odios y los amores cubanos.

¿Qué nos falta, pues, para ser artistas? Que lo queramos ser, primero; después,

que el medio social no tuerza y ahogue la voluntad formada.

No; no tendremos pintores, mientras el pincel no derroque á la brocha, mientras la pintura no sea más que el arte de teñir puertas y ventanas, y nuestro gusto se contente con admirar oleografías importadas y grabados sin expresión. No tendremos arquitectos, mientras nuestras casas se limiten á resguardarnos del sol y del agua, mientras nuestros edificios no pasen de la categoría de chozas urbanas. No tendremos cinceles ni buriles, mientras la escultura permanezca encerrada en los cementerios, y á nuestras exigencias baste alguna que otra estatua encargada al extranjero. No tendremos compositores mientras la música quede circunscrita á servir como auxiliar de la coreografía, y las necesidades del baile queden llenadas con trasladar á los ritmos cubanos temas exóticos. No tendremos artistas, no, mientras en Cuba siga predominando el espíritu del *negocio*, mientras nuestra alma no se conmueva más que al sonido del metal circulante, mientras aquí siga imperando la prosa del sentido utilitario, el criterio del positivismo práctico, que es el peor de todos; mientras adoremos servilmente civilizaciones extrañas, y con suicidas afanes prosigamos borrando de nuestra fisonomía sus más nobles rasgos, empeña-

des en vestir nuestro espíritu á la moda *yankee*, sin parar mientes en que, como decía hace poco uno de los más grandes talentos cubanos, no se cambia de raza como de levita; mientras á la vida no se le reconozcan otros fines que la comodidad y el bienestar materiales; mientras no sepamos sentir más goces que los de la bestia procreante.

Si queremos tener artistas, hay que elevar el nivel moral de nuestro pueblo y sanear el ambiente en que respira nuestra sociedad; hay que difundir sana cultura, que vivifique y restaure nuestro espíritu anémico; hay que vigorizar la inteligencia, encauzar el sentimiento, dirigir la imaginación, refinar el gusto, educar la voluntad, que todavía es en nosotros salvaje é indómita; reconocer sus fueros al espíritu, no olvidando que si es lícito regalar el cuerpo y brindar honestos placeres á la materia, el abuso engendra la molicie y la molicie enferma, degrada y provoca el idiotismo.

Nuestra atmósfera está cargada de vapores mefíticos, y es preciso purificarla; nuestra inteligencia está equivocada, y es necesario reconciliarla con la verdad. Como el hombre no es todo cuerpo, el espíritu no es sólo razón: en nosotros alienta una aspiración infinita á la belleza y al bien, que no podemos ahogar y, que, incesante-

mente, nos mueve á buscar en la esfera de la idealidad, en los dominios de la intuición, algo que la calme y satisfaga.

Bien está que seamos prácticos en lo que debamos serlo; que aprendamos á gobernarnos como hombres serios y prudentes; que en la política domine la razón, y que sobre ella no se ciernan las ilusiones—¡ojalá lo hubiéramos logrado siempre! Pero no se condene la imaginación ni se sofoque el sentimiento, que también son fuerzas de vida y energías de progreso. Al contrario, es preciso respetar su círculo, y, dentro de él, estimular su acción para que cumplan su destino, sin estorbar el funcionamiento de las demás fuerzas del espíritu, porque—la historia lo enseña—cuando se les cierran todas las puertas y se hace mofa de sus impulsos, ellas, que no pueden vivir inactivas, buscan espacio donde correr y moverse, y suelen penetrar en terreno vedado, destrozando ciegamente cuanto alcanzan y construyendo dañinas utopias que entorpecen la vida de las sociedades. Así, desconociéndolas, es como mejor esclavizan; negándolas es como con más furia se apoderan del entendimiento......

No hay gloria sin sacrificio que la conquiste, ni corona sin martirio que la labre. La belleza es una religión y el arte es un sacerdocio: la primera no se profesa si no se siente, y no se siente si no se conoce;

el segundo no se ejerce dignamente sin hacer previa renuncia de los estímulos impuros que ennegrecen el alma. Allí donde la virtud aliente, el bien impere, la verdad reine y el amor fecundice, allí habrá arte. Donde el vicio triunfe y la abyección reciba aplausos, no lucirán jamás los resplandores de la belleza.

Cuando en Cuba haya muchos que sientan sed de gloria póstuma, y á la gloria canten, como el inmortal Zorrilla, pidiéndole ilusiones y demandando de ella una harmonía que haga perdurable el recuerdo de su nombre, y, llenos de unción artística, sepan desligarse de las bajezas de la vida, exclamando con el poeta:

> ¡Léjos de mí, deleites de la tierra,
> fábulas sin color, forma ni nombre,
> á quien un nicho miserable encierra,
> cuando el aura vital falta en el hombre!
> ¡Gloria, esperanza! sin cesar conmigo,
> templo en mi corazón alzaros quiero,
> que no importa vivir como mendigo
> por morir como Píndaro y Homero,

entonces tendremos arte; entonces surgirán con abundancia los artistas.

¡Oh, quién sabe á donde pueden llegar la imaginación y el sentimiento cubanos si se les atiende con solicitud y se les cuida con esmero! ¡Quien sabe si con mejor y

más exacto sentido de la civilización, los bajo instintos humillados y las nobles ansias del espíritu vencedoras, hubiéramos llegado, en futuras edades, á honrar la humanidad con las obras de nuestro arte!

¡Cuántas veces en mis largos años de emigración, herida el alma por las punzadas de la nostalgia, volvía mis ojos hacia la patria amada, que el fervor filial idealizaba adornándola con todas las perfecciones y grandezas que caben en lo humano, y, salvando los misterios del porvenir, la contemplaba en venideras centurias, feliz, próspera y tranquila, habitada por una raza hermosa por su estructura, gigante por sus alientos y augusta por su nobleza, recibiendo de la nación vecina sus hábitos de trabajo, sus ideas de orden y sus maravillas industriales, al paso que de nuestra vieja madre latina llegaban las inspiraciones valientes y los arranques generosos, desarrollando una civilización harmónica, con caracteres propios, en medio de un vida independiente, conquistada por nuestros propios progresos y virtudes, transportando á la América sajona nuestro arte y á Europa nuestros productos y manufacturas, como nueva Grecia de la edad moderna, sirviendo de vínculo entre los dos mundos, enlazando los dos continentes, fundiendo en admirable y admirada síntesis las dos civilizaciones! ......

¿Llegará á ser verdad mi patriótica ilusión? ¿se realizará algún día mi hermoso sueño? ¿estamos en camino de lograrlo?.....

¡Ai posteri l'ardua sentenzza!



DE PINTURA

PUES señor, está visto que aquí no podemos pensar sin exageración, ni escribir sin hipérbole.

Si se elogia ha de ser para "batir el *record*" del panegírico, y el escritor tiene buen cuidado de no dejarse en el tintero ningún adjetivo pomposo que sirva para abrillantar su trabajo, aún á riesgo de que la alabanza, por inocentemente apasionada, cause irreparable daño al mismo que se pretende exaltar.

Si se censura, hay que renunciar también á la templanza y valerse de las letras de molde para fulminar sangrientos anatemas, execraciones horripilantes, capaces de infundir miedo, si por lo pueriles no resultaran ineficaces y casi siempre contraproducentes, á los prestigios mejor cimentados.

Porque tal es la penitencia de ese pecado de exageración, que no sé si calificar

de manía, enfermedad ó ideal de la mayor parte de nuestros críticos.

Mas lo cierto es que la verdad sale siempre mal parada y ofendida en esos escarceos, y la ligereza de ciertas plumas, enamoradas de los colores fuertes y de los vocablos altisonantes, no se contiene en sus derroches de liberalidad para el encomio y en sus arranques de saña para el vituperio ni aún ante el respeto que los derechos del público y su propia seriedad debían inspirarles.

¿Qué sentimiento las mueve? ¿es qué funcionan á una señal convenida, como la *claque* de los teatros? No lo sé ni quiero saberlo. Pero no se podrá negar que esas preguntas están de sobra justificadas por el abuso del *bombo* que aquí padecemos. Yo me las he hecho muchas veces en presencia de esos desbordamientos de pluma, y actualmente las he repetido al ver el empeño con que se dogmatiza—porque tambien el ergotismo es otro de los caracteres de nuestra crítica—acerca de las excelencias de un joven pintor que en estos días exhibe sus cuadros en la galería fotográfica de los señores Otero y Colominas. ¡Cómo si aquí no se supiera lo que es pintura, como si no tuviésemos ojos para ver y como si necesitáramos la opinión irreflexiva de la pseudo-crítica y nos hubiéramos de limitar á repetirla sin conciencia, como

los papagayos las frases que sus amos les enseñan!

No he de ser yo quien niegue al señor Romañach las buenas dotes de pintor con que le favoreció la naturaleza y los aciertos de su pincel, educado en buena escuela; pero.... vamos, no es para tanto, amables críticos. La pintura de Romañach dista mucho de ser una Minerva artística y todavía está necesitada de mejoramiento y progreso, que no dudo alcanzará si él se lo propone; no siendo, ni con mucho, sus cuadros expuestos lo mejor que se ha visto en la Habana, donde todavía se recuerdan los de Ferrant y Domínguez, que trajo el marqués de Pinar del Río, y donde se pudo admirar *La primera misa en América*, de Arburo, que ganó el premio en un concurso europeo. Algunos de gran empeño presentó tambien Menocal, recién llegado de España, y de mayor grandeza por la concepción y el asunto, cuando no por la manera, es su célebre *Colón prisionero.*

Sólo no habiendo educado el gusto en el estudio de pinturas magistrales, puede celebrarse como fruto de inspiración poco menos que divina un cuadro como la *Convaleciente*, de cuya figura principal bien puede no saberse que se encuentra en esa situación si antes no se advierte que estuvo enferma, porque tal parece que lo está todavía. Sin el convencionalismo del títu-

lo, dudo que alguien logre conocer la verdad de aquella convalecencia.

El arte de la pintura requiere asuntos claros y típicos, y cuanto más se aleje el artista, ya por temperamento, ya por capricho, de lo grandioso y sublime, para complacerse en la ejecución de asuntos vulgares, necesita imprimir más verdad á la representación y más encanto á la forma, supliendo con estas cualidades la falta de elevación en la idea. Tales virtudes brillan en las preciosas humoradas de Theniers y en los *Borrachos* admirables de Velazquez, aquel gran naturalista á cuyo genio atribuye Viardot el poder de evocar á los hombres de otras edades, renovando de contínuo el milagro de Prometeo. A la vista de esa creación, el título se escapa de los labios del espectador sin necesidad de que sus ojos lo lean en el rótulo, porque el sentido estético palpa la realidad de los personajes en la reproducción artística del asunto.

Preciso es tambien que la concepción no se modifique durante el proceso de la ejecución; que la obra ya concluida demuestre que el pintor persiguió la idea en ella representada desde que manchó el boceto, pues sin unidad y fijeza en el pensamiento no puede haber verdad en el arte; por lo que, esas obras confusas que comienzan pintándose con un título y acaban con otro,

vienen á delatar, ó pobreza de poder conceptivo, ó carencia de estudio y dominio de los procedimientos. Menester es que la idea triunfe y se abra paso por entre las dificultades de la ejecución, porque como dijo el inmortal italiano que con igual inspiración manejó el buril, el pincel y la lira,

la mano che obbediscce a l' intelleto

es la fuerza que ha de dar vida plástica al pensamiento; y cuando esta obediencia no se logra, se corre peligro de que la mano haga traición á la idea, y el cuadro no venga á ser la interpretación de lo concebido, sino la resultante de una actividad desordenada ó mal dirigida.

Una enfermita, es lo que dirá que hay en el cuadro de Romañach quien lo vea sin fijarse en su nombre. Aquella niña tendida en el lecho no muestra en sus líneas, ni en su color, los desdibujos y tonos grises propios de la convalecencia. Aquellos labios tan rojos acusan calentura.

Verdad es que el artista tomó el asunto del natural, de una escena del barrio de Trastevere, de Roma; pero olvidó que en el arte no basta que las cosas sean, sino que lo parezcan. Podrá haber una convaleciente con labios enrojecidos por la temperatura de la sangre, pero será un caso excepcional. La observación advierte comunmente

palidez y anemia en quien acaba de sufrir una enfermedad grave.

"Reducir las artes imitativas á la expresión de lo real—ha dicho Gustavo Planche,—querer que el pintor, el estatuario y el poeta se propongan como objeto supremo la transcripción de lo que ven es renegar de la naturaleza y del poder de la imaginación." Y si no ya la realidad genérica y típica, sino la anormal y extraordinaria es la que copia el artista, la obra que la exprese resultará una solemne falsedad.

Cuéntase de Zurbarán, que cuando buscaba en los conventos modelo para sus ascetas, suponiendo la relación que existe entre la vida contemplativa y la carne arrugada por el dolor y macerada por la penitencia, tuvo la mala ventura de no dar más que con frailes coloradotes y rollizos, rebosantes de salud y vigor, por lo que hubo de valerse de un libertino agotado por la crápula, y cuya demacración convenía cumplidamente al tipo que se había propuesto representar. No puede darse mayor oposición entre la moralidad del modelo y la del asunto. Sin embargo; ese era el tipo para el arte y ese el que llenó las necesidades del artista. Con copiar la figura é idealizar la expresión, trocando el descoco en misticismo, hizo lo suficiente para que su obra quedase ajustada

á las leyes de la realidad artística. Si hubiera pintado al libertino tal como era, ó al fraile robusto y sanguíneo ¿dónde se hubiera visto al asceta?......

A la convalecencia de una niña no cuadra tampoco la expresión reposada de la figura sedente que debe parecer su madre y que, dicho sea de paso, revela otra manera y una dureza que, más que la de la vejez, semeja la de la roca. Díriase que está tomada de un original de grafito, no de carne.

El abandono de la mano en la niña está justificado por la flacidez de sus miembros; pero la actitud en que aparece colocada la de su compañera no se explica por otra causa sino porque el artista no supo donde ponerla, y la colocó arqueada, mendicante ó rogadora; falta de estudio imperdonable porque cabalmente la mano, después del rostro, es el órgano más expresivo en pintura. Recuérdese si no *La adoración de los pastores*, de Murillo, que se conserva en el museo provincial de Sevilla, donde no hay una mano que no exprese algún sentimiento: asombro, veneración, curiosidad ó placidez; y las *Concepciones* del mismo genio, de quien dice César Balbo que tal vez no se le puede llamar segundo sino del único *inarrivabile Rafaello;* el *Entierro de Cristo*, de Muñoz Degrain, donde sólo las manos bastan para significar el llanto

y el dolor, y el cuadro de Moreno Carbonero, en la misma capilla bizantina de San Francisco el Grande, de Madrid, donde la mano de Jesús dice lo suficiente para que, sin necesidad de las figuras que le rodean, el espectador entienda que está predicando.

Por otra parte, el cuadro de Romañach ofrece poco interés en cualquier orden en que se le considere, y aún en el puramente artístico tampoco presenta dificultades de perspectiva, ni de expresión, ni de luz, que demuestren un estudio concienzudo de la fisiognomía y de la composición. En cualquier certamen de Europa, apenas alcanzaría una tercera medalla (1).

Expresados ya los defectos, que es lo más enojoso de la crítica, como á mí no me duelen prendas, es decir, como yo no soy parte en el pleito entablado *sotto voce* sobre la Dirección de la Escuela de pintura, ni tengo el gusto de conocer personalmente ni á Menocal ni á Romañach, prescindiendo ya de la *Convaleciente*, y juzgando en general las obras expuestas, pláceme consignar que hay allí pintura fácil y jugosa, hija de un talento genial que mueve el pincel con la espontaneidad de los verdaderos artistas.

(1) *Las Barras de Aragón*, de Béjar, no obtuvo más que una mención honorífica en la Exposición de 1887.

Romañach tiene *madera* de pintor. En la viña de la pintura es un sarmiento de buena cepa, y hasta en sus apuntes se conduce como aprovechado discípulo de aquella sobria escuela italiana cuyo más débil destello basta para iluminar el arte de un pueblo, sobre todo si éste no posee más que el ralo y enteco que florece en Cuba. En Romañach se observa cierta manera clásica de manejar el *empaque,* casi un maestro del dibujo, un no sé si Rosales ó Pradilla que descubre sus influencias á través de un discípulo que le entiende é imita con fortuna, y un hijo de su tiempo que, arrastrado por las corrientes realistas, toma los asuntos tales como los observa, prefiriendo transcribirlos á poetizarlos.

Magníficas son sus cabezas del natural: la de Joaquino, la de Giuseppe y sobre todo la del pintor decorador Succi, para mí la mejor obra de Romañach; y me hace sentir patriótico orgullo el que un cubano haya compartido con los grandes artistas de otros países el tributo de admiración que se rinde á Fortuny en la persona de su modelo favorito, Gennaro di Gaeta.

Adviértase, pues, como para alabar lo que alabanza merece no es preciso cerrar los ojos para no ver los defectos, ni mucho menos endiosar á Romañach, quien sabiendo, como sabe, lo que es crítica, por segu-

ro tengo que no ha de desestimar mis modestas felicitaciones, por lo mismo que van precedidas de censuras, en mi entender justas y fundadas.

Sé de muchos que, mal impresionados por la lectura de los periódicos, fueron á la *exposición* recelosos y temiendo un desengaño, que por fortuna no habrán encontrado. Y es que nuestro público está ya cansado de "platos hechos" y no se siente convencido por tales excesos de palabra, usados con frecuencia para exaltar á cualquier medianía, proclamándola la encarnación más perfecta é insuperable del genio.

Sin llegar á esa altura, se puede conquistar la admiración de los amantes de la belles artes, y Romañach bien la merece, sin que tenga que recurrir al pregón de serviles voceros, porque es artista de verdadero valer, y con esto basta y sobra para recomendarse.

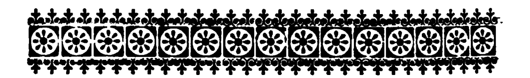
En pintura, para juzgar como público —como crítico ya es otra cosa,—teniendo ojos y sentimiento se tiene todo; sin que la prensa imponga la elección, todo el mundo sabe escoger entre las obras de Romañach y las de otro pintor que, á la vez que él, ha expuesto en la fotografía de Gelabert un cuadro, con daño del idioma titulado la *Confronta.* La circunstancia de hablar de pintura y ser ambas exposiciones de

actualidad me ha traido á la memoria el recuerdo de esta obra, de composición bien estudiada, de factura inocente, detestable colorido y flojísimo dibujo, digna compañera de otro cuadro que en el mismo local se exhibe y en el que se vé un ginete que quiere ser Maceo y un bridón cuya cabeza está denunciando la maestría de ageno pincel.

Romañach.... Menocal.... Ya tenemos dos pintores. Cuba les debe protección y estímulos que ellos podrán pagar con gloria.

No hace mucho, refutando yo la peregrina opinión de un estimado literato, tan buen poeta como mal pensador, en la que se condenaba á Cuba á no tener nunca un gran pintor, desmentí con razones la gratuita profecía.

A ustedes, señores Menocal y Romañach, que en la descendencia de Apeles no deben hacer el papel de segundones, toca desmentirla con hechos.



PEQUEÑECES

Quid est homo, quia magnificas eum?

JOB. 7. d.

UN señor de mediana edad—tan mediana como su ilustración,—que parece vivir soñando, á juzgar por las incoherencias de su especialísima dialéctica, me obsequia en el número de *Patria* correspondiente al día primero del actual con unos cuantos arañazos, sugeridos por el despecho de la vanidad, no satisfecha por mis críticas en la medida á que sin duda el buen señor está acostumbrado.

La primera vez que me lo eché á la cara fué en retrato, leyendo *Cromitos cubanos* —fíese usted de las galerías,—obra á la que puede aplicarse aquello de "ni son todos los que están, ni están todos los que son." Temperamento tropical el de Manuel de la Cruz, la exuberancia del adjeti-

vismo no podía faltar. Pero al fin aquello era un libro cubano y una galería, más ó menos ancha, pero tambien de cubanos, y esto no podía dejar de inspirarme afecto hacia el autor, tanto como hacia los *biografiados*, cuando desde Madrid, en donde yo me encontraba, veía á nuestra tierra falta de libertades, aunque gozando de una *constitución política*, que por cierto hoy no tenemos. Cuanto tendiera á acreditar nuestra capacidad para el gobierno propio era para mí causa de contentamiento y regocijo, y creyendo de buena fé en los juicios de Manuel de la Cruz, llegué hasta admirar á todas y á cada una de las figuras delineadas en los *Cromitos*, y aún hube de convertirme en propagandista de la obra, recomendando á varios amigos escritores su adquisición y estudio, y excitándolos á fijarse en algunos nombres y personas hasta entonces desconocidos, después.... olvidados.

Vine á Cuba, y, al poco tiempo de mi llegada, tuve el gusto de conocer en *El Fígaro* al personaje de esta verídica historia. No le conocí, sin embargo, *literariamente* hasta el cabo de unos días, cuando por casualidad cayó en mis manos una conferencia suya leída en Cayo Hueso—no me acuerdo en qué fecha,—y releída por entonces en la Habana.

La maldita manía de leer cuanto l[illegible]ca

sión me ofrece, por insulso que sea, me hizo apechugar con el folletito, todo entero, sin perdonar una coma, y.... un ídolo caído y una figura que se me escapaba de la galería! Allí no había lógica, ni observación, ni estudio, ni caudal de cultura que no estuviese al alcance de cualquier vulgar lector de literatura periodística. Palabras, palabras y palabras fué todo lo que encontré.

Digo mal, porque en ese aluvión de vocabulario iban envueltos errores muy crasos y juicios tan estupendos que me resolvieron á publicar una serie de artículos sobre la *imaginación cubana*, uno de los puntos peor entendidos y tratados por el autor, como que la calificaba de "estéril."

A pesar de que la enormidad de esta afirmación me autorizaba para negar condiciones de poeta á quien á sí mismo se negaba fantasía, como mi ánimo no era molestar á la persona del *conferenciante*, sino combatir sencillamente por la verdad, que es el norte de mi inteligencia, no me costó gran trabajo pasar por el convencionalismo del elogio, en aquel caso más que en ningún otro necesario, porque conozco muy bien á mi gente, y no ignoro cuán vidriosa suelen tener la susceptibilidad los que siquiera una vez olieron el incienso del aplauso, aunque sólo manos amigas lo quemaran.

Encabecé, pues, mi réplica, con sonoros elogios al estro del lírico disertante y con frases que denotaban la distinguida consideración personal que el sujeto en cuestión me merecía. Cuando yo le anuncié verbalmente mi propósito de refutar sus errores, él me indicó su deseo de contestarme, entablando una polémica, que tal vez hubo de figurarse que, por mi parte al menos, viniera á ser como un *sport* de alabanza, con lo cual su amor propio se hubiera sin duda sentido halagado; pero la verdad hubiera quedado desfigurada y maltrecha. El señor Catalá confirmó también aquella resolución, refiriéndose á palabras del interesado, que ya había leído mi primer artículo, inserto en *El Nuevo País* de aquel mismo dia.

Mas como la racha de caricias no había de ser eterna, cumplidos ciertos deberes de cortesía, en los siete restantes artículos de la serie me consagré á discurrir serenamente sobre el tema debatido, señalando los errores que á mi juicio contenía el folleto, y negando al pensador lo que había concedido al poeta; pero sin olvidar nunca las reglas de civilidad á todos exigibles y mucho más á los que en algún sentido pueden llamarse compañeros.

Bien porque el aludido esperase encontrar una colección de *bombos* donde sólo halló un raciocinio compuesto de argumen-

tos, bien porque la calidad de éstos le convenciera de sus errores y no viese manera de sostener la discusión, el caso fué que desistió del debate, dando la callada por respuesta y escudándose con el silencio.

Entre las numerosas gratuitas opiniones que en el folleto se expresan, se encuentra esta, que conviene transcribir literalmente para que no se crea que altero á mi capricho el texto: "y no sé porque me figuro ¡ojalá me equivoque! que nunca hemos de tener un gran pintor". Y como una vez leida, esta peregrina negación no puede olvidarse, hablando yo el otro día, en un artículo publicado en *Patria*, acerca de los méritos que como pintores ostentan los señores Menocal y Romañach, y pareciéndome que ambos artistas pueden llegar á una altura prominente si trabajan con ardor y constancia, con oportunidad nada dudosa recordaba la ligera sentencia y les invitaba á anularla con sus obras, mientras que, movido siempre por la corrección que no es incompatible con la verdad, calificaba benévolamente al autor de aquella frase de "estimado literato, tan buen poeta como mal pensador".

Esto ha bastado para que mi irascible contrincante desate los rayos de su indignación, y advierta que él es *separatista-independiente*, *socialista*, *criollo* y *libre pensador*, por más señas, aunque no dice

si de los de la clase de *La Marsellesa*, al paso que yo un *pseudo-aristócrata* que me las doy de *madrileño*, un *calambuco* (así, subrayado porque es un provincialismo aunque á usted le duela, amable señor) y un *joven que está en la época de la punzada como escritor* y que "piensa con las 20 cabezas de los 20 autores que maneja para elaborar sus indigestas longanizas."

Como desahogo no me parece mal; pero como suelto (y tan suelto!) de un periódico serio como *Patria* y dirijido por uno de los hombres más ilustres de Cuba, modelo de respetuosidad y finura (1), veo que las líneas de referencia se están despegando de aquellas columnas.

Joven soy (á Dios gracias), aunque no tanto en achaques literarios como en años, pero como por fortuna estoy aún en plena virilidad, siempre se hallará más cercano que yo á la edad de la *punzada*, que suele reproducirse al cabo de la vida, quien no se encuentra muy distante de la *tercera infancia* de que habla Heller (añada usted un número á la lista de autores).

Tampoco tengo inconveniente en declarar que me gusta la vida madrileña, tan

(1) Entonces no era todavía el señor Varona secretario del gobierno militar, y no había tenido ocasión de faltar al respeto debido al derecho, al trabajo y á la competencia, como ha hecho con motivo de sus decantadas reformas.

atractiva como la de cualquiera otra capital europea y, para los que hemos sabido gustarla, mucho más grata que la de París, y que debo muchas ideas y conocimientos á aquella sociedad altamente civilizada, donde se discute sin insolencia y se debaten ideas, sin prevenciones ni odios personales. Además ¡que quiere usted! yo también tengo mi pequeña dosis de vanidad como cualquier nacido, aunque no tan exacerbada como la de cierto periodista habanero, y tengo que notar la diferencia entre los arañazos de aquí y los juicios de allá, autorizados por firmas tan insignificantes en Derecho como la de Canalejas y tan poco conocidas en la república de las letras como las de Sánchez Pérez, Fernández Bremón y Valentín Gómez, todos los cuales sabían digerir mis *longanizas*, que eso es cuestión de fuerza digestiva, tanto como de paladar; aparte de que, cuando uno se lo propone, no vé más que lo que quiere, y por eso alguien ha visto en *La convaleciente*, de Romañach, una abuela, donde todo el mundo hubiera encontrado una madre, ó simplemente una mujer.

Pero ¿á qué tanto enojo? ¿Es que se quieren *bombos?*.... Haberlo dicho, hombre! porque eso no cuesta ningún trabajo, y si yo lo llego á saber antes no paro de dar golpes hasta que el orbe entero hubie-

ra tenido que confesar que es usted más sabio que Salomón, más poeta que Homero, más patriota que el Cid, más literato que Valera, más crítico que Sarcey, mejor pensador que Aristóteles y más *criollo* que el mismísimo Maceo. ¿Es eso lo que se quería que yo dijera? Pues ya está dicho y usted complacido. ¿Es acaso que yo he venido á acibarar la dulzura de su fama? Pues con no hablar más de usted ni acordarme del santo de su nombre, ya estamos al cabo de la calle. Yo he sido en esto el equivocado, porque creí que aquí sucedía lo que en otras partes, que á nadie le disgustaba que de sus obras se hiciera crítica, y que el solo hecho de conceder atención á cualquier trabajo intelectual se consideraba halagüeño y grato.

¡Vamos, un poco de calma! que esos trastornos nerviosos no pueden dar buen resultado. Lea, lea mucho, aunque tenga que pensar con la cabeza de los autores, con lo cual ganará no poco la suya propia y tendrá mejor empleo el papel que usted usa para escribir sus originalidades.

Por lo demás, si la república llega á constituirse, no nos quejaremos de aburrimiento, porque, vamos á ver, cuando el buen señor de quien hablo tiene ya fundado su partido socialista, aunque ya disuelto (¡tan joven y tan desgraciado!) ¿por qué no he de poder yo constituir mi parti-

do *calambuco*, para turnar en el gobierno? Para ello tengo más cabeza que el bueno de don Diego, porque cuento con la mía y con otras veinte, por los menos. Y será cosa de admirar que cuando manden los *socialistas*, á toque de corneta nos pondremos á trabajar las consabidas ocho horas, y después, al falansterio otras ocho, y las ocho horitas restantes las dedicaremos á la *rumba* y al *lynchamiento* de *godos* y *cipayos;* y cuando los *calambucos* tomemos "las riendas," á toque de campana todo el mundo se levantará para ir al templo, y al mediodía nos reuniremos para entonar el *Angelus*, y por la tarde á rezar el rosario, y estableceremos la Inquisición y el Santo Oficio, y el que no oiga misa.... á la hoguera con él! y el que no rece diariamente tres *Padrenuestros* por lo menos.... á la hoguera! y el libre pensador.... á la hoguera! y todo bicho viviente será frito, asado ó tostado, según convenga á los intereses de la Iglesia y del Estado.... Y el que no esté conforme, que *evacue*.

Para terminar observaré que, si nunca he presumido de aristócrata, y eso lo saben cuantos me tratan, es cierto que no me resigno á vaciar mi pensamiento en los troqueles de la democracia *intelectual*.

Y basta de pequeñeces.



UNA VISITA AL CEMENTERIO DE COLON

En nuestro escaso patrimonio de arte plástico, la necrópolis habanera viene á representar el fundo más valioso, la heredad más pingüe, y por lo mismo, la más atendida, la que con algunos visos de legitimidad despierta y complace el orgullo local.

Conocíale yo desde mi mocedad, que cada día apresura más y más el paso para alejarse, cuando vine á la Habana á tomar el vapor que había de conducirme á España. Pero las cosas vistas á través del prisma de los quince años, que no más contaba yo por aquel entonces, se graban débilmente en la retina del alma, y las impresiones que provocan no son para archivadas entre los legajos del recuerdo. Faltábame, además, para formar juicio lo que ahora no me sobra: conocimientos y tér-

minos de comparación, haber estudiado y haber visto lo que no puede alcanzarse desde el amado terruño en que vivió recluida mi dichosa infancia.

Llevado, pues, por el falaz deseo de renovar impresiones, en la edad en que la vida consumida y la experiencia ganada empiezan á rectificarlas, encaminé mis pasos hacia el suntuoso cementerio, en una tarde de Noviembre en que el sol cubano nos hacía la merced de templar un tanto el calor de sus irradiaciones, ocultándose á ratos entre las nubes grises que flotan en nuestra atmósfera, mientras las mansas auras del otoño, sonando con delicados murmullos en las copas de los álamos y laureles que guarnecen los flancos de la blanquecina carretera, herían gratamente el oido del viandante.

Desde la falda de la loma en cuya cumbre se levanta el castillo del Príncipe hasta el moderno cementerio, la jornada es corta y antójaseme que no ha de parecer penosa al habitante de la Habana, ansioso siempre de oxigenar su sangre y recrear su espíritu con el salutífero contacto de la naturaleza, tan apartada ¡ay! del estrecho laberinto de nuestras calles polvorosas.

Llegado que hube á la explanada en donde se asienta la funeral mansión, admiré, esta vez á conciencia, la monumental portada que le da acceso, obra que basta

para acreditar la inspiración y la ciencia del arquitecto que la construyó, y que trasciende á fortaleza por el espesor y robustez de sus muros, y á santuario por la magestad de sus arcos y columnas, en las que el gusto románico ha sabido enlazar la pensada redondez del orden dórico con el florido capitel del orden corintio, que reserva el *tambor* para sustentáculo de las hojas recortadas del acanto.

Esa mezcla de castillo y templo, que se advierte en la fachada del cementerio de Colón, prepara el ánimo al respeto y á la piedad con que debe entrar el visitante en el sagrado recinto, y bien mirada esa combinación, tan felizmente traducida en la piedra, es, para el que sabe leer en la hermosura del símbolo la magnificencia de la idea, una representación acabadísima del poder y santidad de la muerte.

La dicha portada y la iglesia jónica del Carmen, en Puerto Príncipe, tal vez sean los dos únicos monumentos arquitectónicos de orden definido y de mérito digno de ser admirado que poseemos en Cuba. El día en que sobre el cornisamento de la primera queden colocadas las tres gigantescas estatuas recien llegadas de Italia y sobre las cuales apenas pude pasear la mirada, porque todavía yacían en el encierro de sus envases, nuestro arte ofrecerá á la contemplación del extranjero una obra

verdaderamente notable y digna de la capital cubana.

Atrae también la atención la hermosa capilla, en forma de octógono, que se destaca entre cipreses y llorones, en la calle central, frente á la portada, con su doble galería, la una en el atrio, la otra interior, y con sus bien labradas puertas y púlpitos, en cuya caoba la talla pudiera hacer primores.

Lástima que la aféen aquellas pinturas de la cúpula, que parecen ejecutadas á jornal, y aquel *Juicio Final* del retablo, presidido por un Padre Eterno, que si en algo recuerda el de la *Trinidad* del Españoleto no es ciertamente por la semejanza, y lleno de carne amorcillada, figuras y miembros retorcidos arbitriariamente, amontonados á ciegas entre un *barroquismo* de la peor especie y teñidos de color bronceado á veces, á veces terroso, siempre falso y anémico, delator incontestable de un gusto que, para bien de la pintura cubana, no quisiera ver secundado por extraviados imitadores.

Indudablemente, el laborioso Director de la Academia de San Alejandro, autor de esas pinturas, no carece de facultades, y hasta creo que en otro tiempo haya sido artista. Pero, acostumbrado á disfrutar en esta capital, y aún en la Isla entera, del monopolio de su profesión, sin el aci-

cate de la rivalidad y sin los estímulos de la competencia, ha trabajado sin aquel amor que nutre la inspiración y sirve de brújula al estudio, y dando al olvido cuanto del artista demanda la excelsa dignidad del arte. Así se explica que haya podido someterse á exigencias que desnaturalizan y rebajan la producción artística, plegándose dócilmente á los deseos de los admiradores de Cortina, que quisieron ver en la estatua del gran orador un trasunto exacto de su poco esbelta figura.

Además de esa obediencia pecaminosa, échase de ver en la estatua del gran tribuno, un ciego respeto á la indumentaria en aquella raquítica levita que aprisiona cruelmente el tórax, imprimiendo á la figura cierto aire plebeyo, absolutamente incompatible con la magestad de la oratoria. ¡Cómo si á los *Comuneros* de Gisbert les privaran de heroismo y entereza las anacrónicas calzas acuchilladas que todo el mundo advierte, pero que nadie deja de perdonar! De la actitud no hablemos; más que un hombre que habla, aquello parece un hombre que *boxea.*

Abundan en nuestra necrópolis los asuntos repetidos hasta el infinito y el mal gusto que por lo general se observa en los cementerios de todas partes: la pirámide truncada, el obelisco desnudo ó cubierto de sudario, el ánfora, la urna y el arca ci-

nerarias, los ángeles y las representaciones escultóricas de las virtudes teologales. En algún que otro mausoleo se vé brillar la belleza de la idea, como en uno de la calle central en donde aparece el arca colocada bajo un templete de estilo gótico decadente, el que encierra los restos del general Calixto García, y un sepulcro puesto bajo la custodia de un hermoso ángel sentado en su base.

También hay plaza para los piadosos caprichos familiares. Ejemplos: una imagen, que no sé si es de la Purísima, sobre una pirámide vestida de paño funerario, y un angelito que, desde lo alto de una columna, mira hacia abajo con el cuerpo inclinado, como en actitud de arrojarse á un abismo, y que trae á la memoria la manoseada frase de los suicidas previsores, aplicada por un crítico de *Blanco y Negro* á la estatua del teniente Ruiz, erigida en la plaza del Rey, en Madrid: *no se culpe á nadie de mi muerte.*

Sobresalen, entre la multitud de los panteones, dos conocidos y admirados monumentos: el de los *bomberos* y el de los *estudiantes.* Aquél magestuoso, rico en inspiración y en detalles y en el que todo es admirable: la base, ostentando en magníficos medallones separados por graciosas columnitas los retratos de los héroes que sucumbieron en aras de humanitario de-

ber, las esculturas que coronan sus ángulos, la columna y el ángel que sobre ella se destaca, llevando en sus brazos el cadáver de un bombero, como disponiéndose á transportarlo de un vuelo á las regiones del descanso y de la gloria.

El de los estudiantes acusa un detenido estudio de las proporciones y es severo y sobrio, excesivamente sobrio, hasta tocar en los linderos de la pobreza en su amplia base, de tableros casi lisos, exentos de todo relieve y adornados tan sólo con los filetes y las molduras más elementales del dibujo arquitectónico. Daña sobremanera á la grandeza y al arte del homenaje aquel ángel que sale del túmulo como de un aposento, ó á modo de *cuco* para dar la hora. Muy mala tuvo que ser la en que el artista concibió esa idea, que le pondría en grave aprieto si hubiera de explicarla, porque ni los túmulos tienen puertas, ni los ángeles habitan en ellos, ni nadie se da cuenta de cómo pudieron bajar las nubes á aquel recinto y apiñarse en aquel montoncito que sirve de fondo, á manera de decoración, al inverosímil espectáculo.

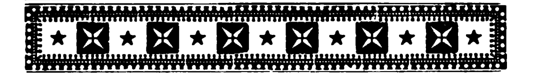
Olvidando presto los defectos del monumento, para sólo acordarme del luctuoso suceso que conmemora, elevé al cielo sentida oración por aquellos simpáticos jóvenes, casi niños, sacrificados impiamente por una soldadesca ensoberbecida, y otra,

al pié de su tumba, por el Dr. Rabell, patriota inmaculado, todo corazón y todo bondad, muerto de tristeza al ver á la patria bajo el yugo extranjero.

Ya junto á la puerta, hube de detenerme unos instantes mientras el capellán entonaba un responso y rociaba con agua bendita un sarcófago pobre y humilde, dentro del cual yacía, sin duda, el cadáver de uno de tantos hombres que no tuvieron puesto en el festín de la opulencia.

Y lleno mi espíritu de ideas graves y solemnes, abandoné el cementerio en los momentos en que empezaban á avanzar las sombras de la noche vecina, repitiendo interiormente el hermoso pensamiento del poeta:

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar á la mar,
que es el morir.



PARA LA HISTORIA DE CUBA

Trabajos políticos de Rafael Fernández de Castro. Tomo 1º— La Propaganda Literaria.— Habana, 1899.

La obra cuyo título antecede es una recopilación muy extensa, formada con celo de entusiasta admiradora, por la inteligente y laboriosa señorita Carmela V. Nieto y Font, de las oraciones parlamentarias, discursos y artículos políticos y trabajos de polémica de nuestro ilustre amigo el señor don Rafael Fernández de Castro, una de las personalidades más prominentes de nuestro país, á cuyo servicio ha venido consagrando con admirable desinterés y abnegación lo mejor de sus talentos y lo más lozano de sus energías, desde que, constituido el partido liberal cubano, á raíz de la paz del Zanjón, los elementos prestigiosos de nuestra sociedad

agrupáronse bajo sus banderas para luchar con denuedo por la conquista de nuestra personalidad política y el establecimiento del *self-government*, ideal acariciado por el espíritu cubano desde principios del siglo que en estos días termina.

Con decir que el señor Fernández de Castro fué una de las primeras figuras del partido autonomista y uno de los hombres que con más empeño, decisión y entusiasmo trabajaron por aquella noble causa; con advertir que sus conocimientos y sus prendas de caracter le dieron activísima intervención en la historia de aquel partido, que es una buena parte de la historia de Cuba, llevándole al Parlamento español en la época de combate, para el que tan excelentes condiciones hubo de demostrar el elocuente tribuno, y al Gobierno Civil de la Habana cuando el sistema en cuya defensa supo esgrimir sus bien templadas armas regía ya en nuestra patria, señalándose en este último cargo como gobernante paternal que mira á sus súbditos como cosa propia y por ellos se desvive con la naturalidad y eficacia de que son elocuentes testimonios los actos todos del señor Fernández de Castro en aquellos azarosos meses del bloqueo, en que el Gobernador no cobraba sueldo y abría sus arcas con inusitada munificencia para distribuir próvidamente socorros y alimentos al pueblo

atormentado por la miseria y el hambre; con señalar la significación política y la nobleza de corazón del autor de los trabajos recopilados, habríamos dicho lo bastante para que pudiera formarse juicio de la importancia que para la historia patria tiene la publicación de una obra en donde, paso á paso, vese desarrollar brillantemente una vida fecunda, consagrada á los más altos empeños de reivindicación política y verdadera filantropía en beneficio siempre de nuestra desventurada Cuba, sobre cuyos hombres más preclaros, no sé porque extraño y doloroso sino, ha pesado en todos los tiempos la negrura de la ingratitud y la injusticia criminal de las más viles persecuciones.

Pero queda un aspecto, que no es por cierto el menos interesante, en los *Trabajos políticos* del señor Fernández de Castro: el que les da su personalidad intelectual y las peculiares condiciones de su temperamento; eso que imprime caracter á los partos de la mente y marca con indeleble sello las producciones de los hombres superiores, y que en las del señor Fernández de Castro se ofrece con todo el vigoroso relieve que le prestan la cultura, el talento y el caracter de su autor.

Ese algo íntimo que en vano se busca en las obras anodinas de los autores sin personalidad; esa fotografía luminosa del

alma, que aparece impresa con todas sus virtudes y todas sus excelencias en cada una de las páginas del hermoso libro, y que á virtud de cierta misteriosa transfusión del espíritu se graba tambien en el intelecto y en el corazón del lector, moviéndole á la admiración y al entusiasmo, cualesquiera que sean sus ideas; despertando en su interior afanes de proselitismo cuando se siente convencido discípulo, y más aún cuando advierte con sano regocijo coincidencias de pensamiento y analogías de expresión que vienen como á sancionar humildes juicios y opiniones, vertidos con la timidez y reserva de quien carece de autoridad para imponerlos, todo eso que tan sugestivo es de suyo, y mucho más que la pluma no acierta á expresar, se encuentra magistralmente traducido en la obra del señor Fernández de Castro.

De su oratoria todo el mundo conoce los períodos esculturales y sonoros, la belleza soberana de la forma, el rasgo intencionado, el ataque fulminante que brota irresistible de su verbo, como el rayo de la nube henchida de electricidad, la imágen primorosa, la fantasía espléndida, el concepto profundo y la energía de la frase limpia y clara como las aguas del torrente.

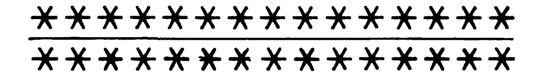
De sus artículos en la prensa nadie desconoce tampoco la castiza y brillante locución que les distingue, ya revistan los se-

veros tonos del *fondo*, ya prefirieran vaciar su contundente argumentación en las amenas é intencionadas formas del humorismo y de la sátira. Casi ninguno de ellos dejó de provocar apasionadas polémicas y muchos desataron tempestades en los campos enemigos: prueba incontestable de su valor y eficacia.

En la colección figura, por expresa exigencia del señor Fernández de Castro, el célebre articulo *Los ases de espada*, "calumniado—como dice el autor en su elocuente prólogo—de una manera infame por la perversidad de gentes degeneradas y comentado desfavorablemente por la ignorancia ó superficialidad de personas impresionables á quienes han hecho coro, para aumentar la difamación, la malquerencia y la indignidad". Con ello demuestra el señor Fernández de Castro que quien no tiene nada de qué arrepentirse no necesita arrancar ningún dato de su brillante historia.

Bien ha hecho, pues, la señorita Nieto en coleccionar los trabajos políticos de que venimos ocupándonos y que de seguro figurarán al lado de los de Saco, Arango y Parreño y Montoro, y bien hará el señor Fernández de Castro en olvidar amargos y justificados resquemores, tomando como temporal su voluntario y apacible retiro, tan poéticamente descrito por su pluma en

el hermoso prólogo de la obra, porque hombres como él no se deben á sí mismos, sino á su país, á cuya historia están indisolublemente unidos.



SUUM CUIQUE

veces la amistad estorba.

Fuente es ese noble sentimiento de vivas satisfacciones, de gratas complacencias: piedra de toque en que la lealtad prueba su pureza y diapasón que afina y concierta los afectos.

Pero, con ser tan amable su virtud y tan dulce su poder, ocasiones hay en que quisiera el escritor salir de sus dominios—con billete de ida y vuelta, por supuesto,—y aparecer á los ojos del público, libre de su influencia, y sustraido á sus estímulos. Por lo menos, tal libertad sería preferible á tener que observar abstenciones y guardar reservas, tanto más dolorosas cuanto menos justificadas.

Y he aquí de qué suerte el lazo puede trocarse en yugo.

Digo esto, porque yo que soy uno de los que con más entusiasmo admiran las exce-

lentes condiciones de artista y las meritorias prendas que, como á tal, adornan á José María Soler, mi probado y consecuente amigo, he tenido que callar, bien á pesar mío por cierto, mientras la prensa toda de la Habana le prodigaba justos elogios con motivo de la reciente exposición de su cuadro *Sueño de libertad.*

Hízome conocerle á fondo y estimarle de veras un trato largo, muy largo, de esos que se mantienen y fomentan al calor de ideales artísticos en lo esencial comunes y bajo las inspiraciones de temperamentos análogos, de aficiones idénticas y de gustos semejantes, unificados en cierto modo por el culto de la patria amada, de la que nos separó en fecha lejana el mismo deseo de ver más mundo que el que puede divisarse desde este florido rinconcito de la tierra, que sus aborígenes llamaron *Cuba* y sus descubridores bautizaron con el muy expresivo de *perla,* dándole preferente lugar entre las que engarzadas brillaron en la antes esplendorosa corona de Castilla; el mismo afán de pulir nuestros caracteres y educar nuestras aptitudes y saciar anhelos que el mundo europeo acoge solícito y satisface con liberalidad de opulento patricio.

Es cierto que nunca se ama tanto el país donde se nace, como cuando en la ausencia se le recuerda y bendice. Nunca el terruño atrae con tanta fuerza, como cuando

se le contempla desde lejos y con suspiros de nostalgia. Ni jamás se le concibe tan espléndido como cuando, mirándolo á través del doble velo de la distancia y del tiempo, el amor lo transfigura y enaltece, atribuyéndole las más augustas perfecciones.

Soler y yo bien lo sabemos. Y lo mismo lo sabrán cuantos en igual caso se hayan encontrado.

Copartícipes de unos mismos sentimientos y ligados por tan poderosa simpatía, no es raro que nos sintiésemos inclinados á iguales costumbres, ni que propendiésemos ámbos á la conservación de una amistad que en cierto sentido podría calificarse de predestinada.

La cual, por otra parte, mientras vivimos en Madrid, contaba con frecuentes ocasiones de fortificarse, pues llevados, repito, por los mismos hábitos, nos encontrábamos á menudo diariamente, ya en el Ateneo,—á donde acudíamos á oir las doctas lecciones de un Menéndez Pelayo sobre los grandes polígrafos españoles, ó de un Fernández Jiménez sobre la pintura italiana, ó de un Pedrell sobre la historia de la música,—ya en las Exposiciones de Bellas Artes, bien en el Círculo de este nombre, —de tan grata memoria para nosotros,— bien en el sin rival museo del Prado, á donde solía yo concurrir al regreso de mi

paseo por el Retiro en las apacibles mañanas de primavera y en donde él se ejercitaba en la copia de modelos y yo pasaba horas enteras extasiado ante las obras geniales de Murillo, Veronés, Tiziano, Rafael y Velazquez

Esto cuando nosotros mismos no buscábamos la comunicación yendo yo á su pobre cuarto de estudiante ó viniendo él á mi modesto y alegre pisito del barrio de Salamanca, que convertíamos en escenas de amenísimas pláticas sobre arte, trasmitiéndonos en pacífico comercio nuestras impresiones.

Y porque tales hayan sido y sigan siendo nuestras relaciones, ¿habré yo de privarme de unir mis sinceras alabanzas á las muy entusiastas que ha inspirado su hermoso cuadro? ¿Habré de renunciar á publicarlas por temor á que se las atribuya la paternidad del afecto?

La cuestión, en buenos principios, tiene que resolverse en sentido favorable á mis deseos. Pero.... ¡hay gentes tan suspicaces! Me arredra tanto el miedo de que no se perciba en la justicia sino el sabor de la amistad!....

¡Ea, pelillos á la mar! Después de todo, no sé por qué se ha de llevar á mala parte el juicio de un amigo cuando el juicio es justo. Y sobre todo, cuando nada añade ni quita á la reputación juzgada.

Así pues, diré, para cumplir el encargo con que me honra *Cuba y América*, cuyas páginas se engalanan hoy con el retrato del distinguido artista, que Soler lo es de cuerpo entero; que hay en él inspiración bien conducida y pericia bien asentada, facultades y ejercicio, conocimiento y práctica, técnica y factura.

Pruebas de ello son, además del cuadro expuesto, sus retratos, sus paisajes y sus cabezas de estudio, que lo son á la vez de un exacto conocimiento de la fisiognomía. La pincelada franca, el toque seguro, como el de quien sabe para qué sirve el pincel, el dibujo aprendido del *verdadero* natural y trazado en el lienzo con la soltura del que no pinta con regla y cartabón, el colorido justo y la composición lógica y sentida, tales son las cualidades que se advierten en sus obras.

Prefiero sin embargo á su ejecución, su técnica, y á sus obras, sus ideas. Mucho me agradan sus pinturas; pero me satisfacen más sus conocimientos. Y entre verle con el pincel dispuesto á embellecer un lienzo ó una tabla, ó con la pluma preparada para ilustrar con un artículo á sus lectores, opto por lo segundo, porque me parece que mejor que en el taller estaría en la cátedra. Sus conocimientos de teoría é historia del arte son muy valiosos, y en perspectiva y anatomía ó antropología

artística, no creo que haya en Cuba quien le iguale. Sin hipérbole.

De mis palabras certifican la predilección de un maestro tan sabio como Parada y Santin, que no se obtiene sin méritos, y numerosos premios y medallas concedidos por Jurados de Exposiciones y Tribunales académicos.

En cuanto á su *Sueño de libertad*, poco ó nada he de añadir á lo publicado por la prensa habanera. El asunto ha sido bien concebido y es por demás interesante y humano. Para mí lo más notable del cuadro es la composición, y lo más acertado de las figuras la expresión: bondadosa y redentora en el angel, plácida y feliz en el cautivo que sueña con la ansiada libertad.

Yo hubiera querido ver un poco más de cuidado en los escorzos y un poco menos de corporeidad en el angel, de manera que esa figura se hubiera ofrecido á los ojos del espectador como una silueta, como algo impalpable y ténue, destacándose así con más verdad la idea de visión soñada que expresa el hermoso cuadro. Pero si esto es un defecto, hay que reconocer que está compensado con las cualidades arriba dichas y con otros éxitos que fuera largo enumerar: entre otros, el logrado en aquel muro del calabozo chorreando humedad y despidiendo fetidez, y que tanto se parece

al que pintó Ferrant en su admirable *Entierro de San Lorenzo.*

Alguien ha encontrado en el cuadro de Soler una alegoría patriótica. Yo no sé si tal fué su propósito, porque no me ha ocurrido preguntárselo, aunque lo creo probable, pues Soler ejecutó esa obra en los días en que su voluntad andaba indecisa entre Roma y la manigua. Si esa fué su idea, me parece que la hubiera expresado mejor con haber invertido los sexos de las dos figuras, la del preso y la del angel.

Cierto que ni los ángeles ni los pueblos lo tienen, pero se ha convenido en representar á los primeros con los atributos de la doncellez masculina y los segundos, excepción hecha del fuerte y prosáico *Uncle Sam*, se simbolizan en la mujer.

Los que amando á Cuba hemos soñado para ella con una libertad efectiva, ordenada y próspera, sentiremos temores, contemplando el inspirado cuadro de Soler, de que esa libertad sea siempre un sueño.



FEMINISMO

El absurdo de la igualdad, mejor dicho, de la nivelación, de que se siente poseido el espíritu moderno, avanza sin cesar; y no contentos sus ciegos adoradores con haber sumado todos los hombres en una como especie de masa, en donde todas las moléculas tienen igual valor, el valor numérico, que es el único que se aprecia y tasa, luchan ahora por borrar las diferencias sexuales, para que el género humano no se cuente sino por unidades, todas equivalentes y todas homogéneas.

Inícuo era sin duda que la mujer viviese esclava y oprimida entre las cadenas perfumadas de los harenes orientales, ó arrastrando la desdeñosa libertad del gineceo; pero masculinizar á la dulce compañera del hombre, que con él procrea y con él divide duelos y alegrías bajo el techo de

un hogar cristiano, sin siervos, sin odaliscas y sin eunucos, esposa y madre dignificada por la civilización; arrebatarle sus gracias y vestir de energía ruda su apacible delicadeza para lanzarla á las luchas de la vida en fiera competencia con el hombre, en quien nunca debe encontrar el enemigo, sino el protector y el amante, y sobre todo eso, cargarla con el peso de nuestra vanidad y de nuestras ambiciones para que reniegue de su misión, y abomine su destino, y odie el matrimonio, y huya de la casa que le huele á cárcel, y se arranque ¡egoista y sacrílega! sus vísceras para entregarse exenta de cuidados al trabajo industrial y á los placeres livianos á que se la reconoce derecho, como si su seno no hubiese sido hecho sino para los goces, y como si no fuese un crímen esterilizar la potencia generativa que misteriosamente obra en el secreto inviolable del claustro maternal, ¡oh! eso es un atentado monstruoso contra la naturaleza, es querer enmendar la plana á Dios, reformar sus criaturas, alterar los planes de su gobernación, subvertir sus leyes, desacatar su providencia, infamar la humanidad y estorbar la misión augusta de la mujer, fuente de vida y centro de atracción que congrega á los hombres en la familia y los mantiene unidos en la sociedad!

La humanidad no es, no será nunca, un

agregado informe de átomos indistintos como los que se agrupan en las moléculas de una célula. No son unidades matemáticas, con igual valor, iguales funciones é idéntico destino, los individuos de la humanidad, sino entidades morales, séres inteligentes y libres, separados por el sexo y por las relaciones sexuales unidos en la admirable y fecunda unidad de la especie. Y así como cada una de estas tiene sus atributos, dentro de ellas cada sexo tiene su misión y sus fines predeterminados por la sabiduría infalible del Creador.

La cópula fisiológica asegura la perpetuidad en todas las especies animadas: en la humanidad, ennoblecida con el privilegio de la razón, se necesita, además, la cópula de los sentimientos, la conjunción de los afectos y la comunicación de las ideas, bases del perfeccionamiento humano que tienen su desarrollo en la sociedad y su asiento en la familia, la primera de todas las sociedades.

Como para cada función hay un órgano, para cada fin hay un instinto. Dios ha querido facilitar á sus criaturas el cumplimiento de sus fines, haciendo placentero su ejercicio y estimulando su realización con los empujes del deseo.

Un instinto moral, tan positivo y eficaz como los mecánicos y fisiológicos, pero tan mal conocido cuanto desdeñado por las

groseras especulaciones del positivismo, nos enseña con ecos de verdad repetidos por el hombre á través de los siglos y que perdurarán en la indefinida sucesión de los tiempos, que al varón está confiado en la familia el ministerio del poder y á la hembra el ministerio del amor. Poder que encauza y refrena al amor: amor que dulcifica y templa al poder. Poder y amor que se enlazan en indisoluble maridaje santificado por el matrimonio, y bájo cuya egida la familia crece y prospera en bienes y virtudes.

Todo lo que representa ó exige fuerza, inteligencia, tino, discreción y autoridad está asignado al marido, al padre. Cuanto requiere dulzura, suavidad, solicitud, terneza y consuelo atribuido está á la mujer, á la madre. Sólo así habrá orden y harmonía; sólo así será *natural* la familia. El hombre más tierno jamás podrá favorecer al hijo amado con una de esas caricias maternales con que la mujer deposita en el corazón del niño la semilla de los afectos. La mujer más varonil y esforzada nunca llegará á alcanzar los éxitos que en la sociedad obtiene á menudo el hombre con su talento, su perseverancia y su orgullo.

Esto dice el instinto, y los instintos no engañan, porque—como dice un gran pensador francés de nuestro siglo—"son el

derecho divino de la constitución de la humanidad: no se discuten; se sufren."

Contra ese instinto se rebelan los reformadores que, á título de sacerdotes de la realidad *positiva*, se proponen construir un mundo nuevo, ajustado á los planes de una realidad puramente *fantástica*, preñada de utopias y enemiga irreconciliable de la naturaleza humana.

La mujer, dicen, es un sér esencialmente igual al hombre; tiene las mismas facultades y el mismo fin. Debe tener por tanto los mismos derechos. ¿Quién podrá negar las premisas? Pero la consecuencia es falsa. Cierta y muy cierta es esa igualdad esencial de destino; pero ella no implica la misma igualdad de funciones. La nanaturaleza impone una completa diversidad en los medios que corresponden á uno y otro sexo, y la sociedad no puede vulnerar las leyes de la naturaleza.

Enhorabuena que la mujer estudie, y nutra su cerebro, y cultive su inteligencia, y eduque su carácter. Pero ¡cuidado con sacarla del hogar! Porque son muy escasas las doctoras como Teresa de Jesús y las dramaturgas como la Avellaneda, que conservan incólume la fina sensibilidad de su sexo y la exquisitez de sus femeninos corazones en medio de los azares de su carrera. Más frecuentes son los tipos de bachilleras hombrunas y repulsivos mari-

machos á lo Jorge Sand, en quienes el tatento no suple la falta de las gracias mujeriles.

Sin salir, como quien dice, de su casa, de su ameno retiro de Bourbilly, pudo recoger y perpetuar en sabrosa correspondencia, notable modelo de literatura epistolar, todas las palpitaciones de su siglo la ilustre Mad. de Sevigné, que, á juicio de Menage, nunca dejó de ser

donna bella, gentil, cortese e saggia,
di castitá, di fede e d' amor tempio.

Y tampoco tuvieron que renunciar á su condición de mujeres, damas tan celebradas y discretas como la de la Fayette, comantarista de Horacio y de Virgilio y autora de excelentes novelas en donde vació con adorable delicadeza las amarguras de un corazón abandonado ya por el amor, la de Guénégaud, cuyos lienzos adornaban la capilla y la galería de la casa de campo de Fresnes, rivalizando con los del Pussino, y sus eminentes contemporáneas, tan versadas en toda clase de disciplinas, y que con tanta pericia saboreaban y criticaban el *Misántropo* de Moliere y la *Andrómaca* de Racine; la de Rambouillet, la Colonna, la duquesa de Anville, la de Saint-Aulaire, la de Staël y tantas y tantas otras que supieron engrandecer é ilustrar su época sin renegar de su sexo.

Poned sobre los hombros de una mujer

la toga, signo de virilidad, y sobre su cabeza la borla doctoral, signo de sapiencia, y habreis quitado á la hembra sus encantos, sin haber creado un nuevo hombre.

Precisamente lo que hace amable á la compañera de Adam es cuanto tiene de mujer: augusta cuando madre, lactando á sus pechos el hijo de sus entrañas, é infundiéndole la noción de Dios y el concepto de la vida; amante cuando esposa, reservando para su dueño todos los agasajos del cariño; tierna y solícita cuando hija, atenuando el amargor de la vejez y haciendo menos duros los achaques de la ancianidad; dulce cuando hermana, templando los arranques de la mocedad masculina; sublime, santa, angelical y sobrehumana, cuando inflamada por la caridad vela al enfermo, asiste al moribundo, cuida y limpia al leproso, cruza entre balas el campo de batalla para curar las heridas del soldado, y con piadosas oraciones cierra los ojos del triste agonizante. Esos son sus ministerios y esas sus funciones.

Si quereis rebajarla, ponedla pantalones. Mezcladla en nuestras luchas, si quereis prostituirla. Pero si aspirais á amarla, no la expulseis del hogar ni desnaturaliceis su hermosa condición.

Todo lo que la mujer tiene de grande y simpática dentro del hogar lo tiene de repulsivo en la plaza pública, perorando en

los *meetings*, luchando en los comicios, ejerciendo de alcaldesa, diputada ó gobernadora.

Pero prescindiendo de esa monstruosa desnaturalización del sexo, decidme, vosotros los pretensos libertadores que cantais himnos á la emancipación de la mujer, como si esa emancipación fuera posible en el sentido selvático con que empleais la palabra, ¿qué va ganando la humauidad con que la mujer tenga derecho electoral y ocupe las poltronas de los gobernantes? ¿es que vamos á estar mejor gobernados, ó es que vamos á ser más felices? ¿os parece que están poco divididos los hombres para que sea conveniente separarlos también de las mujeres, llevándolas como nuevo elemento de desunión y discordia á la caliente arena de la política?

Mas, aunque se probara que son tan aptas ó más que los hombres para el manejo de los negocios públicos, ¿habría razón para encomendarlos á las mujeres, desatendiendo otros fines tan importantes como los políticos y en un todo incompatibles con estos? ¿Quién sustituiría á la mujer en el hogar? ¿quién la reemplazaría en su ministerio doméstico?

Como no sea que se pretenda ceñir el delantal á la cintura del hombre, y poner en sus manos el bastidor y la aguja?.........

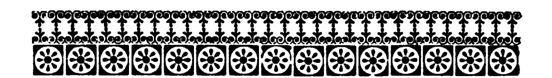
La sospecha no es infundada. Mucho

la abona la singular coincidencia del movimiento feminista con la visible degeneración de la juventud masculina, que pone espanto y miedo en el corazón del observador más sereno.

La pluma naturalista de Alfonso Daudet nos ha dejado una pintura magistral de la juventud moderna en su acabado Paul Asthier, y la profunda observación de Turgueneff abundantes copias de los tipos representativos de esa juventud que sólo vive en, por y para los goces brutales, la voluntad enferma, el alma adolorida por incurable tristeza, consumidas las energías por el tedio, el espíritu abrumado por el aburrimiento, sin bríos para el bien, sin fuerzas contra el despotismo de los vicios y encastillados entre los muros de salvaje egoismo que les lleva á desear la muerte para librarse de las molestias de la vida. Hombres de tocador á quienes seducen los afeites y los cosméticos de la coquetería femenina, blandos para la sensualidad, impotentes para todo esfuerzo varonil é incapaces de todo sacrificio!

Y la corriente avanza, y avanza sin cesar, arrollando ideales y desflorando caracteres.

Quizá esté próxima una nueva Babel en donde, no las lenguas, sino los sexos se confundan en espantoso y estéril androginismo!



A DESCASARSE TOCAN Y EL DIABLO SEPARANDO CONYUGES,

ó

PLÁCIDAS RUPTURAS Y EL VÍNCULO DIVORCIADO.

No crean los lectores que voy á criticar alguna obra del magistral y popularísimo sainetero Ricardo de la Vega, próxima á ser estrenada en nuestro teatro de género chico.

Es de otra obra de la que he de hablar, si no graciosa, mala, y de otro autor, que si no es magistral ni goza del favor público, es en cambio irresponsable y *disfruta* de la confianza del honorable Mr. Wood. La escena escogida, en mala hora, para su ejecución, es el país cubano, nada menos, y el género á que la obra pertenece no puede ser más peligroso y difícil: como que se trata de una obra de costumbres.... á la inversa.

Su genial autor, iluminado sin duda por la profunda ciencia del poder, de antiguo concentrada en esta ya vulgar y universalmente practicada máxima: *el que manda, manda, y cartuchera al cañón*, ha querido dejar fúlgida huella de su paso, como diz que dicen los trovadores cursis,—é invoco la referencia porque no suelo leer sus pedestres rimas,—y después de largas vigilias y hondas meditaciones, en las que el ardiente numen del escritor llegó hasta las más bajas profundidades del derecho, la historia, la literatura y la poesía, pluma en ristre, su nervuda mano, agitada por la inspiración, traza sobre el blanco papel los rasgos que han de dar vida á la regeneradora idea y escribe, como con daga, en el propio corazón de la familia cubana, un nuevo capítulo, que por desgracia no será el último, del macabro *poema* jurídico-social que en Cuba se está desarrollando al presente.

La exposición (preámbulo), en aras de la comodidad suprimida, por sus antecesores y compañeros en obras del mismo jaez y restablecida ahora por nuestro autor, es un himno, lleno de magestad y harmonía, al progreso y á las conquistas del espíritu moderno "sobre las envejecidas tradiciones españolas en materia matrimonial". ¡Hermoso pensamiento! ¿Habían creído mis lectores que todas las tradiciones, para ser

respetables, necesitaban ser viejas? Pues nó, señor. Precisamente cuando envejecen, *en materia matrimonial* por lo menos, deben ser arrumbadas como trastos inútiles en el más apartado rincón de la nacionalidad, que maldito si necesita de ellas para adquirir robustez y vigor. ¡Abajo lo viejo! ¡Pues no faltaba más sino que esas antiguallas vinieran á cerrar el paso á la *materia* progresista de un autor conspícuo! ¡Tradiciones á mí! se habrá dicho el señor Estévez (ya se me escapó el nombre que reservaba para la apoteósis final; pero bueno es que se vaya conociendo, porque lo merece), recordando la bélica actitud del caballero manchego ante los hambrientos leones enjaulados. Así como así, nuestro pueblo no necesita tradiciones, y menos ultramontanas, y mucho menos aún españolas. Apartémonos de la compañía de España, Italia y Portugal, que son pueblos de nuestra raza y nada bueno habrán de darnos, y vayamos á buscar ejemplos y modelos en naciones que ningún vínculo mantienen con nosotros, pero que *marchan á la cabeza de la civilización* y además son independientes, como Polonia, pongo por república, y la Unión americana, sobre todo la Unión, nuestra maestra y tutora.

Aunque ya van pasando de moda los arranques hispanófobos y los fulminantes dicterios al "ultramontanismo", sobre todo

desde que en Cuba se ha reconocido que no era tan fiero el león como lo pintaban, y en todas partes que ningún pueblo sin religión puede llamarse civilizado, el señor Estévez ha tenido á bien reproducir un párrafo de literatura patriotera, á la manera de los que tanta fama y provecho han dado á los nuevos oradores, á la vez caudillos y secretarios (con y sin *sub)*, y otro por el estilo de los que hacían "fallecer de hilaridad" al buen donoso Cortés en los promedios del siglo. Como á autor novel que es, le preocupa mucho el público, aunque no tanto como el público merece, y piensa que es todavía el *efectismo* un argumento convincente y un arma de buena ley.

Dice luego el señor Estévez que "la sociedad cubana ha parecido decidida ultramontana sin serlo". ¡Pobre Cuba! Tambien parece hoy demagógica y atea, por obra y desgracia de sus reformadores. Lo único que con esto se prueba es que nunca va á aparecer como es. Siempre víctima de los antojos y juguetes de los caprichos de quienes no conquistaron su confianza: ayer de los Ministros de Ultramar, hoy de los secretarios intervenidos y gobernantes por delegación.

Nos revela después el celoso auxiliar del gobierno americano que "la familia cubana, *bajo* el punto de vista religioso, no es

la familia española, entregada en lo espiritual al sacerdote católico...." Claro que nó. A quien está entregada en lo espiritual, y en lo material, y en todo, es á la intervención, que los amigos del señor Estévez no quieren condicionar. ¡Habráse visto mayor absurdo que la dirección *espiritual* del sacerdote! Bien está que los ministros de la religión se metan en las casas para guisar, barrer, tomar cuentas á la criada, poner tasa á los gastos de la familia y llevarles las cuentas de su administración. Pero para dirigir la conciencia? ¡Vaya un desatino!

Para probar que la familia cubana ha aceptado siempre sin escrúpulos la intervención del poder civil (y del poder americano), alega el hecho de que cuando se quitó eficacia legal (traduciendo al castellano el lenguaje del señor secretario) al matrimonio canónico, nadie abrió los labios para hacer la menor protesta. Es posible que el señor Estévez haya visto todos los labios cerrados; pero tambien pudo observar que hubo plumas que no permanecieron inactivas, y es lástima que el secretario-legislador no haya leído lo que con relación al asunto se escribió, porque quien sabe si algo de ello le hubiera servido de ilustración para conocer un problema que no todos entienden, aunque el señor secretario crea otra cosa, y juzgar con acierto so-

bre una "materia" que, contra su parecer y según opinión de muchos autores, si no tan sabios, más escrupulosos que el señor Estévez, todavía no está agotada.

Y vaya ahora una muestra del clásico estilo del señor Estévez, que corre parejas con la profundidad de su ciencia:

"Por esta razón, y porque no se trata de discurrir sobre teorías de escuelas sino de seguir en una cuestión de aspecto social las corrientes del siglo en que vivimos, que solo han dejado de seguir en la vieja Europa, España, Portugal é Italia, es por lo que únicamente bajo el punto de vista de lo que hemos sido y de lo que somos en materia religiosa, ó mejor dicho, bajo el punto de vista de la brevísima historia del matrimonio en Cuba, esta Secretaría ha considerado la cuestión (aquí, sin quererlo, hace partícipe de su hazaña hasta al último escribiente), para deducir como cree deducirá todo el que se despoje de preocupaciones pasadas de oportunidad y quiera ser hijo del siglo, que no hay razón que deba detener el planteamiento entre nosotros del divorcio del vínculo". (!)

No sé porqué se me figura que á pesar de los profundísimos conocimientos del señor Estévez, de su dominio de la ciencia histórica, de su notable estilo, de su ecuanimidad de juicio y de sus altas dotes de prudencia y perspicacia, su obra va á que-

dar sin aplausos. Para mí que fracasa en el estreno, y la empresa la retira del cartel.

Y si á tí, lector discreto, te pareciere que es este demasiado humorismo para aplicado á asuntos tan serios, te diré con la guajira franqueza que he adquirido en mi amistad con el campo, que cuando las cosas lloran—y aquí todo llora, como afirmaba ha poco con pintoresca frase el galano escritor señor Curros Enriquez,—el hombre se esfuerza por reir, que la risa es á veces el disimulo del llanto. Y no se me diga que hablo así porque, al fin, como buen tuerto (1), miro contra el gobierno. No me limito á reir. Deseo, además, al señor Estévez descanso y regocijo en su viaje á París y, si posible fuera, una medalla para su obra, caso de que la lleve á la Exposición, recompensas que bien ganadas tiene por su penosa labor, pues la verdad es que después de pasar por *debajo* de tantos puntos de vista y de *seguir* tras tantos paises, y arrastrar á Cuba para que *se vaya* (2) en compañia de seis naciones que no sabemos á donde van á parar, pero que indudablemente *van* á alguna parte

---

(1) Este artículo fué publicado en *El Nuevo País*, con el pseudónimo de *El Tuerto de Banagüises*.

(2) *Paises en cuya compañía se iría Cuba admitiendo el divorcio:* frase del proyecto de decreto sobre ¡el divorcio del vínculo! (frase del preámbulo).

cuando lo dice el señor Estévez, el activo secretario debe estar fatigado y, á fuerza de achicarse, molido y maltrecho.

Y que cuando regrese no nos traiga otro adelanto por el estilo del que ahora nos deja el afortunado *hijo del siglo.*

¡PASO A LA CRITICA!

La crítica es un ministerio.

Y aunque esta proposición tenga sus visos de perogrullada, no está demás enunciarla, ni huelga discurrir breve y llanamente acerca de ella, porque hay muchos que la echan en olvido cuando más necesitan recordarla.

Ser crítico es ser juez, juez *perito*, aunque no sean pocos los de la clase de *legos*. Criticar es juzgar, y no se puede juzgar, rectamente se entiende, sin un completo y exacto conocimiento del asunto. Necesita, pues, el crítico una sólida preparación, que por lo que debe tener de vasta no se alcanza sin *mimbres y tiempo*, es decir, sin trabajo, y por lo que debe tener de profunda no se improvisa en cuatro días. Cuando el crítico no está por lo menos á igual altura que el autor, difícilmente se librará de una *plancha*.

Es un principio de moral el respeto á los *mayores*, no sólo en edad y en gobierno, sino en saber. Sólo la osadía se lanza á hablar de lo que ignora.

Además de *ciencia*, se necesita *carácter*.

No me refiero con esto al temperamento, sino al hábito, del que se ha escrito con acierto que es nuestra segunda naturaleza. Quiero decir, que sin un dominio racional de los impulsos afectivos que ponga al crítico en condiciones de discernir lo bueno de lo malo, apreciando la realidad en sí y no en la imágen caprichosa y falsa que las pasiones graban en la cámara fotográfica de la imaginación; sin un absoluto vencimiento de toda prevención y de cuantos enemigos conspiren contra la serenidad del discurso; sin un noble olvido de los motivos personales, que jamás deben oirse en el juicio y menos reflejarse en la sentencia, no se debe empuñar el augusto cetro, porque así no se puede ejercer sana jurisdicción.

Quien con tan enojosa impedimenta proceda, dañará en vez de beneficiar, herirá en vez de curar, será un profanador, nunca un sacerdote de la crítica, porque no puede corregir quien de corrección ha menester.

"Autores sapientísimos que yo he estudiado"—y no necesito decir si bien ó mal, porque es cosa que á mis lectores no ha

de preocupar,—proclaman unánimes y convencidos la doctrina que antecede y que pudiera formularse de este modo, parafraseando el conocido aforismo hipocrático: *mens sana in corde sano.* Los que á ella no se ajusten no escribirán más que desahogos.

No poco se requiere para dárselas de dómine cuando apenas se poséen las más elementales cualidades de un escolar. Pero como

> eso de analizar empresa es dura,
> y nadie tan sin miedo criticara
> si exigiese razones la censura,

—según dice la Avellaneda en su donosísima sátira,—suelen abundar, más de lo que conviene á la seriedad y al prestigio de la prensa, los que, convirtiendo la publicidad en vehículo de sus personalísimas adoraciones y aborrecimientos, adulan ó pegan á placer, porque, no los altos fines de la crítica, sino la lisonja ó el agravio les inspira. Bien que para asegurar el éxito, y de paso disimular la santa intención, no son pocos los que practican al pié de la letra los irónicos consejos con que Mariano de Larra ilustró á su candoroso cliente, necesitado de malicia y mundología para acometer y rematar con éxito las graves tareas de la crítica.

En el error contrario caen los que, hin-

chados por fátua y ridícula vanidad, no consienten que se les trate sino como talentos impecables, inteligencias excelsas, casi sobrehumanas y por tanto indiscutibles, soberanas, merecedoras de toda alabanza é invulnerables para toda censura. Para tales gentes, el crítico no debe hablar sino de rodillas y empuñar la pluma con guantelete de seda para que no escriba de sus magníficas personas sino suaves y sonoros epítetos. Todo les ofende y les duele y les molesta. Hay que empezar por llamarles genios, y genios declararlos al concluir. Cualquier otro concepto es *impropio*, y no cabe en el costal de su vanidad, aunque haya sido dictado por la justicia. No quieren ir al anfiteatro y exigen que se les lleve al jardín, pues flores y aromas no más pide su delicado olfato, y por eso odian tanto el bisturí del cirujano, por hábil y honrada que sea la mano que lo use, como aman el *bouquet* del complaciente y servicial jardinero.

¡Insensatos! No conocen lo que es crítica, ni saben que el orgullo es descontentadizo, que nada basta á su voracidad insaciable, y que en su lecho reposando, el estímulo se achica, y la actividad decae y muere, engañada por los mentidos esplendores de imaginarios triunfos.

Por lo que á mí toca, siempre bendeciré las censuras y reparos con que fueron aco-

gidos algunos de mis modestos ensayos literarios, porque con ellos aprendí á distinguir lo convencional y artificioso de lo real y verdadero, á despreciar el oropel barato de los *bombos*,—bien fáciles de conseguir, porque ¿quién no tiene amigos en la prensa?,—á cuidarme de producir con esmero, sujetando la imaginación al raciocinio, poniendo freno al sentimiento y enriqueciendo la mente con los frutos del estudio, para no construir formas vacías y crear séres viables, no engendros monstruosos, como los que pare la inteligencia sin ideas.

No; tampoco la crítica debe ser fácil al halago ni venderse al favor. Su lema debe ser la justicia y la verdad, y en su escudo debe llevar grabada á guisa de leyenda la enérgica sentencia de Víctor Hugo: "la verdad no capitula ante nada".

Ni la sañuda fiereza de Brunetiere, ni el dulce servilismo de cualquier Carulla; pero sí la imparcialidad respetable de un Valera, ático y fino como un caballero de la vieja cepa, ó de un Menendez Pelayo, profundo y sabio, ó de un Balart, intencionado y cortés.

No es raro que en nuestro país ande la crítica tan desmayada y floja y el amor propio tan despierto y celoso. Nuestro mundo intelectual es pequeño, todos nos conocemos, la amistad suele unir las más

de las veces al crítico y al criticado, y no es este sentimiento el más á propósito para ver lunares y publicar defectos. La costumbre de los elogios fácilmente se convierte en vicio. Cunde la afición á la apología y no se quiere gustar sino de panegíricos. Así el amor propio y la autognosia crecen hasta agigantarse y avasallar el juicio de los que imprudentemente los calorizan y alientan, y en tal situación no se perdona á quien vea las obras con otros lentes que no sean los de la amistad,—siquiera esto mismo no las recomiende ni alabe,—porque los frecuentes y diarios encuentros del autor con el crítico recuerdan al orgullo del primero la severidad inaguantable del segundo.

Hay otra razón que explica la escasez de trabajos críticos en nuestra prensa. Por un defecto de educación psicológica, que, lejos de tender al equilibrio de las facultades, conspira precisamente al tiránico señorío de la que por naturaleza es ya reina de nuestro espíritu, los cubanos somos muy dados á las obras de imaginación y muy poco afectos á las duras labores del juicio. Prohijamos con amor las bellezas de la fantasía, por desordenadas que sean, y condenamos con desdén, cuando no con saña, los resultados del juicio, por maduros y útiles que se ofrezcan.

Así no puede desarrollarse la crítica,

planta débil y seca de nuestro campo literario.

Si queremos tenerla copiosa y robusta, estamos obligados á rectificar los errores de una educación inharmónica y deficiente, y sobre todo, á dejar que se encallezca un poco la delicada fibra del amor propio, tan susceptible hoy al más suave contacto.

¡Paso á la crítica!

Y conste que no lo pido para la mía, que no aspira á llegar á parte alguna.



EL AMOR SEGUN LA FILOSOFIA POPULAR

De los varios afectos que mueven el corazón del hombre, ninguno co- el amor ha inspirado tan gran número de hazañas, conquistas, victorias, sacrificios, heroismos, bellezas y virtudes. En los primeros vagidos de la poesía se encuentra ya el calor de ese sentimiento, que la literatura francesa consagra en el siglo XII como supremo numen del arte lírico, en esta expansión rimada de Couci:

Nule chançon ne m' agrée
s' el ne vient de fino amor;

y que en los tiempos de capa y espada asocia en vitalísimo maridaje el fervor religioso y la galantería caballeresca, en aquella breve tanto como elocuente invocación con-

que los paladines medioevales se lanzaban al combate: *¡por mi Dios y por mi dama!*

La historia literaria de todos los pueblos contiene numerosos poemas concebidos y forjados por el amor, y señaladamente la castellana y la provenzal, que tanto alentó el Mecenas de Aragón, Alfonso V, abundan en monumentos poéticos arrancados por el amor á la cítara y al arpa de los trovadores románticos de aquellas edades en que la sensibilidad del alma ibérica, contra lo que cree un respetable literato de nuestra tierra, se desbordaba á torrentes en canciones, romances y letrillas, acogidos y propagados por el vulgo como fórmulas cumplidas de ternezas y afectos connaturales que el estro popular no acertaba á expresar con la magestad y entonación propias de una lira afinada por la cultura, y á la que él mismo brindaba, sin embargo, el *substratum*, el fondo humano, la *materia prima*, la melodía, que en manos de expertos artífices había de adquirir superabundantes desarrollos harmónicos y lucir en concertadas paráfrasis toda la hermosura de su esencia embriagadora.

Pues bien; lo que ha hecho el sentimiento respecto del arte, lo ha hecho de igual modo el buen sentido, la ciencia popular respecto de la filosofía. Sería muy curioso, á la par que instructivo, un estudio destinado á analizar los principios y doc-

trinas que acerca del amor profesa el vulgo, y todavía más interesante si, remontando el vuelo el autor que se lo propusiere, llegase en alas de la crítica á la comparación entre diversas épocas, paises y razas para apreciar la varia intensidad con que los hombres sienten el amor, según las circunstancias históricas y etnográficas, y el influjo con que obra en su civilización ese sentimiento poderoso y fecundo cual ninguno. Un libro de este género daría prestigio y nombre á nuestra anémica literatura, demasiado sobrada por desgracia de versos malos y folletos ramplones, y es este un asunto que por sí solo se recomienda á los amantes de la originalidad, á los que aspiren á algo más serio que á traducir, con dudosa habilidad y á veces contraria fortuna, pensamientos agenos, no siempre bien entendidos.

Por lo que hace á las lenguas ibéricas, muchos de esos principios y apotegmas corren en copioso caudal de refranes y locuciones familiares que serían la base obligada de tal empresa y de los cuales, desflorando el tema, voy á hacer aquí mención ligera.

Amor con amor se paga dice mejor que un tratado de moral que el agradecimiento y la reciprocidad son nobles leyes del corazón, y que quien las desobedece reniega de su condición de hombre. En sentido iró-

nico, equivale á *pagar con la misma moneda.*

Amor de niño agua en cestillo expresa con feliz concisión la versatilidad de los afectos infantiles, y de un modo indirecto advierte que á los niños no se les debe querer con esperanzas de correspondencia, sino con el altruista desinterés que inspiran séres débiles necesitados de protección y amparo. Nadie mejor que los padres cumplen esta regla, porque jamás sienten celos por las preferencias tornadizas que á uno ú otro conceden los amados chicuelos.

Amor loco, yo por vos y vos por otro es una sentencia que indica la anarquía erótica que reina en el mundo, donde no siempre el grito de la pasión que se escapa de un pecho amoroso encuentra eco en el corazón de la persona que á su pesar lo arranca y que á su vez suspira por los favores y cariños de otra.

Amor de asno, coz y bocado revela con ruda precisión la naturaleza de ciertos amores, ó el temperamento de ciertos amantes, que se complacen en dañar con cuitas y agravios el alma fiel de que son dueños. La voz *asno* tal vez tenga aquí un valor simbólico, como signo de *bestialidad;* quizá la filosofía popular no la haya puesto en este refran á humo de pajas. Pero no me incumbe á mí meterme en tales honduras; quédese eso para los que quieran

hacer una exégeis más profunda, aunque siempre habrían de pasar por este punto como por sobre ascuas. Una locución muy corriente tiene notable analogía con ese aforismo: *hay cariños que matan.*

Amor trompero, cuantas veo tantas quiero. ¿Puede encontrarse alguna otra frase que refleje con más energía la dichosa condición de esos mozos que van saltando de mujer en mujer, como las mariposas de flor en flor, y que no se enamoran de ninguna en particular porque aman á todas en general?

De los amores y las cañas, las entradas, es decir, las primicias, la virginidad, que ningún otro encanto puede reemplazar. Las cañas figuran aquí como término de comparación no sé si porque en las de azúcar son más dulces los extremos, ó porque —y esto parece más verosímil dada la antigüedad del refran—en el juego de cañas, que en varias poblaciones españolas formaba parte del programa de fiestas populares, las cuadrillas que á caballo peleaban armadas de tallos de esa planta, en la plaza pública, donde las gentes alborozadas se reunían para solazarse con motivo de la visita del rey, de la entrada de algún prelado, ó del paseo triunfal de algún doctor recién investido, á la usanza de Salamanca, eran mayores la destreza y gallardía de los combatientes en los primeros momentos de

la lucha, cuando no tenían por enemigos comunes el cansancio que un largo ejercicio corporal engendra; y por eso las *entradas* en las *cañas*, como en los amores, son preconizadas por el gusto y la sabiduría populares. La lengua catalana lo dice mejor en este dístico: *sopas y amors, los primers son los millors.*

Amor de padre, que todo lo demás es aire. ¿Y porqué no de madre? Hé aquí un refran que plantea hondas cuestiones de sociología, historia y derecho. Quien diera con sus orígenes y fundamentos habría resuelto problemas muy complejos acerca de la constitución de la familia, del matriarcado y de las costumbres del pueblo que lo inspiró con su vida y sancionó con su lengua.

Otros muchos pudiera citar que revelan la poca fuerza y sinceridad de ciertos amores, como estos: *amor de yerno, sol en invierno; amor de monja, fuego de estopas;* ó el interés y egoismo de algunos afectos, como: *per amor del bou llepa 'l llop lo jou (menea la cola el can, nó por tí, sino por el pan);* ó la necesidad de expresar el amor que se siente de veras: *amor, penas y diners non poden estar secrets;* ó el mismo poder del amor que borra las diferencias sociales, y nivela las jerarquías, y no se para en pelillos de prosapia ó religión, como: *amor ni cata linaje, ni fé, ni pleito homenaje.*

Y concluyo transcribiendo uno, también catalán, cuya verdad no me consta, y que el lector traducirá, si lo tiene á bien, porque yo no puedo hacerlo: *amor de monja y pet de frare, tot es aire.*



LAS IDEAS RELIGIOSAS DE TOLSTOI

RAZÓN tiene *Clarín*, uno de los más caracterizados representantes de la crítica *psicológica* en España, al incluir al gran escritor ruso en el número de aquellos *reformistas sociales* que, antes que á la teórica predicación de sus doctrinas, atienden á la mejora y corrección de la propia personalidad, á la reforma de la vida interior, al pulimento religioso y moral, conforme á sus respectivos sistemas, del *yo* íntimo, que no siendo pura razón, sino tambien sentimiento y voluntad, necesita manifestarse en vívida congruencia con los principios que el *apóstol* quiere hacer prevalecer entre los hombres como leyes de vida regeneradora y máximas de sana conducta.

La diferencia que ese profundo observador señala entre Tolstoi y los *ácratas*, *libertarios* y anarquistas modernos no pue-

de ser más fundada. La vida austera de Tolstoi, su singular ascetismo y su moral práctica prueban fehacientemente que el célebre conde rebasa el nivel de los que se contentan con sembrar la semilla en campo ageno, sin cuidarse de experimentar en sí mismos la eficacia de su poder germinativo y la bondad de los frutos que á los demás prometen; diferencia que el sentido filosófico del vulgo expresa en el conocido refran *una cosa es predicar y otra dar trigo*. Tolstoi, por el contrario, *siente* sus ideas, trabaja por ajustar á ellas su vida, y aún las más ocultas vibraciones de su alma quiere que respondan obedientes al espíritu de su doctrina, cuya autoridad proclama sin reservas y acoge sin distingos en aquella impenetrable región del ser humano adonde no llegan las miradas escrutadoras de los extraños y en donde se revuelve confusa é impotente la sonda del análisis. De todo se podrá acusar á Tolstoi menos de hipocresía.

El fondo permanente y sincero de sus ideas se revela con firmeza en los personajes de sus novelas, desde el príncipe Pedro de *La guerra y la paz* y desde el Levine de *Ana Karenine*, hasta el libertino Neklindoff de *Resurrección*, todos preocupados en encontrar la razón de su existencia y la felicidad común en la tierra, y todos convencidos á la larga de que una y otra tie-

nen por base el amor á nuestros semejantes, ó, como ahora se dice, el *altruismo* y el desprecio de sí propio, que permiten al hombre sacrificarse gozoso por el bien de su prójimo. En esta última novela, que es en donde Tolstoi ha expuesto con más precisión sus ideas religiosas, no es sólo el protagonista quien representa y caracteriza el método de intro-inspección que Tolstoi aconseja, son varios los personajes secundarios que se muestran entregados á la *virtuosa* labor de corregirse á sí mismos antes de emprender la corrección de la sociedad. De entre ellos, unos aspiran á lo segundo, otros no pretenden pasar de lo primero; pero todos viven vigilantes y despiertos para no dejar crecer en su alma la planta del egoismo. Además de Neklindoff, Katiuscha, su víctima y discípula, que después de una vida vergonzosa se purifica por el sacrificio; Nabattoff, que casi niño empieza su apostolado, y no ceja en su empeño de "ilustrar á las masas", de "vivir para los otros", ni ante la persecución y el castigo que le convierten en carne de presidio; el populista Kriltzov, que enferma en la cárcel y muere camino de Siberia; Vera Efremovna, la que nada quiere para sí; Simonson, que renuncia á las ventajas de su condición social y á su hacienda, se lanza por aldeas y villorrios á predicar su *buena nueva* y se pasa la mayor parte de

la vida en cárceles y prisiones; María Paulovna, otro tipo de abnegación, y aquel viejecito singular que no tiene nombre, ni edad, ni patria, y que se cree tan soberano como el czar, porque reina por su cuenta y oye el *espíritu religioso* que mora en su alma.

Dicho queda con esto que reconozco en Tolstoi cierta *pureza de intención*, la cual no siempre va unida á la *verdad*, y de ello es prueba patente el novelista ruso, anheloso por ver brillar en el mundo la paz, la justicia y la caridad, pero profundamente equivocado cuando se da á buscar la causa del mal y sus remedios.

Su religión es el Cristianismo; su moral el Evangelio. Abomina, sin embargo, de la Iglesia, de su disciplina y de sus leyes. Para ser lógico debiera probar que la Iglesia no procede del Evangelio, ó por lo menos, que lo contradice. Su *cristianismo* rechaza todo vínculo con el mosaismo, con el Antiguo Testamento, en lo que se muestra Tolstoi más radical que Renan, y con la Iglesia, excediendo como revolucionario á Lutero, que siquiera admitió la jerarquía eclesiástica. Esencialmente, su *reforma* nada nuevo añade á la predicada por el maestro de Witemberg; es el mismo principio del *libre exámen* su fundamento, y la misma fé en la interpretación personal de la palabra divina su base. Al proclamarlo,

Tolstoi no sólo reniega de la ortodoxia, sino que desdeña la historia, pues aún dando de barato que la religión sea susceptible de progreso, la experiencia de tres siglos, en los varios pueblos que practican la doctrina del monje de Sajonia, demuestra que el protestantismo, lejos de fomentar los sentimientos de caridad y las virtudes cristianas, los ha destruído por completo, originando la anarquía, como tiene que suceder siempre que en cualquier orden de relaciones se suprima la autoridad, y se confíe al criterio subjetivo la interpretación de la ley. Ciencia muy honda y virtud muy sólida son necesarias para conocerla rectamente, y careciendo de ellas la mayoría de los hombres, imagínese qué frutos puede dar el Evangelio entendido y practicado á la manera de cada lector, conforme á la variadísima capacidad intelectual, ilustración y sentido moral de los millones de hombres que pueblan la tierra.

En materia de religión, discurre Tolstoi lo mismo que cuando trata del orden social. Observa que hay gobernadores que se valen de su autoridad para tiranizar á sus súbditos, funcionarios que prevarican, jueces indolentes y venales, y.... ¡abajo el gobierno y los jueces y los tribunales!—exclama persuadido de haber resuelto el problema. A cualquiera se le ocurriría exigir á los encargados de gobernar y admi-

nistrar justicia aquellas virtudes de que han menester para cumplir su altísima misión. Tolstoi piensa que el único remedio es suprimir esas funciones, sin advertir que el mal no radica en ellas, sino en los órganos que las realizan. Es como si para curar una afección cardiaca, suprimiéramos el corazón. Asimismo: encuentra popes holgazanes y egoistas, diáconos que se conducen en su ministerio como máquinas parlantes, sin fervor y sin piedad, levitas que comercian con las cosas santas, fieles que asisten sin conciencia de lo que hacen á las ceremonias del culto, y cree que lo mejor es suprimir el sacerdocio y la Iglesia y convertir el Evangelio en matriz de infinitas religiones.

No dice Tolstoi en virtud de qué influencia misteriosa y oculta los popes sibaritas y los diáconos mercaderes alcanzarían la perfección con sólo rennnciar, de grado ó por fuerza, á su carácter sagrado, ni cómo los demás hombres convertidos todos en sacerdotes, según el espíritu de su reforma, adquirirían la inmunidad contra los vicios y depravaciones que á aquellos manchan; pero nadie pecaría de temerario, antes bien acreditárase de prudente, si para prestar asenso á la doctrina reformista exigiera á Tolstoi suficientes garantías de éxito en la empresa.

Con toda su *buena intención*, Tolstoi no

puede evitar que en su sistema religioso concurran los cuatro caracteres que el erudito marqués de Molins señala como comunes á todas las herejías, en el hermoso prólogo de la traducción castellana de la *Divina Comedia* por el ilustre conde de Cheste.

Es, pues, Tolstoi un heresicarca, y su novela *Resurrección*, como reforma religiosa y social, una utopia anarquista. Y tanto más temibles cuanto que el autor no grita con la estentórea voz del dinamitero, ni predica odio, sino amor, y la obra es una melodía suave, insinuante, casi tierna, casi mística, que rinde y sujeta fácilmente á los espíritus impresionables ó faltos de preparación para descubrir el tósigo entre la dulzura de la miel emponzoñada.



UN ERUDITO EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

No hace mncho trajeron los periódicos de la villa y corte de Madrid noticias, al uso estereotípico, de haber sido solemnemente recibido en la casa de los *inmortales*, uno de esos poquísimos infatigables obreros de la historia de la literatura, que con escrúpulos de bonzo, juicio de sabio y perseverancia de monje medioeval, viven dedicados, entre legajos y manuscritos de archivo, ú olfateando por el *Rastro* y las librerías desordenadas de las ferias, á la busca y captura de curiosos originales y raros ejemplares de ediciones agotadas, que muy luego salen de sus manos limpios de polvo y de carcoma, espléndidos y remozados, como diamantes perdidos entre la basura del arroyo y hallados por la mirada inteligente del

artífice, que los trabaja en su taller y los exhibe en su tienda para tentación del buen gusto y cebo apetitoso de la opulencia.

No siendo ciertamente labor ruidosa y popular laque realizan estos investigadores, sus ejecutorias, muy poco conocidas, no *convencen*, como suele decirse entre la gente de pluma allá por los Madriles, y hasta tiénenlas algunos contumaces modernistas, por timbres de intelectuales atavismos, que osadamente suscitan, en pleno siglo de Edison, la disciplina mental de los conventos del siglo XII.

Verdad es que no todos los que se dicen aficionados á las letras, ni siquiera todos los que se llaman literatos, están preparados para comprender y admirar el esfuerzo, la sabiduría y el profundo espíritu crítico que revelan esos lúcidos ingenios en sus descubrimientos, no menos útiles y fecundos que los que llevan á cabo en las experiencias del laboratorio ó en los estudios del sistema nervioso el químico y el histólogo. No fuera por eso justo exigirles entusiasmo, cuando lo único que pueden sentir, en presencia de tan felices éxitos, es desdén ó resignación.

Todavía menos que las ejecutorias son conocidas las obras de los eruditos. Frutos madurados por el análisis y llenos de la sólida verdad que en ellos depositan cien-

cias tan excelsas como la filosofía, la historia, la lingüística, la filología y la hermenéutica, con ellos no puede regalarse el gusto más ó menos vulgar de los que buscan por toda fuente de doctrina la literatura impresionista, ligera y no pocas veces vacía, que *croniqueurs* y *críticos* de teatro propagan, con más provecho del bolsillo que beneficio de los lectores, en hojas y papeles periódicos.

Obras de tal naturaleza, bañadas de color sensual y si es posible derivadas de extravagantes osadías, que es miel sobre hojuelas para el decadentismo victorioso, aunque la tésis no se pruebe y la proposición se olvide, constituyen el repertorio *selecto* de la literatura que "se gasta hoy día", jurada enemiga de todo lo verdaderamente útil y hondo, que por serio aburre y por rancio se condena, como indigno de figurar al lado de los arranques del *genio lírico* que inspira las coquetonas bibliotecas modernas y que, á medida que ha ido perdiendo sus antiguos dominios de la rima, se ha refugiado en el flexible molde de la prosa para delicia de enfermizos gustos y tormento y daño de las buenas letras.

No es raro, pues, que don Emilio Cotarelo, que tal es el nombre del nuevo académico que hoy ocupa, en el palacio vecino de la Bolsa, el sillón que honró con sus talentos el insigne artista y profundo críti-

co don Pedro de Madrazo, parezca á la mayoría de leyentes, aquí como en España, una improvisación de la fortuna ó una hechura del favor ministerial, que diz no anda escaso de recursos para ganar elecciones en la Academia. Cualquier cultivador de hojarasca, de esos que escriben á tanto la línea en periódicos de gran circulación, acerca de la cabellera de una actriz ó la historia *psicológica* de una diva más ó menos seductora, es más conocido que un Cotarelo ó un Menéndez Pidal, su compañero en el arte de la cetrería literaria. Estos no se juntan, además, sino para los concienzudos trabajos de la crítica histórica, mientras que aquellos se apuntalan mútuamente y se congregan en las redacciones de los *grandes* periódicos para conquistar y mantener con recíprocos agasajos el fácil renombre que les otorga el público, el eterno cándido, siempre dispuesto á dar crédito á *siluetas, bosquejos, notas biográficas* y otros no menos sugestivos testimonios de las benéficas cooperativas de *bombos* mútuos, y nunca arrepentido de haber comulgado con ruedas de molino.

Y sin embargo, la cultura literaria debe á don Emilio Cotarelo eminentes servicios, que sólo saben pagar y agradecer los iniciados.

Muy poco antes de su elección, la *Revista contemporánea*, que fundó nuestro pai–

sano Perojo y que dirige con tanto acierto y desvelo mi ilustre amigo el Excmo. señor don Rafael Alvarez Sereix, actual gobernador de Baleares, ofreció á sus lectores, como dorada y suculenta primicia, un fragmento de la obra, entonces en prensa y que, *Deo volente*, espero saborear en breve, el *Cancionero de Antón de Montoro*, cuidadosamente anotado y corregido por el señor Cotarelo.

A juzgar por lo mucho que en punto á investigación y crítica contiene la nota ó fragmento á que me refiero, y que está destinada á explicar, con criterio de veracísimo historiógrafo, una tradición andaluza conocida con el título de *Los comendadores de Córdoba*, el último libro de Cotarelo promete ser tan abundante en noticias y tan severo y reposado en sus fallos como las anteriores producciones que justamente le han granjeado el aprecio de los doctos y la admiración de los hombres estudiosos, amantes de la literatura y de la historia.

Digna es de ser notada la agudeza de sentido crítico con que el señor Cotarelo estudia la biología literaria, si así puede decirse, de aquella tradición, desde que la imprenta grabó con caracteres de permanencia el primitivo cantar en un pliego gótico sin fecha, que cita Durán en su *Romancero* con el título de *Lamentaciones de amor hechas por un gentil hombre*, hasta el drama

de Lope de Vega, inspirado en la versión novelesca de Juan Rufo, y las leyendas y poesías que sobre el mismo trágico suceso se han escrito en nuestros días.

Su discurso de recepción en la Academia, sobre asunto tan propio de la competencia y gustos del señor Cotarelo como interesante para cuantos hablamos la hermosa lengua castellana, representa un nuevo y brillante alarde de la fácil maestría con que el curioso erudito desarrolla las tésis más comprometidas. Versa sobre las *Imitaciones castellanas del Quijote* y forma con el discurso de don Juan Valera *Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle* y la *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes*, de don Leopoldo Rius, el arsenal de enseñanzas y noticias adonde debe acudir todo el que pretenda conocer el valor social y la influencia literaria, aún viva y poderosa, de la novela del manco alcalaíno.

Entre las imitaciones de que se ocupa el señor Cotarelo encuéntrase una que, con el título *Semblanzas caballerescas ó las nuevas aventuras de don Quijote de la Mancha*, se imprimió aquí en la Habana "hace algunos años". No cita el señor Cotarelo el nombre del autor ni precisa, como se vé, la fecha de la edición. Yo he buscado con empeño esa obra, y no he logrado dar con ella, mal éxito que si no me quita el sueño,

no deja de contrariarme, pues aunque el señor Cotarelo júzgala inferior á la otra imitación americana, titulada *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*, de don Juan Montalvo, y esta noticia no es para entusiasmar á nadie que conozca la floja producción del escritor de Guayaquil, siempre me hubiera sido grato ver al famoso hidalgo correr por sabanas y maniguas en busca de aventuras y de entuertos, que bien sabemos los que aquí vivimos que habían de bastar para otra *historia* tan estupenda, si no tan genial, como la cervantina; y no menos singulares y divertidas habrían de parecernos las batallas que el valeroso caballero librara con mosquitos, jejenes, jicoteas, majases y caimanes, y las gloriosas victorias que ganara contra tanto follón y malandrín como por nuestras ciudades se pasea.

Mi mala suerte me ha impedido darme ese gusto inocente; pero ya que no me ha privado del que ha de causar á cualquiera que sepa saborear ciertos frutos del ingenio la lectura del discurso de Cotarelo, nobleza obliga á consignar aquí que, si por su robusta y sólida cultura el nuevo académico es una autoridad en estas materias, como escritor se conduce con la elegante llaneza y el legítimo purismo del que vive en comunión intelectual con los clásicos de la lengua.

Su misión en la Academia está bien definida: de él se dirá que *limpia* el castellano de viciosos extranjerismos, como de Sánchez Pérez, que no es académico aunque lo merece, debe decirse que *fija*, con su verbo conciso y expresivo, el espíritu de nuestro léxico, como de Echegaray se dice que *dá esplendor* con las aportaciones de su ciencia al ya rico diccionario y la harmonía de su lenguaje musical, propísimo sin esfuerzo y poético sin afectación.

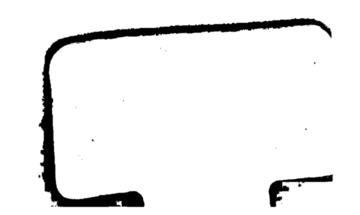


INDICE.

Páginas.

ERRATAS QUE SE HAN NOTADO.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
131	20	incansable	insaciable
140	23	abraza	abrasa
161	28	inocentes	nocentes
186	17	idiosincracia	idiosincrasia
201	26	nombríos	umbríos
221	24	apreciadas	preciadas
224	32	varie-	variedad
225	27	so	se
243	3	cemo	como




IDENER LIBRARY
X U3RT A